

Hechos e Ideas

Perón

Países no Alineados

Poder, Pueblo y Estado

2

Año 1 - N° 2

Tercera época

Enero - Febrero 1974



Por la Solución del País

EXPORTE



Una Institución ágil y moderna
en el interior del País

Banco de Mendoza

Departamento de Exterior

Hechos e Ideas

Año 1 - N° 2 - Tercera época

Enero - Febrero 1974

Año 1 - Número 2
Tercera época
Enero - Febrero 1974

Fundador:
Enrique Eduardo García

Directora:
Amelia Podetti

Indice

3	Editorial
7	Mensaje a los Países no Alineados - Juan Domingo Perón
19	La comunidad organizada: un sistema de poder - Mario García
37	Universalismo y Liberación Nacional - Jorge Bolívar
51	La Revolución Peruana: un camino propio - Carlos Delgado
65	Sobre la Universidad Tecnológica Nacional - Orlando Benedetto
75	Un sistema de agricultura en el Tucumón prehistórico - Dante R. Soria
85	Estado, Gobierno y Sociedad - Juan Domingo Perón
97	Tercer Mundo, 4ª Conferencia cumbre de países no alineados
123	Libros

Corresponsales: ARGENTINA: Santa Fe: José Rodríguez, Entre Ríos 3509. — Rosario: Vicente Rodríguez, Mitre 632 - 7º D. — Paraná: Oscar Horacio Mori, Rocamora 612 bis. — Tucumán: Gaspar Risco Fernández, Avda. Avellaneda 175. — Salta: Yolanda Fernández Acevedo, 25 de Mayo 675 - 5º - 83. — Neuquén: Juan José Morán, Jujuy 265.
PERU: Gerardo Maldonado Bazán, Independencia 283, Callao.

Diagramación: Departamento de Diseño Gráfico - Escuela Panamericana de Arte
Impreso en los Talleres Gráficos "DIDOT" S.C.A., Luca 2223, Buenos Aires, Argentina
Dirección: Suipacha 190 - 6º piso, of. 602 - Tel. 35-1346, Buenos Aires, Argentina
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 1.194.584
Distribución en quioscos, Capital y Gran Buenos Aires: Rubbo S.C.A., Juan de Garay 4228
Interior: DAESA S.A.C.I.F., México 1848
Distribución en librerías: Tres Américas, Chile 1432
Impreso en Argentina — Printed in Argentina

Editorial

Para el Movimiento Peronista la situación actual puede ser caracterizada, desde el punto de vista estratégico, como la etapa de la toma del poder; lo que conlleva, simultáneamente, el desarrollo de la etapa dogmática de la Revolución Peronista.

En el orden operativo, y encauzando la acción dentro de la estrategia de la Revolución, nos encontramos como Movimiento en la última etapa de la lucha contra la camarilla militar: su aniquilamiento. Conjuntamente con esta etapa se cumple un proceso simultáneo: el inicio de las operaciones de lucha contra el imperialismo. La reconstrucción nacional es el objetivo de esta etapa operativa.

Frente a esta situación existen, por un lado, las fuerzas de los mediocres. Son los sostenedores de una política primaria, de objetivos muy inmediatos, consistentes en el acomodamiento de situaciones personales o a lo sumo de pequeños círculos, que viven esta etapa de la Nación de manera algo apocalíptica, y por tanto tienden a garantizarse a sí mismos su propia seguridad personal. Ellos son los mediocres.

Pero quienes más deben preocuparnos son las fuerzas de la sinarquía internacional, que se han desplegado activamente, con métodos desusados en nuestra Nación. Esta acción apátrida tiende a confundir con facilidad, en particular si intentamos analizarla con las categorías políticas e ideológicas de nuestra civilización en su normal desarrollo y

no en la etapa de su actual descomposición y derrumbe. La acción de la sinarquía internacional se caracteriza por estar desprendida de los valores naturales de la especie. Del mismo modo que al capital internacional no se lo puede definir hoy desde el punto de vista de la bandera, también la acción política y social de la sinarquía es apátrida, su conducta es antinatural, y su comportamiento asocial. La sinarquía internacional carece de ideología, carece de bandera, carece —por supuesto— de una causa noble por la cual luchar. Las internacionales del poder manifiestan orígenes políticos, pero despliegan su acción no ya a través de organizaciones políticas o sociales, sino de formaciones especiales conducidas u orientadas por agentes pagos. La internacional de la droga, por ejemplo, está empeñada en una acción que no se justifica ya por el negocio de la ganancia monetaria únicamente, sino que tiende a una degradación activa del ser humano. Son organizaciones orientadas a la destrucción de la especie en una acción que no es siquiera suicida, ya que la ausencia de valores humanos le imposibilitan expresarse hasta en su forma negativa. Esta es la consecuencia de una conciencia que por haber rebasado su propio ser, aparece desplegada sin tiempo. La aceleración es el signo del derrumbe de esta civilización que ya nada espera, justamente porque el tiempo ha sido aniquilado. Una civilización que ya nada espera es una civilización desesperada, es una civilización sin esperanza.

Los agentes del derrumbe de esta civilización sólo se mueven por deseos; por ello es que han perdido la esperanza. Estos deseos siempre inacabados e inacabables han generado esa aceleración, signo de una urgencia que preside todos sus actos: todo debe realizarse ¡ya! El apresuramiento los ha ido alejando paulatinamente del tiempo natural que los procesos necesitan para su maduración y desarrollo. Por temor a "perder tiempo" lo precipitan todo y terminan por aniquilar el tiempo. Lejos están de demostrar que una doctrina sólo se combate con otra doctrina superior y por tanto, y para acelerarlo todo, recurren a la supresión física, al asesinato. Persuadir, convencer, formar, son acciones que requieren un tiempo; imposibilitados de disponerlo recurren al soborno y al agente pago.

Estos agentes de la sinarquía internacional, junto con los mediocres, han terminado conformando una "comunidad de los herederos". Faltos de imaginación, faltos de amor a la Patria, al Pueblo y a Perón, se han lanzado a una desenfrenada carrera por la "sucesión". Ellos piensan de modo inescrupuloso que el Movimiento Peronista puede ser "heredado" cual una mercancía. Ellos piensan de manera insensata que el amor de nuestro Pueblo por el General Perón pueda ser convertido en botín. Por eso, en vez de construir con ese amor, preparan las arcas. Nuevamente los traiciona el deseo y los abandona la esperanza. Tienen un irrenunciable deseo y regusto por la muerte. Tal vez no crean, porque ya nada pueden creer desde que la fe es una virtud de los humanos, pero desean que éste nuestro Pueblo quede sin su Líder. Ignoran que la vida del Líder es sólo patrimonio de su Pueblo y de su

misión. No saben de la invencibilidad de un pueblo que, como el nuestro, conducido por el General Perón, está decididamente en marcha, construyendo su propio destino.

Como nuestro Conductor, como nuestro Pueblo, sólo sustentamos para nosotros la esperanza. La esperanza y la fe en la conducción de nuestro Jefe, el General Perón; en sus sabias palabras, que siempre nos enseñaron que el hombre es una dignidad. Aquella misma esperanza en que un día el General Perón alcanzaría no sólo el poder sino también la gloria. Y que esa gloria, como él mismo lo dijera, no es otra cosa que poder ver nuevamente la cara de su Pueblo. Y que ese su Pueblo, nuestro Pueblo, tuviera también la gloria de escuchar desde la plaza a su único Jefe diciendo: ¡Compañeros!

Mensaje a los Países no Alineados

Juan Domingo Perón

Mensaje del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, Teniente General Juan Domingo Perón, a la IV Conferencia Cumbre de Países no Alineados realizada en el mes de septiembre de 1973 en la ciudad de Argel, Argelia.

La presencia argentina en esta magna IV Conferencia Cumbre de los Países no Alineados se justifica ampliamente, tal como lo ha expresado magistralmente nuestro canciller, el señor embajador don Alberto Vignes, por la tradicional posición de respeto y solidaridad que el pueblo argentino siente por todas las naciones del mundo.

Como fieles exponentes de nuestra posición internacional es que luchamos en lo nacional para lograr una Patria Justa, Libre y Soberana, tal como lo proclama nuestra Doctrina Justicialista.

Llevamos más de treinta años enarbolando esa bandera de libertad y soberanía, padeciendo con grandeza patriótica los tremendos ataques de la reacción imperialista. Dura ha sido la lucha, pero finalmente la verdad ha prevalecido sobre la insidia, al punto que hoy la casi totalidad de los ciudadanos de nuestro país se han unido, en un acto de verdadera conciencia nacional, para enfrentar al enemigo común y labrar la grandeza de la Patria. El punto de partida de nuestra acción revolucionaria dio un contenido filosófico al movimiento, del cual emanó nuestra Doctrina Justicialista. Pero a pesar de nuestra sinceridad y de nuestros esfuerzos, las informaciones que han circulado por el mundo padecieron las consabidas deformaciones y mutilaciones, tergiversando el noble sentido que las anima. Dicho sentido está signado por el profundo respeto que tenemos por la dignidad del ser humano en todos los órdenes de la vida, colocándolo muy por encima de los bienes materiales. Este es el punto de partida del Justicialismo.

Ruego a los señores congresales me permitan una breve aclaración sobre la realidad efectiva de nuestros principios, para poder comprobar el porqué

de nuestro avance precursor de la Tercera Posición, proclamada hace ya treinta años y que hoy tiene vigencia en esta misma asamblea de los países no alineados. También se podrá comprender en esta explicación el porqué el Justicialismo tiene, tuvo y tendrá siempre vigencia, pese a todas las arteras maniobras que el imperialismo forjó en los diez años de nuestro gobierno y en los dieciocho años de persecución y exilio infamante que sufrimos luego del golpe de Estado de 1955.

Cuando en el año 1943 un grupo de hombres de armas decidimos liberar al país de la dependencia extranjera haciendo una verdadera revolución nacional, debimos enfrentarnos también con un triste y agobiante panorama mundial, en un mundo que venía de soportar una gran guerra cuyas consecuencias son de todos conocidas.

Personalmente venía de vivir la situación en Europa, comprobando la urgente necesidad de enfocar los destinos de la humanidad sobre bases más firmes y duraderas que las del poderío de las armas o las que otorga el dinero. De seguro que los millones de seres humanos que entregaron sus vidas patrióticamente en la creencia que lo hacían en beneficio de la democracia o de la libertad, deben estar ahora tan arrepentidos, en el mundo de los espíritus, como lo están los millones de seres humanos que luego de la guerra han debido padecer las iniquidades de los vencedores.

Con el alma llena de espíritu patriótico y sin mezquindades de ninguna especie, aquellos revolucionarios del año 1943 lanzamos una proclama que yo mismo escribí la noche anterior. En este punto de partida, decíamos ayer lo mismo que sostenemos hoy a treinta años de distancia. Sería imposible mantener una falsedad durante tantos años puesto que la mentira tiene sus patas muy cortas. En cambio, la verdad surge por su sola presencia, sin necesidad de artificios.

El griego Demóstenes decía al respecto: “No es posible adquirir por medio de la injusticia, el perjurio y la mentira un poder duradero. Podrá una potencia resistir por una vez y durante algún tiempo e, incluso si viene el caso, gozar de un gran florecimiento de esperanzas, pero al cabo se descubre su debilidad y se marchita por sí sola. Pues así como en mi opinión, es preciso que en un edificio o nave u otra fábrica semejante, los fundamentos deben ser la parte más sólida, igualmente conviene que los principios y las bases políticas sean sinceros y justos”.

Esto lo manifestaba el sabio Demóstenes hace mucho más de 2000 años, pero la ambición de los imperialismos no les permite informarse de la existencia de la historia hasta que la padecen en carne propia, con el castigo que el tiempo impone a quienes van en contra de las leyes naturales del respeto mutuo.

Y así nace el Justicialismo, con las mismas frases de la mencionada proclama revolucionaria del 4 de junio de 1943, cuando refiriéndonos a lo internacional dijimos: “Lucharemos por mantener una real e integral soberanía de la Nación, por cumplir fielmente el mandato imperativo de su tradición histórica, por hacer efectiva una absoluta, verdadera, leal unión y colaboración latinoamericana y por el cumplimiento de nuestros compromisos internacionales”.

Y fue también en aquella misma ocasión que manifesté a mis compañeros revolucionarios que las premisas fundamentales de nuestro quehacer debían ser las siguientes: primero, lograr la unidad nacional. Esa unión de todos que es lo único que hace grande a los pueblos. Quería ya la unidad nacional para que cuando fuera necesario sufrir, lo sufriéramos todos por igual y cuando fuera tiempo de gozar lo gozáramos todos por igual también. El otro postulado era el de la justicia social, de profundo contenido humano, sin el cual toda revolución no pasa de ser un simple movimiento de tropas.

El patrimonio ideológico de nuestra Doctrina Justicialista está enfocado en trabajar para labrar la felicidad del pueblo y asegurar la grandeza futura de la patria. Nosotros queremos una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

En lo que a política internacional se refiere, los términos de nuestro accionar son claros y precisos. Sostenemos desde el instante mismo del nacimiento del Justicialismo, como principios y objetivos básicos en lo internacional, lo siguiente:

1º La defensa integral de la soberanía nacional en todo nuestro territorio y especialmente sobre la Antártida Argentina, las Islas Malvinas y sus islas dependientes.

2º El ejercicio pleno de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política como bases para asegurar a cada pueblo del mundo su propia felicidad, mediante la realización de la propia justicia y la propia libertad.

3º La Tercera Posición como solución universal distinta del marxismo internacional dogmático y del demoliberalismo capitalista que conducirá a la anulación de todo dominio imperialista en el mundo. Nuestra Doctrina Justicialista dice claramente: “deseamos vivir en paz con todas las naciones de buena voluntad del mundo”.

La política argentina ha sido, es y será siempre pacifista y generosa. Nuestra política internacional es de paz, de amistad, de trabajo y de aspiración a comerciar honradamente y con libertad.

La Argentina no se comprometerá jamás en ninguna acción que presuponga una agresión a pueblo alguno de la tierra.

La doctrina internacional de nuestro país es perfectamente clara y podríamos definirla con un antiguo refrán cristiano, que dice así: “cada uno en su casa y Dios en la de todos”.

Existe en nosotros los argentinos una fuerte conciencia latinoamericana porque nuestra historia es común, como el idioma, la religión y las costumbres, todo lo cual son lazos suficientes como para estrechar la unidad continental.

Somos decididos partidarios de una efectiva aproximación espiritual de los pueblos de América y de la recíproca colaboración en el campo económico. No podemos aceptar que en nombre de los intereses del continente se quiera interferir en nuestra economía interna y en nuestra política ex-

terna. El pueblo argentino no aceptará jamás intromisiones extrañas en el orden interno.

En lo que respecta al hombre como expresión racional de la creación divina, nuestra filosofía indica: el hombre es el valor predominante de la historia, de la vida, del trabajo y de la lucha. Está compuesto de alma y cuerpo, de vocaciones, esperanzas, necesidades y tendencias. La patria se forma en primer término por hombres y no pueden ser el campo, ni la máquina, ni el dinero, factores que se sobrepongan al hombre, que es quien sufre y trabaja y sin el cual ni los campos, ni los ganados, ni el dinero, tienen ningún valor.

Sobre el pueblo nuestros conceptos doctrinarios expresan que: siempre es el pueblo, en sus múltiples variedades y disonancias, el que llega a realizar las grandes concepciones. Sin el calor popular, quedarían archivadas las más bellas creaciones de la mente. Sólo cuando encuentra el espíritu vivificador del pueblo, la idea se transforma en acción y la acción en obra. Los grandes pueblos son aquellos que quieren serlo. Es el pueblo el único que puede salvar al pueblo.

Los pueblos cuya libertad política es prácticamente inexistente, los económicamente débiles, los socialmente convulsionados, sumidos en el desorden y en la anarquía, carecen de una política exterior definida. Forman parte dócil de constelaciones superiores, políticas o económicas.

No puede ser libre un pueblo cuya inmensa mayoría de hombres es de esclavos, del mismo modo que no puede ser sojuzgado un pueblo de hombres libres. La libertad de un pueblo reside en cada uno de sus hombres, y frente a esa libertad ningún poder de la Tierra puede prevalecer.

Tal vez estos enunciados de los postulados que practica el Justicialismo, dentro de una corriente filosófica profundamente humanista, no indican posiblemente nada nuevo a los señores congresales, dado que todas las corrientes del pensamiento institucional del mundo, tanto en lo social, político, económico y religioso, hablan hoy profusamente de justicia social.

Pero quiero recordarles que estas premisas fueron anunciadas por el Justicialismo hace treinta años. El mero hecho de que recién hoy tengan vigencia actualizada puede residir en la inexperiencia y la soledad de los pioneros, dado que no teníamos las condiciones ambientales propicias para asimilar nuestra Tercera Posición, que hoy se traduce en un Tercer Mundo en acción.

El tiempo que todo lo empareja y el fiel cumplimiento de nuestra doctrina han demostrado fehacientemente que decíamos la verdad. Esa misma verdad que continuamos exponiendo. Lo hacemos porque las verdades, cuando realmente lo son, no pueden cambiar, solamente lo hacen sus formas de aplicación.

La verdad, al igual que Dios, permanece inmutable en el tiempo y en el espacio, esperando que la insensatez humana se digne considerarla.

Y cabe realizarse una pregunta, ¿qué es la Tercera Posición?

La decisión de lanzar al mundo nuestra Tercera Posición tuvo motivos de profundo arraigo en la sensibilidad nacional de nuestro pueblo y no hay

duda alguna de que la sensibilidad es uno de los mayores ornatos del ser humano.

Hemos visto que la historia de los pueblos pareciera ser el texto de la tragedia de la libertad del hombre y de la libertad de las naciones. Ante una situación tan triste podríamos afirmar que las únicas herramientas que se pueden utilizar para derrotar dichas angustias deben ser la aplicación de la paz, el entendimiento y el mutuo respeto, conjuntamente con una unidad de acción y de objetivos.

La humanidad no podrá salvarse si mantiene la lucha cruenta contra todos los valores materiales, espirituales y morales, en un intento planificado de sobreponer intereses individuales por encima de las necesidades generales.

Nuestro anhelo más profundo consiste en querer que todas las naciones y todos los hombres del mundo se amalgamen en un solo sentimiento de identidad, cuya comprensión e intensidad nos lleve a la comprensión total de cómo nos necesitamos los unos a los otros, haciendo nacer así esa correspondencia ideal para que el trabajo, el pensamiento libre y la construcción constante sean los derechos humanos que nos acerquen al progreso, a la civilización y a su estabilidad.

Así fundamentados fue que, al declararnos partidarios de asumir una Tercera Posición, dijimos: “frente a nosotros se levantan triunfantes el demoliberalismo capitalista, puramente individualista, y el colectivismo del marxismo dogmático internacional, alargando la sombra de sus alas imperialistas, amenazando a los pueblos del mundo que, angustiados, sufren en el silencio de la impotencia la esclavitud económica de la presión imperialista o en su defecto, el avance ideológico reaccionario sostenido por la presión de la fuerza o de la violencia”.

Para los argentinos del año 1943 el panorama del mundo era desolador puesto que después de la guerra mundial el reparto de las naciones por los dos colosos triunfantes colocaban a las mismas en un marco de desesperanza, debiendo elegir el ceder a la explotación del capital imperialista demoliberal, o a la del Estado convertido en amo absoluto de la vida de sus pueblos.

Es evidente que ninguna de estas dos soluciones nos llevaría a los argentinos a la conquista de la felicidad que anhelábamos para nuestro pueblo. Así fue que nos decidimos a crear las nuevas bases de una Tercera Posición que nos permitió ofrecer a nuestro pueblo otro camino que no lo condujese a la explotación y a la miseria.

En una palabra, una posición netamente argentina, para los argentinos, la cual nos permitió seguir en cuerpo y alma la ruta de libertad y de justicia que siempre nos señaló la bandera de nuestras glorias tradicionales.

Toda la filosofía de esta Tercera Posición se encuentra escrita en la Doctrina Justicialista y perfectamente delineada en las miles de realizaciones de nuestra etapa de gobierno, en las conquistas sociales, gremiales y culturales de un pueblo que supo mantener, impertérrito, su lealtad a estos principios durante los dieciocho años de cruenta lucha bañados por el sacrificio de muchos hermanos muertos, torturados y presos.

Cuando los pueblos fuertes demuestran su calidad humana al mundo, el respeto alcanza límites insospechados. Muestra evidente de ello son los valientes compañeros de Asia que supieron defender su soberanía durante generaciones enteras y luego de su victoria alcanzaron su grandeza por el esfuerzo de todos sus ciudadanos, ocupando un sitio de privilegio en el consenso mundial.

Por ello, libres de toda atadura ideológica extraña a nuestra nacionalidad, la República Argentina puede hablar con igual altura moral a todos los países del mundo, tendiendo su mano generosa, abierta y franca, sin reservas de ninguna especie, porque nuestro justicialismo nos permite buscar y hallar siempre las coincidencias necesarias como para que todos los pueblos puedan hallar en dicha filosofía el camino tan anhelado de la libertad.

Para sintetizar nuestra Tercera Posición justicialista diremos que en el orden político implica poner la soberanía de las naciones al servicio de la humanidad, en un sistema cooperativo de gobierno mundial, donde nadie es más que nadie, pero tampoco menos que nadie. En el orden económico, la Tercera Posición es la liberación de los extremos perniciosos, como lo son una economía excesivamente libre y otra excesivamente dirigida, para adoptar un sistema de economía social al que se llega colocando el capital al servicio de la economía.

En el orden social, en medio del caos que opera en el mundo fluctuante entre el individualismo y el colectivismo, nosotros adoptamos un sistema intermedio cuyo instrumento básico es la justicia social. En la actualidad, muchos son los países que componen el núcleo de los no alineados y esta misma asamblea demuestra que el Tercer Mundo está en acción positiva.

Es posible que aún no se hayan alcanzado las metas ideales y que algunos intereses solitarios puedan perturbar el gran objetivo, pero ya las dos terceras partes del mundo se unifican en un anhelo defensivo común, que a la postre será la única barrera que impedirá el abuso de los poderosos, logrando un justo equilibrio mundial en esa difícil situación que se acerca a pasos agigantados, a medida que el tiempo transcurre y el siglo XX llega a su fin.

Es indudable que la evolución humana en sus diversos aspectos vitales, nacionales e internacionales, se dirige, como ha sucedido a lo largo de la historia de nuestra tierra, hacia integraciones mayores. Del hombre aislado pasamos a la familia, de ésta a la tribu, luego al estado primitivo, la ciudad, el estado medioeval, la nacionalidad y ahora avanzamos en el continentalismo, como lo prueban las organizaciones al estilo Mercado Común Europeo.

Como esta evolución no ha de detenerse allí, frente a una tierra empequeñecida en el tiempo, sino en el espacio, por el progreso de la velocidad de los medios técnicos modernos, debemos pensar que la próxima etapa de la evolución será indefectiblemente el universalismo. Hasta el presente, quizás el más grave inconveniente que haya existido para una integración del planeta ha sido, precisamente, la enorme distancia existente entre los grandes núcleos poblados de los diversos continentes. Pero el progreso de los medios de transporte y de las comunicaciones han obviado esas difi-

cultades, al punto tal que lo que sucede en un polo de inmediato se conoce a los pocos minutos en el otro polo.

Si tenemos en cuenta que estamos aún en el comienzo de las grandes velocidades, será fácil imaginar que pasados unos pocos años podremos dar la vuelta a la tierra en reducido espacio de tiempo.

El mundo asiste asombrado al avance de la técnica espacial, donde el hombre trabaja por establecer contacto directo con los puntos más dispares del espacio sideral. Ya ha pisado la luna y tiene allí aparatos mecánicos.

La ciencia ficción se ha convertido en realidad. Pero aunque ello es un avance de la ciencia, también despierta los instintos de poder y el ser humano suele olvidar su pequeñez. Da paso a su egolatría y fabrica terribles armas destructivas cuya utilización causaría su propia destrucción. La locura del delirio de grandeza siempre ha causado la ruina de los grandes imperios. La historia lo demuestra, pero los hombres no aprendemos.

Y surgen evidentes las nuevas expresiones de imperialismos, colonialismos o países meramente designados como satélites. Todo en su gama de variedades, pero todas de igual atropello a la dignidad de los derechos humanos.

En nuestra época actual, dos colosos unidos entre sí por la conquista del mundo, pero observándose disimuladamente para aprovechar cualquier descuido, ejercen presión según sus características sobre los indefensos países en vías de desarrollo, buscando la materia prima y el alimento que necesitan para mantener su enorme poderío. Su avance es sumamente pernicioso para la vida de los pueblos que luchan con escasos recursos por su liberación política, social y económica en busca de su soberanía nacional. En su orfandad individual, estos pueblos van comprendiendo que deben unirse entre todos para presentar un frente común ante un enemigo común. Y aquí repito una frase que es básica en la vida de nuestros pueblos, especialmente para los de la América latina y para todos los pueblos del Tercer Mundo: el año 2000, encontrará a los pueblos unidos o esclavizados. ¿Qué nos deparará el futuro? Uno de los informes que presentaron últimamente las Naciones Unidas sobre la situación demográfica mundial, es digno de una profunda meditación, para quienes actúan o dirigen los destinos de las naciones.

Se comprueba que el crecimiento vegetativo demográfico es alarmante en un mundo que ya padece hambre y desnutrición. Se observa que el decenio presente que va desde 1970 a 1980, puede ser el de más acelerado crecimiento demográfico mundial jamás alcanzado en su alto promedio y aunque se prevé que en la última parte del siglo dicho aumento no será tan marcado es evidente que la población del mundo que ahora presenta la cantidad de 3.600 millones de personas, alcanzará para el año 2000 unos 6.500 millones de personas a las que habrá que alimentar y proteger.

Es interesante observar una reflexión que hace la entidad Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, especializada en temas estadísticos para fines especulativos. Dicen en su informe que es preciso tomar nota de una eventual cesación del crecimiento poblacional mundial alrededor del año 2010, pero a pesar de ello estiman que para el año 2050 la población de las regiones actualmente más desarrolladas podría llegar a un

total de 2000 millones de seres y la de las regiones menos desarrolladas alcanzarían a unos 9000 millones. Esto nos daría una cifra de 11.000 millones de seres humanos para el año 2050 y estamos tan solo de esa fecha a setenta y siete años de distancia en el tiempo.

Si encaramos ese futuro con los elementos que disponemos actualmente pero en forma desorganizada e individual, veremos que salvo unos débiles y esporádicos intentos profilácticos no se alcanza a cubrir las necesidades sanitarias de un mundo desequilibrado y enfermo. Las poblaciones de muchos países están totalmente indefensas e inermes ante el avance de los males endémicos y contagiosos. Muchos países del Africa, por ejemplo, tienen una mortalidad infantil anual de unos 200 niños sobre 1000 que nacen. También en nuestro querido continente latinoamericano, tan rico y fértil y tan pobre y sacrificado sanitariamente mueren los niños en esa misma intensidad que en Africa. Las causas son siempre las mismas, la falta de atención, la desnutrición, la carencia de viviendas dignas y salubres. Pero sobre todo, por una inercia e insensibilidad causada por el cansancio de luchar solitariamente sin que el mundo contemple prácticamente la necesidad de luchar denodada y organizadamente contra esos flagelos, de la misma manera que los virus lo realizan cuando encuentran un cuerpo desnutrido e indefenso. Si los microbios saben organizarse y se multiplican en su ataque, resistiendo a todos los esfuerzos, ¿por qué nosotros que somos humanos no hacemos lo mismo?

Es cierto que mucho han aumentado los recursos de la ciencia y de la técnica en los mismos medios empleados para erradicar las epidemias. Pero al mismo tiempo, esa misma técnica ha llevado la muerte desembozadamente al mundo, cuando sus máquinas crean la polución del medio ambiente, anulando el oxígeno o por lo menos quitándole su pureza, tan necesaria para la vida humana. Cuando las aguas de todos los ríos se encuentran contaminadas por los desechos de las industrias. Cuando las explosiones radioactivas causan males en la salud y eliminan la fertilidad de los campos, ya bastante castigados por la insensatez de la humanidad, cuando la fauna marina, considerada como la reserva del mañana, es exterminada por los desperdicios de petróleo, plásticos y explosiones marinas nucleares.

Esta es la destrucción que camina por el mundo a grandes zancadas, de mano del mismo hombre que deberá padecer sus consecuencias en un futuro no muy lejano.

Así vemos que los hombres van entrando en un camino de desesperanza, en el cual caeremos todos sin excepción si no sabemos unirnos, organizarnos y solidarizarnos a tiempo.

Tenemos enfermedades que ya no deberían convivir con la raza humana, puesto que vienen con nosotros desde los tiempos bíblicos. El paludismo aunque es bastante combatido en los 146 países cuyas zonas son evidentemente palúdicas prosigue su avance imperturbable en zonas que no son de sus características. La causa, la deficiencia de los servicios sanitarios.

La tuberculosis, se conoce que existen en el mundo unos 20 millones de tuberculosos infecciosos, los cuales transmiten la infección a otros 50 mi-

llones de seres. Los informes explican que se poseen los medios profilácticos efectivos como para combatirla con todo éxito pero que escasean los elementos humanos para aplicar la técnica, por falta de medios económicos. Triste afirmación, en un mundo que despilfarra con suma largueza millones de dólares en armas de guerra o en cohetes espaciales para que nos unan con otros planetas. ¿No piensan que de seguir por este camino, solamente podremos exportar allí millones de esqueletos resultantes de la falta de atención a las enfermedades?

El cólera, por su parte, sigue haciendo estragos pese a todos los esfuerzos que se realizan. Las enfermedades venéreas, como la sífilis y la blenorragia suman una alarmante cantidad de clientes. Las estadísticas de las Naciones Unidas manifiestan que existen entre 30 a 40 millones de seres humanos afectados de sífilis y que más de 160 millones padecen infecciones gonoicas. En tanto la lepra se calcula en unos 11 millones de enfermos... Y aquí el mal de Chagas y sus correlaciones cardíacas y otra larga serie de enfermedades endémicas contagiosas, que sería largo enumerar nos muestran la cara real de un mundo pleno de luces brillantes, de pasiones incontroladas, de necesidades y violencias que de manera alguna parece hallarse preparado para afrontar la tremenda realidad que la expansión demográfica le depara a corto plazo. Si a este panorama le agregamos el gran despilfarro que hacemos de los bienes de consumo, sobre todo los de primera necesidad, tendremos la necesidad de enfocar con suma urgencia, seriedad y con vocación de servicio las medidas a realizar conjuntamente entre todos los países del mundo, sin excepción alguna.

Empero, esta situación puede alcanzar una adecuada solución si deponiendo los falsos apegos nacionalistas nos colocamos abiertamente y con sinceridad en el camino del universalismo, conformando el instrumento regulador mundial que permita a todos los países del mundo colaborar en la producción de los elementos primordiales para el desarrollo y la subsistencia de los pueblos, otorgándole un equitativo reparto de los mismos, sin alterar en absoluto la soberanía y la dignidad de las naciones.

He dicho hace tan sólo unos pocos días ante los trabajadores de mi país, que solamente la conformación de un Tercer Mundo podría ser la garantía que espera la raza humana para disfrutar de un mundo mejor, donde no existan niños de corta edad que se mueren sin ver la vida, ni seres humanos que padezcan miserias y enfermedades por falta de atención o de elementos sanitarios. Todos los países del Tercer Mundo deben organizarse férreamente en dicho sentido, dejando de lado todo aquello que pudiera ser motivo de una perturbación. La vida de la raza humana así lo exige.

Si los diversos continentes no se unen estrechamente, llegará el día en que faltando los alimentos y las materias primas, que ya están en plena escasez mundial, veremos a los fuertes tomar desconsideradamente aquello que no les pertenece, anexando o eliminando, según su conveniencia, a los países como si fueran meros juguetes. Tal vez lleguen a dominarnos hasta telefónicamente.

Ayer fue la época de las nacionalidades, hoy es la época del continentalismo y, muy en breve, será la era del universalismo. Es preciso trabajar

unidos, solidarios y organizados, respetando siempre las costumbres y la soberanía de los demás pueblos, pero buscando siempre la solución adecuada para estos acuciantes problemas en bien de la comunidad universal, y tal vez un día podamos designarnos todos con el honroso título de ciudadanos del mundo. En nuestro continente latinoamericano, muchos son los líderes populares que trabajan en este sentido fraternal y los resultados obtenidos son muy halagüeños, esperando que muy pronto, lograremos un acuerdo importante sino total. Nuestros trabajadores están conformando ya la Confederación General del Trabajo Continental. Ello es un paso sumamente importante.

También en esta tarea, que es de todos y no patrimonio de nadie en particular, los argentinos no buscamos liderazgos ambiciosos, sino que somos compañeros integrantes de una misma causa, cimentada en la felicidad de los pueblos, sin otro vínculo que el galardón de una limpia y eterna amistad.

Esta conducta, que hemos recibido de nuestros mayores y que es ineludible deber de todo argentino, nos ha ganado muchos amigos en las partes más lejanas del mundo, que valoramos en toda su inmensidad pues, cuando los pueblos que luchan por su libertad se apoyan entre sí, las raíces de su amistad se introducen hasta las fibras más sensibles del alma.

Si se observan en su conjunto los problemas que se nos plantean y que hemos enumerado, comprobaremos que los mismos provienen tanto de la codicia y la imprevisión humanas, como de las características de algunos sistemas sociales, del abuso de la tecnología, del desconocimiento de las relaciones biológicas y de la progresión natural del crecimiento de la población humana, aunado al egoísmo de una política imperialista, mal enfocada en relación a la soberanía de los pueblos.

Esta heterogeneidad de las causas debe dar lugar también a las mismas variantes en las respuestas, aunque en última instancia tengan como común denominador la utilización de la inteligencia humana. Tal como el Justicialismo lo proclama, a esa irracionalidad del suicidio colectivo, debemos responder los pueblos del Tercer Mundo, con la racionalidad del deseo de supervivencia. Y tal como lo hiciera anteriormente en un llamado a los pueblos del mundo, reitero en la hora presente aquello que nosotros consideramos como el plan mundial de cooperación, con cuya aplicación lograremos poner freno e invertir a nuestro favor esta marcha apresurada hacia el desastre mundial.

1º Son necesarias y urgentes: una revolución mental en los hombres, especialmente en los dirigentes de los países más altamente industrializados, una modificación de las estructuras sociales y productivas en todo el mundo, en particular en los países de alta tecnología donde rige la economía del mercado y el surgimiento de una convivencia biológica dentro de la humanidad y entre la humanidad y el resto de la naturaleza.

2º Esa revolución mental implica comprender que el hombre no puede reemplazar a la naturaleza en el mantenimiento de un adecuado ciclo biológico general, que la tecnología es un arma de doble filo, que el llamado progreso debe tener un límite y que incluso, tal vez, sea necesario renun-

ciar a algunas comodidades que nos ha brindado la civilización, que la naturaleza debe ser restaurada en todo lo posible, que los recursos naturales resultan agotables y, por lo tanto, deben ser cuidados y racionalmente utilizados por el hombre, que el crecimiento de la población debe ser planificado sin preconceptos de ninguna naturaleza, que por el momento, más importante que planificar el crecimiento de la población es aumentar la producción y mejorar la distribución de alimentos y la difusión de servicios sociales, como la educación y la asistencia sanitaria, y que la educación y el sano esparcimiento deberán reemplazar el papel protagónico que los bienes y servicios superfluos juegan actualmente.

3º Es preciso reconocer en forma incuestionable que cada nación tiene el derecho al uso soberano de sus propios recursos naturales. Pero, al mismo tiempo, cada gobierno tiene la obligación de exigir a sus ciudadanos el cuidado y la utilización de los mismos. El derecho a la subsistencia individual impone el deber hacia la supervivencia colectiva, ya se trate de ciudadanos o de pueblos.

4º La modificación de las estructuras sociales y productivas en el mundo implica que el lucro desmesurado y el despilfarro no pueden seguir siendo el motor básico de sociedad alguna, y que la justicia social debe erigirse en la base de todo sistema, no sólo para beneficio directo de los hombres, sino para aumentar la producción de alimentos y bienes necesarios, consecuentemente, las prioridades de producción de bienes y servicios deben ser alterados en mayor o menor grado, según el país de que se tratare. En otras palabras: necesitamos nuevos modelos de producción, consumo, organización y desarrollo tecnológico que, al mismo tiempo que den prioridad a la satisfacción de las necesidades esenciales del ser humano, racionen el consumo de recursos naturales y disminuyan al mínimo posible la contaminación ambiental.

5º Necesitamos con urgencia el avance de un hombre mentalmente nuevo, que se desenvuelva en un mundo físicamente nuevo. No es posible construir una nueva sociedad basada en el pleno desarrollo de la personalidad humana, en un mundo viciado por la contaminación del ambiente, exhausto por el hambre y la sed, enloquecido por el ruido y el hacinamiento, incitado permanentemente al vicio, las drogas y la violencia. Debemos transformar las ciudades-cárceles del presente en las ciudades-jardines del futuro.

6º El crecimiento de la población debe ser planificado, en lo posible de inmediato, pero a través de métodos que no perjudiquen la salud humana, según las condiciones particulares de cada país. La República Argentina, por ejemplo, no está en dicho caso pues necesita mayor capital humano para su desarrollo integral, además esta planificación debe ser realizada en el marco de políticas económicas y sociales globalmente racionales.

7º La lucha contra la contaminación del ambiente y la biosfera, el despilfarro de los recursos naturales, el ruido y el hacinamiento de las ciudades y el crecimiento explosivo de la población del planeta debe iniciarse de inmediato a nivel municipal, nacional e internacional. Estos problemas en el orden internacional deben pasar a la agenda de las negociaciones entre las grandes potencias y a la vida permanente de las Naciones Unidas, con carácter de

verdadera prioridad. Este, en su conjunto, no es un problema más de la humanidad, es el verdadero problema.

8º Todos estos problemas están ligados de manera indisoluble con el de la justicia social, el de la soberanía política y de la independencia económica del Tercer Mundo, y la distensión y la cooperación internacional. Muchos de estos problemas deberán ser encarados por encima de las diferencias ideológicas que puedan separar a los individuos dentro de sus sociedades o a los Estados dentro de la comunidad internacional.

Finalmente quiero dirigirme desde esta importante tribuna a los integrantes de los países no alineados y a todos cuantos conforman el Tercer Mundo, en manera muy especial, dado que por las especiales características que poseemos el problema acuciante nos toca a todos muy de cerca.

Debemos cuidar nuestros recursos naturales, con todas las fuerzas posibles, de la voracidad de los monopolios internacionales, que los buscan para alimentar un modelo absurdo de industrialización y desarrollo en los centros de alta tecnología donde rige la economía del mercado. Ya no es posible producir un aumento en gran escala de la producción alimenticia del Tercer Mundo sin un desarrollo paralelo de las industrias correspondientes. Por ello, cada gramo de materia prima que se dejan arrebatarse hoy los países del Tercer Mundo equivale a kilos de alimentos que dejarán de producir mañana. De nada vale que evitemos el éxodo de nuestros recursos naturales si seguimos aferrados a métodos de desarrollo que están preconizados por esos mismos monopolios, que significan la negación de un uso racional de los mismos.

En defensa de sus intereses, los países deben propender a las integraciones regionales y a la acción solidaria.

No debe olvidarse que el problema básico de la mayor parte de los países del Tercer Mundo es la ausencia de una auténtica justicia social y de participación popular en la conducción de los asuntos públicos, sin que ello signifique la violencia o la desorganización que suelen causar las improvisaciones. Todo debe hacerse en su medida y armoniosamente.

Sin una verdadera justicia social, el Tercer Mundo no estará en condiciones de enfrentar las angustiosamente difíciles décadas que se avecinan.

La humanidad debe ponerse en pie de guerra en defensa de sí misma. En esta tarea gigantesca, nadie puede quedarse con los brazos cruzados. Por eso convoco a todos los pueblos y gobiernos del mundo a una acción solidaria, dispuestos a luchar por la libertad y la felicidad humanas, con toda la fuerza telúrica que nuestros orígenes comunes han depositado genéticamente en nuestra sangre indígena. Y tomado del sagrado Corán leemos que dijo el sabio profeta: "Haz por este mundo como si debieras vivir siempre y por el otro, como si debieras morir mañana".

El hombre es hermano del hombre, quiera o no quiera.

La comunidad organizada: un sistema de poder

Mario García

“Ni la justicia social ni la libertad, motores de nuestro tiempo, son comprensibles en una comunidad montada sobre seres insectificados, a menos que, a modo de dolorosa solución, el ideal se concentre en el mecanismo omnipotente del Estado. Nuestra comunidad, a la que debemos aspirar, es aquella donde la libertad y la responsabilidad son causa y efecto, y en la que existe una alegría de ser, fundada en la persuasión de la dignidad propia. Una comunidad donde el individuo tenga realmente algo que ofrecer al bien general, algo que integrar y no sólo su presencia muda y temerosa”.

J. D. PERÓN.

Hace treinta años comienza a surgir en nuestro país una nueva estructura de poder, como producto de una movilización social y política que conmueve profundamente las relaciones de fuerza que hasta ese entonces se manifestaban. Todo resulta cuestionado, removido, modificado. El aparato estatal demoliberal no escapa, ciertamente, a ello. Lentamente, a partir de la llegada al gobierno del General Perón, el sistema de poder demoliberal comienza a mostrar su incapacidad intrínseca para resolver los problemas que le plantea el ingreso “aluvional” de las masas a la vida política argentina.

Paralelamente, el pueblo argentino y su Conductor comienzan a construir los instrumentos que permitan ejecutar con fidelidad ese nuevo proyecto de vida que aparece con el justicialismo. El Poder revolucionario comienza a requerir su propio sistema de Poder.

Este sistema de poder tiene una historia a la que queremos comenzar a acceder con este trabajo. El Movimiento Peronista ha acumulado ya el poder suficiente como para necesitar ineludiblemente de una profunda reflexión acerca de los medios a través de los cuales ejercitarlo; un incorrecto tratamiento de esta cuestión ha sido la tumba de muchas “buenas intenciones” revolucionarias. La experiencia propia cuesta mucho —dice el General Perón— y llega tarde.

Pero antes de acceder a esa pormenorización, creemos necesario hacer algunas observaciones acerca del problema del Estado que permitan aclarar cuál es el punto de partida conceptual del presente trabajo.

El Estado fáustico o la comunidad mecanizada

1. La civilización occidental genera, como toda civilización, un *sistema* de organización, administración y ejercicio de su poder. Se da con ello un mecanismo de desarrollo, en función de la ideología, de la actividad social, política, económica y cultural.

En este sentido, Occidente concibe su peculiar *sistema de poder* sobre la base de dos elementos permanentes: un aparato fundamental que es la organización de la parcialidad social hegemónica (la Iglesia y la estructura nobiliaria en el sistema feudal de la Edad Media, los partidos demoliberales en el sistema capitalista de la Edad Moderna, el partido de la vanguardia del proletariado en el sistema socialista dogmático de la Edad Moderna, etc.), y un aparato en el cual concentra y dispersa su poder el aparato anterior, el Estado. De esta manera, el Estado que produce la civilización occidental no es un poder externo, impuesto “desde fuera” a la sociedad. Es, por el contrario, un producto de la sociedad en cada etapa de su desarrollo, en el que ésta expresa el intento de resolución institucional de su problemática social, política, económica y cultural.

El Estado mantiene, con respecto a la sociedad que lo produce, una relación de interioridad, no sólo en lo que a su génesis se refiere sino en cuanto a su desarrollo histórico. Es imposible, entonces, soslayar la relación de absoluta dependencia del Estado con respecto a las relaciones de fuerza existentes en el seno de la sociedad. El Estado necesariamente traduce esas relaciones, porque es creado para ello como la “unidad de las contradicciones”, la “síntesis oficial” (Engels) de la sociedad. El Estado occidental es el instrumento del ejercicio del poder de los sectores que están en condiciones de luchar por la hegemonía, y el Poder es inseparable del instrumento a través del cual se lo ejerce.

2. Esta “naturaleza” del Estado (la estructura orgánico-funcional descrita en el punto anterior) recibe, en cada etapa de la historia de Occidente, un tratamiento específico, que refleja el desarrollo de la lucha por el poder y denuncia la naturaleza de ese poder. Este tratamiento se caracteriza por la relación que se establece entre el Estado y el conjunto social, así como por la estructura interna del Estado.

El aparato estatal en Occidente es el instrumento que se da el “horizonte directivo” de la sociedad para conjurar los antagonismos que se producen en su seno, tendiendo a amortiguar los choques y a imponer los límites del desarrollo de las contradicciones internas. Por este proceso, la civilización occidental termina “divorciando” al Estado de la sociedad y convirtiéndolo en un poder abstracto y aparentemente neutro. De ahí que las luchas internas de Occidente consistan básicamente en la apropiación por parte de una clase social, sector o estamento de la sociedad (sea en forma explícita o embozada) del aparato estatal para el cumplimiento de los objetivos sectoriales. Consecuencia de la apropiación del Estado (o de su maquinaria, más precisamente), es la disposición de su poder social, político, económico y cultural para la vehiculización de los intereses del sector hegemónico.

La relación del Estado con el conjunto social es entonces la relación del poder que ese Estado expresa con la sociedad. En tanto el poder se concentra

en un sector de la sociedad, y no toda ella, ese sector hegemónico construye los instrumentos que le permiten universalizar su proyecto político, imponiéndolo a través del Estado a toda la sociedad. Occidente crea, de esta manera, la estructura de su sistema de poder a la manera de “fuerzas públicas especializadas”, alienando de la sociedad las actividades sociales fundamentales y generando con ello un proceso de mistificación del aparato estatal que le ha servido (y aún le sirve) como cobertura y protección de su aparato real de poder (que es el que *realmente* enajena la actividad social, política, económica y cultural de la sociedad).

3. Ese primer escamoteo, por el cual el Estado aparece como el campo de desarrollo de las contradicciones, donde éstas adquieren su legalidad “oficial”, se complementa con otro, que se realiza en la estructura interna del aparato estatal y, en general, en todo el sistema, como reaseguro de su auto-conservación.

Se basa en una minuciosa estructuración del aparato estatal y consiste, básicamente, en la separación ideológico-política de dos tipos de funciones: las funciones “centrales”, desarrolladas por la administración general, la policía y el ejército; y las funciones “autónomas”, constituidas por el sistema de difusión ideológica y política (el sistema educativo, el sistema informativo, el sistema editorial, etcétera).

El mecanismo de este escamoteo se desnuda cuando se producen situaciones revolucionarias que tienden a cuestionar el conjunto del sistema: Occidente no defiende principalmente la estructura “central” represiva del Estado (policía, ejército, administración), aunque no la descuida, por cierto, sino la estructura “autónoma” periférica, porque defiende su sociedad en el lugar donde reside su principal poder, el poder ideológico y político. Desde ahí, aun cuando pierda el control sobre el aparato “central”, se puede plantear siempre la restauración.

El sistema de poder occidental, en sus variantes más desarrolladas —el demoliberalismo burgués y el sistema soviético—. es así, embozadamente, el más perfecto y acabado sistema totalitario.

4. La revolución soviética, y el pensamiento que la alimentó, no se aparta demasiado del tratamiento “clásico” del problema del poder y el Estado, a pesar de que tanto Marx, como Engels, como Lenin, plantean la necesidad de destruir el aparato de poder estatal en manos de la burguesía, en la medida en que el Estado es un órgano de dominación de clase y que las contradicciones entre las clases son irreconciliables.

Lenin, en *El Estado y la Revolución* (1917), plantea la necesidad de suprimir el Estado burgués por la revolución proletaria y prevé la posterior extinción del Estado o semi-Estado proletario, una vez cumplido su cometido revolucionario: posibilitar el desarrollo de la dictadura del proletariado. Esta consiste básicamente en que la “fuerza especial de represión” del proletariado por la burguesía debe *sustituirse* por una “fuerza especial de represión” de la burguesía por el proletariado. Hay, dice, una “*sustitución*” de una “fuerza especial” (la burguesía) por otra (la proletaria).

Para que sea posible el proceso de posterior extinción de este “semi-Estado” es preciso concentrar en él la propiedad de todos los medios de producción y el ejercicio de la violencia del proletariado sobre la burguesía.

Hasta aquí, en cuanto a concentración del Poder en manos del Estado, esto es exactamente cuanto ha sucedido en la Unión Soviética y en sus países dependientes. Por cierto que no se produjo la extinción, ni parece que esté en vías de producirse, y entendemos que esto es así *porque no ha sido cuestionado el sistema de poder demoliberal*.

Ni el análisis leninista de la etapa de transición (hacia la extinción del Estado) ni la realidad soviética (proceso que se consuma en su más alto nivel con el stalinismo) cuestionan las características esenciales del Estado demoliberal: éste continúa enajenando la actividad política, económica, social y cultural del Pueblo, aun cuando se pretenda compensar esto con el cambio del sentido social en el cual operan; el Estado, con todo el poder concentrado en sus manos, pasa a ser el único sujeto enteramente libre. La vanguardia que lo ocupa controla también el partido. El funcionariado pasa a ser el sector “hegemónico” en cuanto controla los hilos de la producción económica (todos los medios de producción en su poder), política (el partido en su poder), social (disolución de las organizaciones sindicales, control de todas las células sociales por el partido) y cultural (el realismo socialista...).

El análisis marxista no contempla ni posibilita el desarrollo de formas organizativas del Pueblo que puedan cuestionar el poder del Partido y del Estado. La Unión Soviética destruye, en un proceso que inicia el propio Lenin ya antes de 1917, todas las formas organizativas paralelas que tanto los obreros como especialmente los campesinos rusos habían generado en los primeros años de la revolución. La “dictadura del proletariado” se estructuraba en la URSS por una suerte de inestable combinación entre los instrumentos políticos de las masas rusas —los soviets— y el instrumento político de la vanguardia del proletariado, el partido, colocado encima de las masas, separado de éstas a la manera de los partidos demoliberales y pretendiendo mantener con ellas una relación de “expresión” de sus aspiraciones. Tal combinación, inestructurada e inestable, terminó por producir un eje de poder conformado por el Partido y el aparato estatal que destruyó el poder soviético sin convertirse él mismo en un instrumento del Pueblo ruso, como consecuencia de su propia constitución. Esto llegó a ser en Rusia la “dictadura del proletariado”, es decir, la organización del proletariado en clase dirigente (Lenin).

Hay otro aspecto revelador del análisis marxista: el problema de la “*hegemonía*”. El Estado (el Estado de la sociedad demoliberal), tanto para Marx como para Lenin, *refleja y condensa* el conjunto de las contradicciones de la sociedad. Para Engels, el Estado es el “resumen oficial” de la sociedad (*Origen de la familia...*). Para Marx (cita de Lenin en *Los que son los amigos del pueblo*), “el Estado... es el resumen de los combates prácticos de la humanidad. Así, el Estado político expresa en los límites de su forma *sub specie rei publicae* (desde el punto de vista político) todos los combates, necesidades e intereses sociales”.

El Estado condensa, refleja, resume, los combates sociales. En él, o quizás en su expresión sobre él, como unidad de las estructuras de la sociedad, se decide el destino de la lucha de clases, porque en él se organiza la “hegemonía” ideológica de las parcialidades sociales en pugna. La hegemonía del proletariado se expresa también en esta misma “unidad de las estructuras”,

en la etapa de la dictadura del proletariado. Ni en el análisis ni más allá de él hay un intento de cuestionamiento del sistema de poder demoliberal; no cabe ninguna duda que para el sistema demoliberal también el Estado es la “unidad de las estructuras”, el “resumen oficial” de la sociedad, el lugar cuidadosamente preparado para que las contradicciones internas de la sociedad no pongan en peligro no ya la hegemonía de uno u otro sector sino el sistema de poder de una civilización. En la URSS las fuentes del poder siguen estando en la estructura estatal y en la forma “partido” ligada a ella, el Estado continúa siendo autónomo, y toda forma organizativa generada por la práctica del pueblo es automáticamente enajenada e incorporada a la estructura estatal-partidaria para que ésta pueda seguir siendo “el resumen de los combates prácticos de la humanidad”.

5. No hay demasiadas diferencias políticas entre este caso y el caso alemán. La principal preocupación de Hitler, aunque cuestiona desde otra perspectiva al régimen demoliberal, es el fortalecimiento de la maquinaria estatal, a partir de la concentración en sus manos de la totalidad del poder económico y bélico de la sociedad.

La situación de abierta beligerancia con los países imperialistas, que suele ser utilizada como excusa tanto por el nacional-socialismo como por el comunismo, no sirve para justificar conceptualmente este método, desde la perspectiva de la revolución social de nuestra época. El caso Chino y el Vietnamita precisamente demuestran lo contrario, es decir la posibilidad de encarar exitosamente la construcción de las instituciones del poder revolucionario en el proceso mismo de la lucha contra el imperio.

6. Las consideraciones anteriores son extensibles al sistema de poder de los países coloniales, aun cuando —como en nuestro caso— con ciertas peculiaridades propias de la situación de dependencia externa. En los países del Tercer Mundo el método del Imperialismo consiste en disponer a voluntad del aparato estatal del país ocupado y organizarlo de acuerdo a su objetivo central: la expropiación de la riqueza material y cultural de la colonia. Pero el surgimiento de los Movimientos de Liberación Nacional y el reflejo, en los países dependientes, de las contradicciones internas del poder sinárquico, hacen que aparezca también la lucha por el control de los aparatos estatales entre las diferentes internacionales que juegan algo de su destino en el país en cuestión.

La *forma* en que se expresan las luchas internas del poder sinárquico en los países del Tercer Mundo es la lucha por el copamiento del aparato estatal (tanto en su estructura “central” como en la “autónoma”), y esta lucha se refleja necesariamente en el “horizonte directivo” y en el “activismo” (por derecha o por izquierda) de los Movimientos de Liberación.

La comunidad organizada

En su discurso del 1º de mayo de 1954, dice el General Perón: “no se vence con violencia: se vence con inteligencia y organización”. Estos dos elementos metodológicos de la filosofía de la acción desarrollada por el General Perón, son a su vez el punto de partida de su teoría del poder: un *pensamiento* —la inteligencia— acerca de la realidad y de los objetivos que se persiguen y

una *capacidad organizativa*, en función de dichos objetivos, de los recursos de todo tipo que la realidad ofrece.

El General Perón aplica estrictamente este método, como base del proyecto de la Comunidad Organizada. En ese mismo discurso del año 54, dice:

“Para cumplir la misión asumida en 1946, y perpetuar nuestros ideales, era necesario llevar a cabo dos tareas indispensables: 1) conformar una Doctrina Nacional sobre la base de nuestras banderas; 2) organizar todos los sectores del Pueblo para completar nuestros fines, entregándole al Pueblo organizado aquella Doctrina y las realidades logradas bajo sus signos de justicia, de libertad y de soberanía”.

En suma: unidad de concepción (una doctrina y una teoría) y unidad de acción (unidad organizativa para la ejecución).

Hay además otro elemento, en el orden metodológico, que interesa hacer notar. Es el problema de la génesis del pensamiento y de la acción. El proyecto de la Comunidad Organizada establece que el poder procede del Pueblo y que éste se expresa por sus instituciones libres; ni el poder procede del Gobierno o del Estado, ni el Pueblo lo delega en las estructuras estatales, sino que lo sintetiza en forma de conducción en el Gobierno. En la revolución justicialista esto debe ser así desde su primer paso, porque *no puede haber antagonismo entre los caminos tomados para la construcción de la Comunidad Organizada y ella misma como sistema social a construir*. El General Perón hace notar expresamente esta cuestión, tanto en lo que se refiere a la Doctrina (el *alma* de la Comunidad Organizada) como en lo que se refiere a la construcción de las estructuras orgánico funcionales de la sociedad justicialista. Dice el General Perón en cuanto a la génesis de la Doctrina: “Hemos dado una doctrina que no hemos extraído de nosotros sino del pueblo. La Doctrina Peronista tiene esa virtud, que no es una obra de nuestra inteligencia, ni de nuestros sentimientos, es más bien una extracción popular; es decir que hemos realizado todo lo que el pueblo quería que se realizase, y que hacía tiempo que no se ejecutaba. Nosotros no hemos sido más que los intérpretes de eso; lo hemos hecho porque el pueblo lo quería; porque hay una razón superior en el deseo popular”.

La Doctrina Nacional, como forma de la unidad de concepción de un pueblo, es el producto de la práctica conceptual del propio pueblo, sintetizada por vía de la conducción. “Si propaganda —dice Mao— significa instrucción de las milicias y los guerrilleros, hemos hecho mucha propaganda. Pero si se trata de prédica... Usted sabe que desde hace mucho tiempo proclamo: *debemos enseñar a las masas con precisión lo que hemos recibido de ellas con confusión*” (citado por Malraux. *Antimemorias*).

Este proceso de gestación de la Doctrina, el alma de la Comunidad Organizada, se complementa con la práctica organizativa del pueblo tendiente al desarrollo de la unidad de acción, presente ya en la unidad de concepción. El origen de esta unidad de acción también es producto de la práctica del pueblo en todos los órdenes, impulsada y sintetizada por vía de la conducción: “cuando se conduce un país, la unidad de acción ha de lograrse mediante la unidad de concepción, que ha de traducirse en unidad de acción, pero *no de una manera coercitiva sino persuasiva, de auspicio o de fomento de la acción del propio Pueblo*” (JDP. discurso de 1.º de diciembre de 1952).

Por ello es que en el montaje de la Comunidad Organizada, la estructuración del conjunto del sistema está limitada por el grado de estructuración que alcanza, en cada momento, el poder del pueblo. “Para mí —dice el General Perón—, la organización nacional no consiste solamente en organizar al Estado y el Gobierno. Para mí, *la organización nacional consiste en la más importante de las organizaciones: la organización del Pueblo*”.

Con esta direccionalidad ideológica es que el General Perón traza el plano de la Comunidad Organizada: “Para que la unidad de concepción se traduzca en unidad de acción se necesitan tres elementos fundamentales para la conducción: el conductor, sus cuadros y la masa organizada. En la conducción de un país *el conductor es el Gobierno, sus cuadros auxiliares son el Estado y la masa organizada es el Pueblo*. Según la doctrina peronista, estos elementos de la conducción general del país se ordenan así: Gobierno centralizado, Estado descentralizado, Pueblo libre, y todos juntos, Gobierno. Estado y Pueblo, integran la comunidad organizada” (JDP, discurso del 1º de diciembre de 1952). Dos años antes, en su discurso del 17 de junio de 1950 ante los Gobernadores de Provincias y Territorios Nacionales, decía:

“Existen tres gradaciones orgánicas que estableceremos como punto de partida para alcanzar lo que hemos denominado ya en las bases filosóficas de nuestra doctrina como una comunidad organizada. Una comunidad organizada presupone en lo político, en lo social y en lo económico la creación de fórmulas imperturbables de acción permanente; y eso viene por la cooperación y la coordinación de todos los actos comunes a los que actuamos como gobernantes en el Gobierno, a los que actúan conformando al Estado Nacional, provincial o territorial, y los que conforman después la Nación, encuadrados en las distintas formas de organización civil... Por esa razón digo que el problema argentino es organizarse íntegramente: organizar el Gobierno; organizar el Estado; organizar la Nación”.

El General Perón reordena la problemática del poder de nuestra sociedad desde este núcleo teórico que es la Comunidad Organizada. Pero la Comunidad Organizada no es un fantasioso objetivo a lograr, no es un “modelo”. Por el contrario, ella es, en la medida que el pueblo la construye: toda su realidad es la que la práctica del Pueblo le otorga. En este sentido la Comunidad Organizada ya existe, aun cuando esté en pugna, sea en el terreno político o en la conciencia de los hombres, con la Comunidad Mecanizada.

Por ello es que la teoría de la Comunidad Organizada es en un sentido, una teoría del poder, en cuanto contempla los mecanismos de su construcción gradual en una situación de lucha.

Esta teoría del poder consiste en la redefinición de los términos que integran el sistema (Gobierno, Estado y Pueblo) y de las relaciones de esos términos entre sí. El *Pueblo* es la única fuente de poder y el único sujeto que puede acceder a la libertad: la medida de su libertad es la medida en que logra organizar su poder en el terreno político, económico, social y cultural.

El *Gobierno* es gobierno de conducción: “La Doctrina Justicialista trae al mundo su propia solución, fundada en una filosofía propia de la acción de gobierno, que no es de abstención total como en el individualismo ni de intervención total como en el colectivismo, sino *de conducción de las actividades sociales, económicas y políticas del Pueblo*”. (JDP, discurso del 1º

de diciembre de 1952.) Para que ello sea posible, el Gobierno se somete a la libertad del Pueblo organizado: "...la única posibilidad de conciliar al Gobierno con la libertad del Pueblo es *gobernar con las organizaciones del Pueblo*". (JDP, discurso del 1º de mayo de 1954.)

El *Estado* cumple una función auxiliar de la actividad de conducción que desarrolla el Gobierno. Deja de ser entonces el punto de concentración del poder, el "resumen oficial" de la sociedad (esta capacidad del Estado occidental es reintegrada al Pueblo, a su propia producción organizativa autónoma), para pasar a ser un apéndice esclavizado que contiene a los cuadros auxiliares de la conducción. Su estructura misma, dice el General Perón, depende de la que el Pueblo se dé a sí mismo libremente: las estructuras orgánico-funcionales del Estado deben estar armonizadas con las estructuras orgánico-funcionales del Pueblo.

En esas estructuras del Estado, cuya misión está determinada por los intereses del Pueblo en cada área y cuya autonomía está limitada al estricto cumplimiento de esa misión, *el Pueblo no enajena su actividad, social, política, económica o cultural*, pues las estructuras del Estado no son ya las "fuerzas especializadas" que monopolizan la producción teórica y práctica, sino mero instrumento de una producción teórico-práctica desalienada y generada por el Pueblo organizado.

Con ello desaparece el Estado-libre de Occidente, ya que el conjunto de la actividad estatal está determinada por la actividad social libre y sometida a una estructura de Gobierno que la preserva funcional y orgánicamente de la tendencia a la autonomía.

Quizás un ejemplo aclare todo en esta relación que plantea la Comunidad Organizada entre Pueblo y estructuras del Estado: es el concepto de la "Nación en armas", que ejemplifica cómo la Defensa Nacional, en cuanto actividad organizada y libre del pueblo, genera en el aparato del Estado un instrumento, las fuerzas armadas, sometido a esta actividad, pero que no llega nunca a enajenarla. En su discurso sobre Defensa Nacional de 1944, el General Perón decía: "Las dos palabras, 'Defensa Nacional', pueden hacer pensar a algunos espíritus que se trata de un problema cuyo planteo y solución interesan e incumben únicamente a las fuerzas armadas de una Nación. La realidad es bien distinta. En su solución entran en juego todos sus habitantes; todas las energías, todas las riquezas, todas las industrias y producciones más diversas; todos los medios de transporte y vías de comunicación, siendo las fuerzas armadas, únicamente, el instrumento de lucha de ese gran conjunto que constituye 'la Nación en armas'".

Este Estado carece de autonomía, se ha transformado en instrumento de la libertad del Pueblo. Mientras que el único sujeto que puede construir su libertad, en la organización de su actividad política, económica, social y cultural, es el Pueblo, *el "costo de esta libertad es la esclavitud del Gobierno y del Estado"*.

La propuesta de la Comunidad Organizada impide que el aparato del Estado enajene la producción política, social y económica del pueblo, así como que el Estado pueda enmascarar la lucha por el poder en el seno de la Sociedad, en la medida en que cuestiona al Estado como el lugar en que los sectores sociales, políticos o económicos, luchan por la hegemonía. Las fuentes del

poder están en las organizaciones libres del Pueblo, *las cuales no delegan su poder en la estructura del Estado*, sino que lo *sintetizan* en el Gobierno, el cual se sirve de la estructura del Estado para la realización fidedigna del proyecto político que impulse a dicha voluntad de poder.

Por ello el proyecto Justicialista de la Comunidad Organizada no se plantea *ni siquiera en la etapa de transición el problema* de la “*hegemonía*”, en el seno del aparato estatal, porque de lo que se trata, en profundidad, es de restar a ese aparato toda posibilidad de constituirse en fuente de poder social, político, económico o cultural. Se trata de llevar al Estado demoliberal a representar solo un nivel formal de poder, mientras que paralelamente se construyen las nuevas estructuras del “Estado-esclavo”, *al ritmo y en la medida* en que se desarrollan las organizaciones libres del Pueblo.

El problema de la “hegemonía” surge en el pensamiento demoliberal, especialmente en el marxista, debido a una total ausencia de cuestionamiento *real* del “mercado de poder” que ofrece la sociedad demoliberal. El proyecto de la Comunidad Organizada tiende precisamente a postularse como la alternativa histórica frente a la deformación posthegeliana del Estado ideal y a la mampostería abrumadora del Estado marxista ya que “lo que en ambas formas se hace patente es la anulación del hombre como tal, su desaparición progresiva frente al aparato externo del progreso, el Estado fáustico o la comunidad mecanizada” (JDP, La Comunidad Organizada).

Las instituciones libres del pueblo

“Para mí, la organización nacional no consiste solamente en organizar al Estado y al Gobierno. Para mí, la organización nacional consiste en la más importante de las organizaciones: la organización del pueblo” (JDP).

Encarar el problema de las organizaciones y las instituciones libres del Pueblo significa, a nuestro entender, encarar el problema de la transición de nuestra sociedad hacia ese orden más justo sintetizado en la Comunidad Organizada. De nada valdría trazar una exhaustiva visión, fantasiosa por cierto, del final de la “guerra”, si no somos capaces de revisar el pasado organizativo e institucional que nuestro Pueblo ya tiene en este terreno y de programar la batalla que se avecina.

Por ello, en esta parte del trabajo trataremos de desarrollar el tema poniendo el acento en algunos aspectos que consideramos esenciales, aun cuando no los tratemos por separado sino a la manera imbricada en que estas cuestiones se presentan en la realidad:

1. El proceso progresivo de *construcción* de las organizaciones e instituciones libres del Pueblo, desde los primeros años de la revolución Justicialista, y sus líneas fundamentales de desarrollo, así como los fundamentos ideológico-doctrinarios con que el General Perón va alimentando este proceso.
2. El proceso de transición hacia la comunidad organizada, que es el problema del *doble poder* en la Nación: proceso combinado y progresivo de *construcción* del Gobierno, las Instituciones y el Estado del Pueblo, y de *destrucción* del Gobierno, el Estado y las instituciones del sistema demoliberal.

3. El método político con que se construye este nuevo sistema de poder, desde el Movimiento Peronista.

Durante los primeros años de la revolución Justicialista, los intereses imperialistas en la Argentina, más o menos coherentemente estructurados en un Frente surgido como resultado del triunfo aliado en la Segunda Guerra y poco después expresados políticamente en la Unión Democrática, centran básicamente su ataque al Frente Nacional en las consecuencias de las conquistas sociales; las luchas sociales que genera este proceso revolucionario se les aparecen aún abstractos y carentes de comando. Atisban el proceso de movilización y creciente organización de las masas, pero no logran aún explicárselo acabadamente. A partir del año 46 el panorama se les aclara: la Revolución social en marcha en la Argentina había generado la estructura básica del sistema de poder peronista, *la relación Conductor-Pueblo*. A este hecho apunta, inmediatamente, el ataque del Frente imperialista; quizás porque hacía pocos días habían terminado de sofocar un intento semejante en su propio territorio, es que súbitamente vislumbran hasta qué punto la aparición en el cono sur de América de un conductor de pueblos y de una masa que quería ser pueblo, cuestionaba profundamente la naturaleza misma de su poder.

Todo el bagaje teórico de que dispone el demoliberalismo se pone en marcha hacia este objetivo: los “liderazgos” retrotraen a la humanidad a etapas ya superadas por el Estado moderno, expresión este de una racionalidad que intenta sintetizar, en el nivel autónomo del “progreso indefinido”, la creciente complejidad de los fenómenos políticos, sociales y económicos; se caracteriza como “totalitario” a todo intento político de cuestionar la representatividad de las organizaciones libres de la burguesía (los partidos políticos, la organización económica, los encuadramientos sociales de la clase media, etcétera) y de desenmascarar el “apoliticismo” de las estructuras estatales demoliberales.

Lo cierto es que ésta es la primera batalla que libra la revolución Justicialista: la demistificación del sistema de poder imperialista, el cuestionamiento de la autoridad, en sí misma, del Estado demoliberal. La aparición de los grandes conductores de pueblos se presenta entonces como una forma concreta de superar, por parte de las masas, la mistificación demoliberal del Estado. El Conductor, como unidad de la práctica de un pueblo, es el reflejo de la capacidad de auto-conducción que en cada etapa generan las masas y el que, en orden a su producción político-ideológica “devuelve a las masas con precisión lo que de ellas recibe con confusión”. La política deja de ser concebida como la práctica que desarrolla una “fuerza especializada” de la sociedad, para pasar a ser un ejercicio permanente, totalizador; deja, por ende, de ser ejercida como un fin en sí mismo: “Nunca hemos hecho de la política una finalidad, vale decir, *‘una profesión’*, sino *un medio, un instrumento*, para seguir adelante con el afán de cumplir nuestros mandatos supremos en beneficio de la Patria”. (JDP, discurso del 1º de mayo de 1954).

El “personalismo”, que inmediatamente se convierte en el centro de todas las críticas a la revolución, es el ariete que permite desarrollar este triple proceso de demistificación del Estado, de desajenación y autoinstrumentación de la producción política del Pueblo. Este “personalismo” que sintetiza la

voluntad de soberanía del Pueblo y que es la Institución fundante y primigenia del poder revolucionario, nace para permitir la construcción de “la personalidad de la comunidad nacional, que representan sus organizaciones sociales, económicas, políticas y culturales; la personalidad que se llama ‘Pueblo Argentino’...” (JDP, discurso del 1º de mayo de 1954). En ese mismo discurso el General Perón explica el problema del “personalismo”:

“Muchas veces he debido soportar la incompreensión de la mediocridad, que no entendía —o no quería entender— que, a fin de cuentas, humilde instrumento de la providencia, yo tenía un mandato que cumplir. Fiel a ese mandato, que llevo marcado a fuego sobre mi corazón, lo cumpliré hasta el fin. Felizmente he probado no ser un hombre a medias. Y aunque tampoco me considero un ser privilegiado, me siento depositario de aquel mandato ¡y lo cumpliré inexorablemente, pese a quien pese! Por esa posición espiritual he sido criticado como ‘personalista’. Pero mi personalismo no ha sido nunca ni será jamás egoísta ni ególatra, ni tendrá la megalomanía de ‘los grandes hombres por autodecisión’. Soy el hombre de una causa. Tengo en mis manos un mandato de justicia, de libertad y de soberanía que personalmente debo y deseo entregar totalmente y cuanto antes al Pueblo argentino también en persona; vale decir: a la personalidad de nuestro Pueblo aquí presente. Esta es la clave, la piedra angular de mi personalismo: *un personalismo que tiene su raíz más honda en mi propio sentido de la responsabilidad y que va disminuyendo en la medida en que se va creando, en la personalidad de nuestro Pueblo, el sentido de la responsabilidad que se manifiesta progresivamente en las organizaciones de nuestra comunidad...* Deseo, como si se tratase de un sueño largamente acariciado, que el ‘*tan mentado personalismo de Perón*’ sea sustituido cuanto antes por el ‘*personalismo del Pueblo argentino, —de nuestra comunidad organizada—*, y no veo la hora en que este personalismo definitivo y eterno sostenga con sus propias manos y para siempre las victoriosas banderas de nuestra nacionalidad”.

Este proceso de demistificación del sistema de poder demoliberal (el “vaciamiento” paralelo de los partidos políticos, las organizaciones de todo tipo que acompañaban a dicho Estado) inicia así el proceso de *construcción* del sistema de poder de la revolución. Simultáneamente, la ocupación por parte del Pueblo del estamento de conducción del Estado (el Gobierno) y la infiltración —aunque en escala reducida— del aparato estatal, permite plantearse la necesidad progresiva de llevar adelante la *destrucción* de la maquinaria estatal demoliberal, así como la extracción de ella de los recursos “libres” y la apropiación de los instrumentos necesarios para apoyar logísticamente la construcción del poder popular, básicamente desarrollado en “el llano”.

En términos generales se logra, además, reducir drásticamente la intervención entorpecedora del aparato estatal en el proceso de construcción de las organizaciones libres del Pueblo, librando a éstas del ahogo al que habían sido sometidas hasta entonces y aumentando con ello la capacidad organizativa de los recursos propios. El proceso de destrucción de las instituciones demoliberales no se caracteriza por una irrupción inorgánica y masiva en ellas, sino muy por el contrario por un vaciamiento político e ideológico que las lleva a representar solamente un nivel formal de poder.

En el período de 1946 a 1955 el General Perón se ocupa directamente de la política que el Movimiento Peronista se da respecto del aparato estatal; se

hace cargo del Gobierno —lugar de conducción del Estado y del Pueblo— y, a través de él, del Estado. Pero este Estado no corresponde al modelo de la Comunidad Organizada: es, muy por el contrario, un Estado preparado para dirigir, para interferir en la actividad de la sociedad; no es, por ello, un Estado en condiciones de adaptarse a las necesidades que le plantea el proceso revolucionario, o sea el de *auxiliar de la Conducción* que ejerce el Gobierno del General Perón.

Quizás una de las características más notables del Estado con el que se encuentra el General Perón al asumir el Gobierno en 1946, es el desquicio administrativo y la completa inorganicidad. Pero esta situación, que por cierto puede responder a razones de “mal manejo” del aparato estatal, en esencia es fruto del método con que ese aparato es construido por el sistema demoliberal: la complejidad de su funcionamiento, lo intrincado de la estructura interna, la enorme dificultad para que alguien ajeno a él pueda desplazarse por sus laberintos, la aparente falta de unidad conceptual en sus respuestas, conforman una abrumadora maquinaria kafkiana que se justifica por la necesidad del sistema demoliberal de defender el lugar en donde ejerce la hegemonía.

En esta estructura, en sí misma enemiga, el General Perón asigna a un puñado de hombres del Movimiento Peronista la misión de colaborar desde adentro en la desarticulación de su poder, así como de lograr de ella un mínimo funcionamiento como auxiliar de la conducción. Estos cuadros conforman, en esa etapa, casi una verdadera *rama* del Movimiento, en la cual se expresan las contradicciones del conjunto y, además, contradicciones específicas derivadas de la misión de estos cuadros en el aparato del Estado y de las características del “territorio” en el cual operan. La especificidad de la misión de estos cuadros hace que el General Perón se dé, sobre esta “rama”, una política específica, encuadrada en la política que el Movimiento Peronista, como organización social y política del Pueblo argentino, se da para el Estado demoliberal, tendiente al vaciamiento y destrucción de dicho Estado, así como a su gradual reemplazo por la “estructura auxiliar de la conducción” del Gobierno de la Comunidad Organizada.

La ocupación del Gobierno y la *infiltración* con cuadros peronistas de parte de la maquinaria estatal, en esta etapa, permite poner a disposición del proceso de construcción del poder peronista una serie de instrumentos fundamentalmente logísticos, y libertad de maniobra política, así como iniciar una guerra de desgaste contra el resto de las instituciones demoliberales que traban el curso del proceso de construcción; el General Perón conducía la *destrucción* de las instituciones del sistema oligárquico imperialista, la destrucción (la crítica) de las reglas del juego de las relaciones entre los hombres en el Sistema, el individualismo, la competencia, la lucha despiadada por el poder personal, la tecnocracia y el incentivo fundamental: la ganancia material.

Paralelamente, el General Perón, *a través de Eva Perón*, su primera conducción táctica, conducía la *construcción* de los organismos libres del Pueblo, el frente de batalla en última instancia decisivo, “la personalidad del Pueblo argentino”. Esto explica suficientemente la desvinculación de Eva Perón del aparato estatal, intencionalidad subrayada con su renunciamento a ocupar la vicepresidencia de la Nación: una misión en el Estado demolibe-

tal, con las limitaciones políticas que ello implica, hubiera sido contradictoria con la libertad de maniobra necesaria para asumir la responsabilidad de ser el motor impulsor, la conducción “en el propio teatro de operaciones”, de la construcción de las primeras instituciones libres del pueblo.

Este nuevo sistema institucional que surgía en la Argentina se iba desarrollando en diferentes y sucesivos grados de complejidad, en el marco ideológico del pensamiento Justicialista y a partir de la relación Conductor-Pueblo, elementos fundantes del sistema en marcha. La fractura del marco individualista sostenido por las reglas de juego del sistema oligárquico-imperialista, la verticalización de la masa hasta entonces inorgánica y la prédica incesante en la organización de la sociedad en el territorio, o sea en la organización germinal de la práctica política (las unidades básicas), económica (el control de precios, la preocupación privada y pública por la economía hogareña), social (la redefinición de lo público y lo privado expresado en la renovada vida de las asociaciones vecinales, las sociedades de fomento, los clubes, etcétera) y cultural (clubes deportivos y culturales) de cada unidad social-territorial.

En su continuidad política este proceso va asumiendo formas de mayor complejidad, *propiamente institucionales*, la responsabilidad de cuya fundación fue asumida personalmente por Evita, especialmente en el caso de las instituciones nuevas, como la Fundación Eva Perón, la Unión de Estudiantes Secundarios y el conjunto de los organismos de ayuda social, de formación juvenil, de atención de la ancianidad, con que la revolución justicialista impulsaba y encuadraba orgánicamente las aspiraciones y necesidades de la sociedad.

Paralelamente, y también bajo la responsabilidad directa de Evita, las organizaciones sindicales —hasta ese momento manipuladas por los mismos intereses que controlaban el aparato estatal y partidocrático— son virtualmente expropiadas por los trabajadores para la construcción de un verdadero sistema de organizaciones profesionales, la CGT, que ya había sido la preocupación principal de Perón en su paso por la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Un sinnúmero de estructuras organizativas *libres* van surgiendo en esta etapa, incluso, como en el caso de la Confederación General Económica y la Confederación General de Profesionales, desde aquellos sectores sociales que mantenían una relación contradictoria con la clase trabajadora.

En lo político, el desarrollo en extensión y profundidad del Movimiento Peronista tiende a dar forma institucional a la práctica política del Pueblo en todos sus sectores.

El General Perón sintetiza teóricamente los elementos básicos de esta propuesta político-institucional. En su discurso del 1º de mayo de 1954 decía que “cinco mil espartanos organizados no fueron jamás vencidos ni dominados por doscientos mil ilotas que componían la masa inorgánica y amorfa de sus esclavos”, y poco más adelante sintetizaba en siete puntos las nociones claves para la construcción de las organizaciones libres del Pueblo y para su inserción en el seno de la Comunidad Organizada:

“1. Es necesario y urgente que las organizaciones del Pueblo, sociales, eco-

nómicas, políticas y culturales, se desarrollen y consoliden en toda la Nación, siguiendo en lo posible el sistema de nuestra organización política federal.

2. El Gobierno anhela que las organizaciones del Pueblo actúen libremente. No les imponemos más que la condición legal de que concurren a afianzar, en el orden interno y en el orden internacional, la justicia social, la independencia económica y la soberanía política de nuestro Pueblo.

3. Resulta imprescindible, por lo tanto, que todas las organizaciones del Pueblo conozcan y comprendan los principios fundamentales de nuestra Doctrina Nacional.

Ella les dará unidad de concepción para realizar sus fines con unidad de acción y les facilitará la convivencia solidaria con las demás organizaciones del Pueblo.

4. Las instituciones sociales, políticas, económicas y culturales de la Nación no deben olvidar que ellas personifican al Pueblo.

Son el cuerpo del Pueblo argentino, vivificado por el espíritu de la Doctrina Nacional.

Estas condiciones establecen por sí mismas la responsabilidad que han asumido.

5. Es aconsejable que las organizaciones del Pueblo se desarrollen sobre los principios orgánico-funcionales de la simplicidad, objetividad, perfectibilidad y estabilidad...

6. Es necesario coordinar las funciones que cumplen las organizaciones del Pueblo.

Esta tarea de coordinación debe ser llevada a cabo por las mismas organizaciones del Pueblo conducidas por el Gobierno.

Deberán armonizar para ello sus funciones sociales, económicas, políticas o culturales. Deben tener en cuenta que una organización del Pueblo es sólo preponderantemente social, o económica, o política, o cultural; pero que ninguna de ellas es absoluta o totalmente social, económica, política o cultural.

La Confederación General del Trabajo, por ejemplo, es una organización preponderantemente social, pero puede considerar sin ningún inconveniente, con la Confederación General Económica, los problemas de la producción, que son prevalentemente económicos...

7. Señalo también como absolutamente necesario acordar la acción de las organizaciones del Pueblo con la que deben cumplir concomitantemente, y según sus propias responsabilidades, los organismos de conducción del Gobierno y del Estado.

Esta norma determina implícitamente la necesidad de armonizar las estructuras orgánico-funcionales del Gobierno y del Estado con las estructuras orgánico-funcionales del Pueblo".

Desde la perspectiva de este trabajo nos interesa subrayar tres aspectos enunciados en los puntos precedentes:

En primer lugar, el problema de la libertad en el desarrollo de las organizaciones del Pueblo (punto 2) y sus "*límites*" *intrínsecos* (puntos 3 y 4);

no hay limitación en sentido estricto, en cuanto ésta no es exterior, sino que la *legalidad* de su desarrollo es interna, proviene de la práctica social y político-nacional del hombre, sintetizada en los grandes objetivos sociales y nacionales de la Doctrina; “el hombre debe poner un poco de su ley para fortalecer la ley de los hombres”

En segundo lugar, el General Perón (punto 6) marca la necesidad de coordinación y armonización, en sentido *horizontal*, de las organizaciones del Pueblo, la delimitación y la jerarquización orgánica de las funciones de cada organismo: éste es el primer paso para la institucionalización del sistema de la Comunidad Organizada.

En tercer lugar, el segundo paso para dicha institucionalización comunitaria: la armonización *vertical* de las estructuras orgánico-funcionales (punto 7) del Gobierno y del Estado con las del Pueblo. *Pero esa armonización vertical se hace sobre la base de la producción institucional libre del Pueblo, no a la inversa*, como pretende el sistema oligárquico-imperialista al imponer a través de la estructura estatal, como base de este proceso, su propio sistema institucional.

Este último problema es fundamental en la etapa de transición que llamamos de *doble poder*, porque la política de construcción del *Estado* peronista, precedida por un proceso simultáneo y gradual de destrucción-construcción, no se lleva adelante solamente con los cuadros leales infiltrados en el aparato estatal demoliberal sino además, y fundamentalmente quizás, con la participación plena de las organizaciones libres del Pueblo tanto en el proceso de vaciamiento del sistema imperialista de poder como en el proceso de generación de las estructuras orgánico-funcionales del Estado revolucionaria que reflejan su propia estructura.

El problema del doble poder en esta etapa

En la etapa que va del 11 de marzo al 12 de octubre de este año, el Poder Peronista ha ganado una batalla fundamental, si no decisiva, tanto en lo que se refiere a la construcción del sistema de poder propio como a la destrucción del sistema de poder oligárquico imperialista en la Argentina. Ha logrado reintegrar a su dispositivo de batalla dos elementos de los cuales dispuso en el período 1946-1955: el Gobierno y el Estado. Se trata, entonces, de integrar armónicamente en ese todo *previamente existente* estos dos elementos, en el marco del proceso simultáneo de destrucción-construcción que hemos planteado en este trabajo.

Un primer problema: en el período que se inicia en 1955, el sistema demoliberal se re-apropia el aparato estatal, poniéndolo en relación antagónica con el sistema de poder peronista, al reorganizarlo como la “fuerza especial” de represión del Pueblo por la conducción político-militar del imperialismo en la Argentina. Ocupa para ello la *totalidad* del aparato estatal, perfeccionándolo en la represión social, política, económica y cultural y desorganizando hasta la parálisis las actividades incorporadas por el peronismo al Estado antes de 1955.

Un segundo problema: para cumplir con el propósito anterior, el imperialismo dispone a su favor de la conciencia de casi la totalidad de los cua-

dros en función directiva del Estado. El imperialismo casi no necesita “infiltrar” el aparato estatal, porque lo ha construido disponiendo de una base social (la clase media) que, por izquierda o por derecha, le es casi incondicional en el terreno ideológico. Dispone, además, de una fuerza especial que intenta —y a veces lo logra— infiltrarse en los estamentos de conducción del Pueblo y que, de allí, vuelve también al Estado como funcionario “revolucionario”.

Un tercer problema: la existencia de sectores de cuadros y activistas del Movimiento que tienden a concebir como un todo indiferenciado las estructuras orgánico-funcionales del Estado y del Pueblo. Y otros que, peor aún, pretenden conducir las organizaciones del Pueblo desde el Estado, subsumiendo en él las instituciones que el Pueblo va generando “en el llano”. Esta concepción, que se manifestó claramente durante el mes y medio de presidencia de Cámpora, hoy se manifiesta también, aunque de una manera más encubierta.

Creemos que esta situación es producto de dos cosas. Por un lado, de la generalización, por parte de activistas y dirigentes, de su propia misión desde el dispositivo del Movimiento en el aparato del Estado, al conjunto del Pueblo. Por otro lado, de la acción, cada vez más sutil y aviesa, de los imperialismos, tanto a través de la variante “neocapitalista” como de la “socialista”.

Hoy, el sistema imperialista, imposibilitado de eliminar de cuajo los procesos de liberación del Tercer Mundo, se plantea un objetivo que si bien parece más modesto tiene los mismos resultados prácticos para los pueblos: conducir, en su provecho, dichas revoluciones. Para los Estados Unidos el camino es el neocapitalismo. Para la Unión Soviética el desarrollo de la etapa democrático-burguesa; el capitalismo también, aunque de Estado. Los dos coinciden en considerar el desarrollo de la historia humana como el desarrollo de las fuerzas productivas. Los dos están dispuestos a conceder alguna bandera: los Estados Unidos pueden llegar a negociar la “soberanía política” (a la manera brasileña), pero no así la independencia económica ni la justicia social; la Unión Soviética ofrece la “justicia social” (a la manera de distribución de productos), pero no así la soberanía política ni la independencia económica.

Paralelamente, en la Argentina, el Movimiento Peronista ha ocupado casi la totalidad del espacio político. Queda muy poco espacio para luchar desde afuera de él, contra él. Por ello es que el sistema imperialista opera hoy sobre los dos polos de poder desarrollados en la Nación; aplica, para ello, un método que en forma sintética sería el siguiente:

1. *La infiltración de los estamentos de conducción de las organizaciones del Pueblo*, con el objeto de trabar su proceso de construcción. Para dicha maniobra dispone de una fuerza especializada: nacional-lonardistas, activismo “socialista”, algunos ex-vandoristas, curas tercermundistas; dispone de un método: la destrucción de la organización política del Pueblo, el Movimiento, y la construcción del “*partido revolucionario*” —el partido montonero, en el cual se nuclea las fuerzas mencionadas—; y dispone de un pensamiento con el cual pretende fundamentar su accionar: producto híbrido de las categorías del marxismo-leninismo, del stalinismo y de las concepcio-

nes liberales “clásicas” del poder, y de un puente ideológico que da coherencia a las fuerzas que manipula, el diálogo católico-marxista.

Este intento, que quizá resulte “novedoso” bajo esta forma, no es nuevo en la historia del Movimiento Peronista. Su historia es la historia simultánea del “entrismo” de fuerzas ajenas al Movimiento en su seno (la tendencia revolucionaria), y del “salidismo” (la alternativa independiente), principalmente protagonizado en forma sucesiva por el lonardismo, el “vandorismo” del partido obrero basado en los sindicatos, el ongarismo, el tercermundismo, el peronismo de base. Tanto en el intento de la *tendencia* como en el de la *alternativa* han operado visiblemente dos sectores claves de la sinarquía, la Unión Soviética y el Vaticano, como los principales protagonistas. Ambos, utilizando como mascarón de proa de esta política a la denominada “tendencia revolucionaria”, fuerza que intenta el “entrismo” y la infiltración, y a la “alternativa independiente”, fuerza que pretende organizar en el “peronismo de base” a los sectores marginados de la clase media socialista y de la clase trabajadora (villeros).

2. *El cerco al aparato estatal* y su copamiento sucesivo en las instancias de recambio. Esto implica el *rechazo sistemático de la penetración peronista en la estructura estatal*, tanto en las áreas controladas por el “capitalismo” como en las áreas “socialistas”.

Este cerco y copamiento (el “asalto al aparato estatal”), complementado con el desarrollo del “partido revolucionario”, abre la posibilidad para el imperialismo de regenerar, en un nivel distinto al clásico, *su sistema de poder* cuestionado y semidestruido por la revolución peronista. Ante el desequilibrio que genera el acceso al gobierno y al Poder por parte del General Perón, el imperialismo, en el intento de “restauración” del orden del sistema, se propone generar una estructura de transición en la cual confluyen los intereses de diversos sectores de la sinarquía.

3. *El fortalecimiento de la estructura estatal demoliberal*, sin cuestionarla en sí misma (los “capitalistas”) o posponiendo el cuestionamiento para la “próxima etapa”, introduciendo cambios formales (los “socialistas”).

4. *La conducción progresiva*, desde el sistema formado por las áreas controladas del Estado y el aparato político infiltrado (el partido revolucionario), *del sistema de poder peronista*, ya sea en el manejo directo de sus aparatos, en la trabazón de su proceso de crecimiento, o lisa y llanamente en su ahogo.

Si existe un poder dual en la Argentina es porque aún hay, en el interior mismo del campo de la Nación, dos voluntades en pugna, contradicción que sólo es posible resolver con la *supresión* de uno de los términos. Pero esta supresión requiere de un tiempo y de una serie de operaciones; de quien tenga el control sobre este tiempo y estas operaciones es muy probable que dependa el destino de la revolución.

Entendemos que el tratamiento correcto de la contradicción entre el sistema de poder imperialista y el sistema de poder revolucionario (y, dentro de ello, la contradicción del campo de la revolución con el aparato estatal demoliberal), es decir el correcto desarrollo del proceso de *destrucción* del primero y de *construcción* del segundo (el problema de la *transición*), es la clave para regular los avances y retrocesos de la revolución.

Intentaremos, por último, una síntesis de algunos elementos que merecen especial atención, a nuestro criterio, para el desarrollo, en esta etapa, del sistema de poder de la Comunidad Organizada:

1. *Delimitación de las áreas Estado-Instituciones del Pueblo (políticas, económicas, sociales, culturales)*, y desarrollo de ellas como organizaciones separadas, aunque rígidamente encuadradas dentro del dispositivo de conjunto bajo la conducción del Gobierno del General Perón.

2. *Reorganización del Estado desde la perspectiva del Doble Poder*. Para ello es necesario ir desgastando y vaciando las instituciones contrarrevolucionarias, comenzar a gestar las células básicas del Estado peronista (la estructura auxiliar de la conducción), y poner a disposición del proceso de construcción de las instituciones libres del Pueblo los recursos “libres” del Estado.

Los cuadros auxiliares peronistas que ocupan puestos en el aparato estatal, por la naturaleza de su misión, conforman hoy, prácticamente, una quinta “rama” del Movimiento Peronista. Deben estar, por ello, férreamente sometidos a la conducción de conjunto, y evitar plantear antagonismos irresolubles con el resto de los sectores del dispositivo. Es preciso tener en cuenta que si bien hemos ocupado el Gobierno Nacional, en el aparato estatal disponemos, cuanto más, de una reducida fuerza de desembarco que aún no se ha consolidado como cabeza de puente.

Si bien esto es así, debe tenerse en cuenta que, en nuestra perspectiva, son las propias instituciones libres del Pueblo las que presiden el proceso descrito de destrucción del Estado demoliberal y de construcción del Estado de la Comunidad Organizada, bajo la conducción del Gobierno, el cual dispone de este *encuadramiento auxiliar de la conducción* que es el Estado.

3. *Construir, desde el Movimiento Peronista, como organización política y social del Pueblo*, las nuevas instituciones de la Revolución que, en esta etapa serán las que el Movimiento pueda crear para defender la victoria y consolidar definitivamente su *Poder en el Llano*.

En su mensaje del 21 de junio de este año, dice el General Perón:

“Tenemos un país que a pesar de todo no han podido destruir, rico en hombres y rico en bienes. Vamos a *ordenar al Estado* y todo lo que de él dependa que pueda haber sufrido depredaciones u olvido. *Esa será la principal tarea del Gobierno. El resto lo hará el pueblo argentino*, que en los años que corren ha demostrado una madurez y una capacidad superior a toda ponderación”.

4. *Librar el combate ideológico y político desde la perspectiva de la Comunidad Organizada*, es decir, difundir en la forma de *cultura política* los contenidos de la Nación Justicialista por la que nuestro Pueblo lucha desde hace 30 años. Por ello es que “los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro Movimiento, ponerlo en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo desde abajo y desde arriba. Nosotros somos Justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología”. (JDP, mensaje del 21 de junio de 1973.)

Universalismo y Liberación Nacional*

Jorge Bolívar

I. Introducción

Sobre el parámetro de la asociación humana, siempre creciente cuantitativa y cualitativamente, podemos medir —sin las perturbaciones cíclicas de las sinrazones— el camino ascendente de la historia.

Desde el clan primitivo a las naciones democráticamente integradas, pasando por las numerosísimas formas intermedias de organización: las tribus, las aldeas, los feudos, las comunas y por fin, los estados, primero monárquicos y luego republicanos, es visible observar una línea de ordenación en estructuras progresivamente más sólidas que entrañan composiciones cada vez más complejas.

Teilhard de Chardin ha protestado con frecuencia contra los intelectuales que observan la auto-organización siempre ascendente como un proceso jurídico accidental.

El notable paleontólogo ha dedicado preferentemente atención al fenómeno de la ordenación de la vida, específicamente a lo que él denomina el “enrollamiento orgánico”, por el cual las células vivientes convergen sobre sí mismas desde lo más simple a lo más extremadamente complicado y a la interiorización, es decir al aumento correlativo de conciencia que este proceso trae aparejado.¹

“La humanidad —dice— después de haber cubierto la tierra con un tejido viviente débilmente socializado, está en trance de anudarse a sí misma, racial, económica, política y mentalmente, con una rapidez y precisión constantemente aceleradas. Irresistiblemente el mundo humano se ve arrastrado a formar bloque, converge sobre sí mismo”.²

* Texto de la conferencia pronunciada en la Escuela Nacional de Guerra, el 2 de octubre de 1973.

Nos hallamos en una etapa crucial del proceso histórico, que tiene y tendrá mucho que ver en los próximos años con nuestro destino nacional. Estamos en las vísperas de un salto gigantesco de signo planetario de la sociedad humana. En forma dinámicamente acelerada las múltiples asociaciones de distinto tipo construidas por el hombre a lo largo de los milenios convergen hacia un organismo viviente y socializado de nivel mundial.

Justamente en estos momentos de máxima tensión de los proyectos de las organizaciones nacionales, paranacionales y multinacionales los riesgos se acentúan. Las fuerzas convergentes se aceleran, pero también se liberan las energías desintegradoras y divergentes.

El proceso de universalización

Si como suponemos, el universalismo es la tendencia básica y fundamental del último cuarto del siglo XX, es conveniente sacar de este certeza las necesarias conclusiones.

Es necesario puntualizar que, en buena medida, la pugna entre integración y desintegración que se advierte en el mundo moderno, entre la cooperación y el nihilismo, aparece como secundaria frente a la contienda colosal que desatan las tendencias que luchan por integrar al mundo de acuerdo a concepciones del hombre y de la sociedad distintas y, en general contrapuestas. Como veremos más adelante, gran parte del proceso de desintegración y conflicto al que asistimos —sobre todo en nuestras naciones latinoamericanas— es fruto de esta singular batalla de signo planetario que diversas tendencias libran para apropiarse del sentido de la sociedad humana y, con ello, de la conciencia del año 2000.

Tres son las tendencias fundamentales que actualmente contienden para lograr este cometido. La primera de ellas intenta alcanzar su objetivo hegemónico extendiendo la presencia de los grandes centros de poder económico mundial a través de sus organismos más dinámicos: las corporaciones multinacionales. El eje sobre el que se realiza el proceso de convergencia es esencialmente económico. Tiene como área de acción privilegiada a los grandes países capitalistas, fundamentalmente a los Estados Unidos.

La segunda tendencia pretende alcanzar la universalidad, en principio, a través de la unidad de una clase, el proletariado, internacionalizando su lucha. El eje sobre el que realiza su proyecto de integración es esencialmente político, está al servicio de un contexto ideológico, el marxismo y posee como base de lanzamiento para su expansión a los estados socialistas, principalmente la URSS.

La tercera variante —aparentemente la menos poderosa pero para nosotros la más armónica y representativa del proceso gradual de complejización y organización ascendente que caracteriza a la historia del hombre— procura alcanzar esta universalización mediante el desarrollo integral de las nacionalidades y de los bloques regionales de tipo continental. Si bien su eje de construcción no tiene un carácter tan nítido como las dos tendencias anteriormente citadas, podemos verificar que se desarrolla sobre una preeminencia de lo social, en cuanto afirma, muchas veces por un estado angustiante de necesidad, un interés por el hombre concreto y sus problemas

reales. Las naciones del Tercer Mundo aparecen, en buena medida, como las portadoras de este sentido gradual y no hegemónico de convergencia pero, como ocurre con las anteriores variantes, su esfera de influencia también es mundial.

El proceso de concentración de poder, de socialización y de universalización, más allá de sus áreas privilegiadas que responden a causas históricas, políticas y culturales, militan en un solo mundo y su finalidad última y fundamental es estructurar un organismo —una sociedad humana orgánica a nivel mundial— que permita al hombre acceder al año 2000 libre de las terribles dificultades que le acechan si, ante el gigantesco crecimiento de la población mundial, no comienza desde ahora a planificar adecuadamente sus necesidades y sus recursos.

Los líderes de opinión de cada tendencia intentan “dominar el año 2000” de muy distintas maneras, pero siempre para servir a un mismo proceso de super organización imprescindible y, a nuestro juicio, históricamente irreversible.

Uno de los principales asesores del Departamento de Estado norteamericano, el profesor Brzezinski, sostuvo en una conferencia pronunciada en mayo de 1967, que el papel esencial de la política exterior de los EE.UU., en la era de la post-guerra fría, consistía en modelar una comunidad de naciones ya desarrolladas, con intereses económicos precisamente detallados. “Sólo —decía— si creamos una tal comunidad de naciones desarrolladas podremos asegurar una cierta medida de orden a un mundo que, de otro modo, estaría cada vez más dominado por el caos”.

Dejemos de lado la mezquindad de la noción básica, ya que dos terceras partes de la humanidad quedan fuera de esta asociación; lo que importa anotar aquí es la presencia de esa concepción que intenta organizar el mundo concentrando aún más el poder de producción, de renta y de decisión.

Pero, donde con mayor claridad se certifica la tendencia a la superorganización, es en el sistema económico que se viene estructurando activamente en los últimos años.

En los últimos años hemos conocido trabajos de fundamental importancia en la materia que han aportado numerosos elementos de juicio. Hoy podemos tener una noción mucho más precisa sobre el rumbo del desarrollo. Galbraith, Furtado y Sunkel, entre otros, han expuesto teorías que soportan el peso de las comprobaciones empíricas.

Es justamente Sunkel quien, siguiendo los lineamientos de Furtado sobre este tipo de asociaciones, comprueba que “la colosal expansión que están experimentando los conglomerados en Estados Unidos, y en menor escala en los países europeos y el Japón, tiene naturalmente una expresión que trasciende las fronteras nacionales en esos países. En efecto, estas nuevas empresas gigantescas se propagan por la economía internacional en varias etapas, que comienzan por la exportación de sus productos a otros países . . . y culminan adquiriendo los establecimientos productivos locales, instalándose como productores en el extranjero a través de subsidiarias total o parcialmente de propiedad de la matriz, pero enteramente controladas por ellas”.

"Alrededor a este proceso la industria norteamericana en el extranjero ha llegado a ser así la tercera en importancia del mundo, sólo superada por la interna de Estados Unidos y por la global de la URSS. Además, la producción de este sector crece el doble que las internas citadas".³

"El protagonista fundamental de este proceso, agrega Sunkel, es el conglomerado transnacional, en el sentido en que esta es la institución económica, básica y central del mundo capitalista de postguerra, una institución de tremendo dinamismo y empuje, que está provocando una transformación radical en la estructura y funcionamiento de dicho sistema, no sólo en los países centrales sino también en el mundo entero, creando en definitiva un nuevo modelo de civilización encarnado por la sociedad de superconsumo, que tiene su máxima expresión en los Estados Unidos".⁴

En síntesis podemos estimar que esta tendencia o camino de organización mundial se ha puesto agresiva y aceleradamente en marcha. Algunos de sus mentores, como Alan Barber, estiman que dentro de una generación, más o menos 400 ó 500 corporaciones internacionales serán propietarias de aproximadamente dos tercios del activo fijo del mundo. "El poder se desplaza desde los Estados-Naciones —dice— hacia las instituciones internacionales tanto públicas como privadas".⁵

"La médula de la nueva estructura de poder —acota Sunkel— radica en la organización internacional y en los tecnócratas que la dirigen".⁶

Galbraith ha sido uno de los primeros en destacar un hecho esencial: las empresas multinacionales han superado la economía de mercado por medio de lo que se llama "integración vertical". El conglomerado actúa así como una unidad planificadora, a nivel mundial, intentando vencer las limitaciones nacionales y sectoriales.⁷

Se trata de un intento de organización del mundo. Acepta las reglas de la actual etapa de convergencia mundial; supera la vieja concepción liberal clásica, hasta inclusive, como lo señala Galbraith, en su concepción del mercado. Pero lo hace como una continuación, como una etapa superior del sistema capitalista. Su eje de consolidación es básicamente económico. Su estrategia de organización mundial radica en conseguir la concentración del poder. Le interesa estructurar el cerebro de esta supersociedad. El esquema tiene su lógica, nada despreciable, y muchos sostenedores, concientes o inconcientes.

A mi juicio, los elementos más negativos de esta alternativa radican en su parcialidad. Es un proyecto para hombres poderosos de países ricos. Un intento nítidamente clasista. Procura una integración de cuño económico de los sectores altos de los países centroeconómicos, e, incluso, de sus gerentes en los países marginados. Un sector demasiado grande — $\frac{3}{4}$ partes del mundo— queda inicialmente fuera de su proyección y del reparto de sus beneficios. El motor del sistema es el incremento irracional de la sociedad de consumo y la ética a la luz de la cual se irradia su proyecto sólo promueve una inmersión casi desesperada en el egoísmo individualista.

Por estas razones esta tendencia pareciera proponer para el año 2000, una sociedad mundial inestable y —por sobre todo— injusta.

La segunda variante de este proceso de organización mundial tiene como

eje de consolidación y penetración, una ideología: la marxista; una praxis, la clasista revolucionaria y territorios que le sirven de base de sustentación y propagación: los Estados colectivistas; el más importante y eje imperial de todos ellos, la URSS.

En la concepción clásica del marxismo, se llegaba a la sociedad mundial a través de la internacionalización de la lucha proletaria. Esta lucha de clases, motor de la historia, para Carlos Marx, culminaría tácitamente en un gigantesco combate sectorial. El triunfo de la clase obrera significaría el comienzo de una sociedad mundial realmente humana, el fin de la prehistoria.

Escapa a las intenciones de esta disertación realizar una crítica integral de la ideología marxista y sus consecuencias; importa sí destacar que es lícito conjeturar que, aunque Marx alentara una especie de sociedad mundial sin clases, no tenía expresamente en cuenta —por razón del momento histórico en que formuló la teoría— una estrategia de consolidación de un superorganismo mundial, tal como se vislumbra como exigencia irreversible en nuestros días. Resulta verosímil admitir que esperaba que las organizaciones políticas del proletariado alcanzarían el poder de las principales naciones desarrolladas como aspecto esencial de su programa revolucionario.

Debemos reconocer para los fines de nuestro estudio que entre la tercera y la quinta década de nuestro siglo el avance del socialismo fue poco menos que arrollador y en poco tiempo, en el mapa de la geografía de la política mundial, dominó la Europa Oriental y buena parte del Asia.

En los últimos años puede detectarse un ritmo de progresivo estancamiento en este proceso. La distensión de la postguerra fría ha favorecido el surgimiento de formas de convivencia y cooperación.

Complementariamente, resulta legítimo destacar el contexto esencial al que pretendió dar respuesta la praxis socialista: principalmente al descontrol del área económica —que aparecía en aquellos tiempos como una entidad social autónoma— y al predominio cuantitativo de la economía en el pensamiento y el comportamiento de los individuos. Con el surgimiento y consolidación de los Estados comunistas y las llamadas “democracias populares” se produjeron, en su momento, importantísimos cambios estructurales en la sociedad. El exitoso reemplazo de la producción anárquica por una producción planificada, trascendió incluso a los países capitalistas, a través de una preocupación progresiva por el dominio gubernamental de las áreas productivas: planeamientos, nacionalizaciones, intervenciones masivas del Estado en la economía y control de las grandes cuentas nacionales; desarrollando las técnicas keynesianas. Actualmente los Estados comunistas han pasado a tener una importancia cualitativamente mayor que la revolución socialista mundial y —en consecuencia— en muchos de ellos ha ido creciendo y madurando una concepción nacionalista que, no sólo no tiene demasiado que ver con el contexto ideológico original, sino que entra, apenas se profundicen estos conceptos, en colisión con él.

Por ello, el otro aspecto a considerar en esta estrategia es el crecimiento interno de los Estados comunistas, un aspecto nada desdeñable, pero que asimila a estos últimos más al camino de la integración nacional que a los criterios del internacionalismo clasista, “exportador” de revoluciones —si

madura en ellos la convicción de respetar las respectivas autodeterminaciones de los pueblos.

Los grandes estados colectivistas constituyen, dentro del camino revolucionario nacional, un contrapeso táctico significativo y una buena parte de ellos evidencian un espíritu de cooperación comercial y cultural que no debe desaprovecharse.

La crítica más seria que puede realizarse a estas experiencias es necesario plantearla desde el punto de vista de la realización del hombre. Los Estados comunistas, al acentuar ostensiblemente los aspectos colectivos del proceso de relación social, provocaron una aguda despersonalización individual.

Es extraño que una revolución que intentaba entronizar la hegemonía política del hombre sobre el medio económico se planteara solamente una socialización parcial, monopolizando excluyentemente el poder político en manos de vanguardias minoritarias o burocracias profesionales, siendo justamente el accionar político, entendido como construcción del porvenir, la expresión más alta de la libertad en el mundo contemporáneo.

Los aspectos negativos de la estrategia basada en la exacerbación de la lucha clasista, están a la vista y radican esencialmente en la falta de conciencia de sus límites. En su afán de negar a una sociedad injusta han terminado negando al hombre mismo. Ya la violencia ha dejado de ser una fugaz partera; ahora domina totalmente la historia.

Está claro su carácter disociador de la vida nacional, pero no aparece tan manifiesta la posibilidad de ofrecer, en las actuales circunstancias, un camino de superación más o menos eficaz. Un gran riesgo para una gran incógnita. Sólo el despliegue de una enorme y costosísima batalla, donde se está más cerca de la aventura que de la revolución, de la destrucción que de la vida.

Actúa como una contrapartida del proyecto de las corporaciones transnacionales: a mayor marginación de amplios sectores de los adelantos y los beneficios de la vida productiva, mayor vigencia de la praxis del odio.

A semejanza de lo ocurrido en el capitalismo, el que genera como su consecuencia las grandes corporaciones transnacionales, el socialismo engendró fuerzas políticas, partidos y organizaciones comunistas bastante burocratizados que terminaron siendo los depositarios de la misión de conquistar el poder para realizar el programa socialista de gobierno. Lo notable es que, dada la esclerosis de los aparatos políticos comunistas, sectores marginales, fundamentalmente de origen trotskysta, mientras reivindicán las bases clasistas del proyecto marxista se han lanzado a una agresiva y pertinaz acción política de tipo guerrillero, rural o urbano —sobre todo en Latinoamérica— tomando como punto de referencia de su accionar la experiencia cubana.

Es legítimo opinar que —en los actuales momentos— la diferencia de presencia de ambos proyectos, el neocapitalista y el comunista, derive de este hecho: mientras el núcleo central de los grandes conglomerados maneja la expansión de su estrategia mundial directamente, esta propagación queda en manos, en principio, de los grupos marginales de la lucha clasista, los que si bien han llegado al paroxismo de su combatividad, no ofrecen a los conjuntos sociales reaseguros ni garantías de integración a un sistema de organización mundial con un adecuado nivel de funcionamiento.

No está de más destacar que en ambas alternativas quienes llevan la dirección del proceso —“interpretan la historia”, como diría Mahieu— son grupos o élites más o menos minoritarios: vanguardias. En un caso, los tecnócratas y gerentes internacionales, en el otro, los activistas organizados y combatientes. Rara vez son los pueblos; ni siquiera, las instituciones populares.

Un esfuerzo sintético de aprehensión de ambas tendencias —las neocapitalistas y las colectivistas— nos revela que las dos son clasistas, a su manera. La variante que tiene su origen en la expansión capitalista intenta dividir mecánicamente al mundo en dos sectores: países desarrollados y países subdesarrollados, países centroeconómicos y países periféricos. La alternativa que tiene como origen la concepción comunista también practica una división igualmente simplista: Estados capitalistas o Estados socialistas.

Un enorme campo ha quedado sin embargo fuera de estas tendencias colosales que conmueven al hombre contemporáneo. Un sector demasiado grande de hombres —el más expansivo biológicamente— ricas tradiciones de pueblos y culturas y, fundamentalmente, una filosofía todavía irrealizada, interesada por el hombre concreto, por sus circunstancias, por el fortalecimiento de una vida comunitaria liberadora.

El camino nacional revolucionario

Un cierto desprecio científico rodea a esta tercera línea de integración mundial. Es comprensible: los centros de poder segregan su cultura dominante y colonizadora y dejan pocos resquicios para la penetración sistemática de otras ideas que pongan en tela de juicio su sentido y sus límites.

Esta tendencia surge de una noción eminentemente nacional que estima que no son las clases, sino las naciones, el vehículo natural de universalización en la línea ascendente de estructuraciones cada vez más complejas desde el clan primitivo a la organización nacional.

El proceso revolucionario nacional permite una maduración de cada pueblo dentro de su contexto histórico, dando expansión a sus reales posibilidades y satisfacción a sus auténticas necesidades. Posibilita, como su corolario, asociaciones regionales y continentales dentro de marcos cooperativos y no hegemónicos, que sirvan a los intereses comunes de los pueblos y a sus exigentes expectativas de crecimiento.

Cada nación aporta a la historia común su intransferible singularidad. El dinamismo revolucionario de los más dotados políticamente compensa el gregarismo de los más débiles, o el egoísmo de los más avanzados.

La comunidad internacional tendrá que servir finalmente de vehículo para que los pueblos más atrasados de la tierra puedan acceder a los beneficios de la civilización y la cultura sin pagar el duro precio de la explotación. Explotación que, si no se le pone coto, habrá de generar conflictos masivos de inmediables consecuencias.

Esta tendencia no tiene nada de utópica: es posible vaticinar que las naciones y los bloques regionales, a medida que acrecienten su autonomía, se volcarán a esta línea armónica y gradual de organización mundial. Tal el caso posible de la Comunidad de Naciones Europeas —la que es campo también de esta singular contienda—. El fermento dejado por de Gaulle en

Francia y en Europa supervive. Un proceso semejante es posible vaticinar, a medida que maduren las convicciones nacionales, en los Estados socialistas. No se trata de plantear el triunfo del Tercer Mundo, ya que eso no está en juego. Debemos participar de una conciencia universal que permita todavía por un lapso no vaticinable de tiempo, superar las diferencias ideológicas y políticas entre los hombres y entre los Estados, para realizar una auténtica comunidad internacional.

Mal podemos ser misioneros de este sentido de la integración mundial si no practicamos internamente esas virtudes. De ahí la importancia de la unidad nacional entendida no sólo como un gesto político, más o menos táctico, sino como la expresión de una voluntad de ser.

Como ocurre en las otras alternativas, existen países privilegiados, que en alguna medida podrían ejercer una suerte de liderazgo de opinión en el proceso enunciado. Estas naciones están ubicadas, por lo general, en los países no alineados, o en las esferas marginales de la influencia estratégica de los dos grandes bloques de poder. Todo país plenamente autónomo ha de elegir, más tarde o más temprano, este camino de universalización. Dentro del conjunto de estas naciones aquellas cuyo camino de transformación se encuentre más cercano a las necesidades del futuro y mejor hayan sabido resolver el difícil equilibrio entre el individuo y la colectividad, marginando las tendencias desintegradoras y agresivas del mundo moderno, serán las que se encuentren finalmente en mejores condiciones para posibilitar los reagrupamientos regionales y continentales con un sentido cooperativo y no hegemónico.

Este parece ser el caso muy peculiar de la Argentina. Nuestro país, a partir de la década peronista, se convierte en pionero del Tercer Mundo. Los conflictivos procesos de los últimos años que culminaron con el regreso del Teniente General Perón a la patria y posteriormente con el triunfo electoral por una enorme mayoría el 23 de setiembre, abren una nueva perspectiva, delineada sobre un trasfondo casi mítico, por la originalidad y equilibrio del proceso político, tan laboriosamente alcanzado.

Perón, en particular, aparece —según la feliz frase de un mandatario árabe— como el líder de líderes de los países no alineados.

Entre nosotros, los sectores politizados tan sensibles a la literatura de los países centroeconómicos o al culto de los héroes y mártires de las revoluciones violentas, no parecen percibir en toda su magnitud el significado político y filosófico de este liderazgo.

Muchos piensan que Perón es un genio táctico y un habilísimo conductor. Tan destacable como su innegable talento conductivo es su tremenda fidelidad a sí mismo.

Perón lanza las bases de una nueva concepción política nacional e internacional a partir de su primer gobierno popular y en el Congreso de Filosofía de 1949, define los rasgos esenciales de esa etapa histórica, sus fundamentos y su sentido.

“Importa conciliar nuestro sentido de la perfección con la naturaleza de los hechos, restablecer la armonía entre el progreso material y los valores espirituales y proporcionar nuevamente al hombre una visión certera de su

realidad. Nosotros somos colectivistas, pero la base de ese colectivismo es de signo individualista, y su raíz es una suprema fe en el tesoro que el hombre, por el hecho de existir, representa”.

“El fondo consciente que presta contenido a la libertad, es la autodeterminación popular y sobreviene a muy larga distancia en el tiempo del prólogo político de la cuestión. Cuando el ideal de humanidad empieza a abrirse paso, cuando la crisis de los hechos produce la revolución de las ideas, advertimos que los antiguos enunciados no ensamblan de un modo perfecto con el signo de la evolución. Son esbozos, o reflejos imperfectísimos, de un ideal mucho más antiguo: el griego”.

“Se trata de llevar a la humanidad a una edad mejor. Incumbe a la política ganar derechos, ganar justicia y elevar los niveles de vida de la existencia, pero es menester de otras fuerzas. Es preciso que los valores morales creen un clima de virtud humana”.

“Esa virtud no ciega los caminos de la lucha, no obstaculiza el avance del progreso, no condena las sagradas rebeldías, pero opone un muro infranqueable al desorden”.⁸

Es legítimo observar como, en medio de las tremendas vicisitudes, de los conflictos encontrados, las incomprensiones y el riesgo siempre latente de los propios errores, este hombre ha defendido el equilibrio inmanente de su propio proyecto; equilibrio que era —por otra parte— la médula constitutiva del mismo. Sus oscilaciones siempre vuelven —por dificultosas y complejas que sean— a la búsqueda del eje que da vida a su concepción política. Contra los embates externos e internos del individualismo capitalista ha afirmado su colectivismo, frente a las presiones del colectivismo, su fe en el hombre.

Ante la marea liberal sostenía: “En esta fase de la evolución lo colectivo, el ‘nosotros’, está cegando en sus fuentes al individualismo egoísta. Es justo que tratemos de resolver si ha de acentuarse la vida de la comunidad sobre la materia solamente o si será prudente que impere la libertad del individuo solo, ciega para los intereses y las necesidades comunes, provista de una irrefrenable ambición, material también”.⁹

Frente al resentimiento clasista argumentaba: “La lucha de clases no puede ser considerada hoy en ese aspecto que ensombrece toda esperanza de fraternidad humana”. Y más adelante: “Ni la justicia social ni la libertad, motores de nuestro tiempo, son comprensibles en una comunidad montada sobre seres insectificados, a menos que a modo de dolorosa solución, el ideal se concentre en el mecanismo omnipotente del Estado”.¹⁰

Esta fidelidad a sí mismo que madura y se enriquece, lógicamente, en el transcurso de los años, parece ser la característica esencial de los grandes hombres. De Gaulle ha tenido la valentía de confesar sus errores de apreciación: “Un destino histórico —decía— es inseparable de muchos errores. He creído que Rusia sería incapaz de fabricar la bomba atómica, que en 1946 la guerra se acercaba ineluctablemente, y que en 1947 ya no se la podía evitar; pero no me he engañado en cuanto al destino de Francia”.¹¹

Perón no se ha engañado en lo esencial de su proyecto: la defensa de la Nación, de la justicia social, del equilibrio —entre los grandes poderes del

mundo, en lo internacional y entre la comunidad y el individuo, en lo nacional —posibilitaba y alumbraba un nuevo camino para la historia humana. La presencia y vigencia del Tercer Mundo es la mejor respuesta que le han dado los pueblos.

Dentro del respeto por la interioridad, por la maduración orgánica de cada pueblo, en el marco de la autodeterminación y la cooperación, sobresale el contexto de un eje esencial: el social.

“La justicia no es un término insinuador de violencia, sino una persuasión general; y existe entonces un régimen de alegría, porque donde lo democrático puede robustecerse en la comprensión universal de la libertad y el bien generales, es donde, con precisión, puede el individuo realizarse a sí mismo, hallar de un modo pleno su euforia espiritual y la justificación de su existencia”.¹²

Hace poco tiempo, en su mensaje a los pueblos y gobiernos del mundo, alentó a no “olvidarse que el problema básico de la mayor parte de los países del Tercer Mundo es la ausencia de una auténtica justicia social y de una participación popular en la conducción de los asuntos públicos. Sin justicia social —dijo— el Tercer Mundo no estará en condiciones de afrontar las angustiosamente difíciles décadas que se avecinan”.¹³

Muchos de los conceptos dichos hace 25 años parecen haber sido escritos para las actuales coyunturas, lo que demuestra su absoluta vigencia: “El progreso social no debe mendigar ni asesinar —había afirmado— sino realizarse por la conciencia plena de su inexorabilidad”.¹⁴

Perón cree como Aristóteles que el hombre es un ser ordenado para la convivencia social; ha subrayado en “La Comunidad Organizada” la frase del filósofo griego que dice: “El bien supremo no se realiza, por consiguiente, en la vida individual humana sino el organismo super-individual; la ética culmina en la política”.¹⁵ Por eso sostiene que el sentido último de esta ética —y por tanto de la política— es la corrección del egoísmo. No porque sea un ingenuo, sino porque sabe que, en los torbellinos y conflictos emergentes de la socialización, la tecnificación y la integración colectiva, se debe salvar al hombre de las formas activas o larvadas de destrucción.

Tal en síntesis —a través de las expresiones de una de sus voces más representativas— el sentido profundo del camino nacional revolucionario y su papel en el mundo moderno.

Cabe aquí referirnos a la concepción del socialismo nacional, sobre todo porque los que intentan falsear su contenido lo han hecho controvertido.

El socialismo nacional no es fruto de una inversión de términos, ni expresa el dogmático concepto marxista. El General Perón lo ha explicado suficientemente en la “Actualización doctrinaria para la toma del poder”: La socialización es el signo de nuestra época. Vivimos la etapa de ascenso masivo de los pueblos a los poderes político y económico. El socialismo es el rasgo histórico distintivo de esta etapa; pero cada nación accede a ella a través de sus posibilidades, sus condicionamientos, sus tradiciones, sus necesidades; dándose sus propios caminos y sus propios plazos. No hay dogmas, ni pretensiones abstractas, sino situaciones concretas.

Por el rasgo histórico, socialista; por el carácter intrínsecamente propio de cada pueblo, nacional.

Todo lo demás que pueda agregarse sobre esto corre por cuenta de los intelectuales, a quienes por lo general preocupan más las intenciones. Los políticos, en cambio, están obligados a concentrar su atención en las realizaciones.

Finalmente, convendría, antes de abordar los aspectos centrales de esta exposición, referir esta concepción nacional-revolucionaria a su ámbito latinoamericano.

El proceso de integración mundial está atravesando la fase del continentalismo. Por ello, en el marco latinoamericano, la situación aparece clara. Los centros financieros internacionales han resuelto erigir una gigantesca sucursal en un país vecino, a fin de que actúe como intermediario, en su acción de penetración, de un sistema de dominación cada día más resistido por los pueblos.

Dentro de esa estrategia, la Argentina cumple un papel totalmente secundario. El elevado grado de conciencia nacional y de organicidad política de sus sectores populares, debidos en gran parte a la experiencia peronista, la convierten en un escenario poco apto para construir una sucursal. Los experimentos dirigidos hacia tal fin fracasaron estrepitosamente.

A partir de estos datos surge claramente el objetivo de los grandes centros de poder mundial en nuestra Patria. No se trata tanto de reforzar su dominio político o económico como de impedir la presencia argentina en el marco continental como una alternativa nacional revolucionaria, radicalmente distinta a los imperialismos en pugna, que actúe, por gravitación natural, como polo de reagrupamiento de los pueblos hermanos que luchan por su liberación. Punto de partida para la realización de América latina como continente libre y soberano.

Si eso es cierto, resulta natural que los intereses multinacionales estén dispuestos a aflojar relativamente sus lazos de dominación política o económica, o a admitir sin demasiada oposición aventuras populistas de corto vuelo. Lo que no pueden tolerar es el resurgimiento argentino, nuestra presencia activa en el marco regional como puntales de un nuevo mundo que emerge en busca de justicia. Por lo tanto, y por encima de explicaciones ideológicas o maniobras distractivas, se trata de una estrategia de destrucción nacional, de debilitamiento estructural del país, destinada a evitar que, así como tiende ya casi irreversiblemente a dejar de ser coto de caza de los poderes internacionales, la Argentina se transforme en canal de expresión de las exigencias de los pueblos sometidos en el concierto mundial.

Dentro de ese marco debe encuadrarse el tema de la reconstrucción nacional. No se trata de una simple etapa de transición, ni, menos aún, de la restauración de las agónicas estructuras del privilegio, sino del esfuerzo orgánico, racional y solidario de la comunidad nacional para responder adecuadamente a la estrategia de destrucción auspiciada por los grandes intereses hegemónicos.

Ello explica que el objetivo nacional por antonomasia sea la construcción de la Argentina Potencia, de la nación fuerte y soberana capaz de satisfacer

las legítimas aspiraciones de su pueblo y de cumplir con su responsabilidad latinoamericana y mundial. La Patria que queremos no tiene entonces aditamentos ideológicos ni partidistas. Es la realización histórica de la única Argentina, la de ayer, la de hoy y la de siempre. La Patria grande para todos los argentinos. En función de ese proceso se sitúa la tarea de reconstrucción nacional, que supone fundamentalmente la reconstrucción del hombre argentino y la reconstrucción del Estado Nacional.

La unidad nacional

Hemos recorrido un dilatado camino para llegar, por fin, a la médula del asunto político que nos ha convocado. Un largo camino que demuestra que la Unidad Nacional no es simplemente, una táctica para ganar adeptos o aliviar el peso de una difícil coyuntura, sino que, mucho más que ello, es la actitud básica y primera para asegurar nuestro tránsito hacia el año 2000 al servicio de un sentido integrador, humanista y cristiano.

Quienes insisten en socavar sistemáticamente —al servicio de los resentimientos o las ideologías sectarias— todo cimiento de reconstrucción nacional quedarán cada vez más marginados y aislados del contexto político argentino, porque esta disposición, más allá de todas las vicisitudes que pudiera vivir de ahora en adelante, ya no volverá atrás. También se equivocan quienes procuran una unión nacional estática, al servicio del estancamiento, una especie de “gran acuerdo”, que no modifique en lo sustancial las estructuras del statu quo. La unión nacional es dinámica porque responde a una estrategia revolucionaria. Tiene una escala de valores que aprecia la medida del hombre, que se siente solidaria en la construcción de un mundo nuevo, alentando un proyecto político de universalización que se estructura sobre el eje de reales, enriquecedoras y graduales mediaciones.

Políticamente esta estrategia revolucionaria se expresa en dos planos:

1. El de la plena autonomía respecto de los centros de poder mundial, de distintos signos ideológicos, aunque coincidente actitud imperialista.
2. El de la plena realización de un proyecto nacional que sustituya eficaz e íntegramente el viejo esquema de la Argentina liberal, espontaneísta, totalmente obsoleto.

En el primer plano, el de la autonomía, es imprescindible fortificar la capacidad de decisión del Estado como forma de eludir los conflictos y agresiones que nos plantea la estrategia de integración mundial por la vía de la concentración del poder económico en manos de las corporaciones multinacionales.

En el segundo, el de la realización del proyecto nacional, es necesario suscitar la participación popular en forma integral y armónica, especialmente en la arena política, a nivel comunal, provincial, regional y nacional, como una forma de disolver y reducir la prédica perniciosa de quienes solo ven a la Argentina como un irrelevante escenario más del gran drama clasista de Latinoamérica.

En ambos contornos, tanto en el defensivo como en el afirmativo, la Nación —a través de una definida presencia argentina en el mundo— aparece en

toda la amplitud de su valor. Sólo la unidad nacional permitirá recortar —en un mundo pleno de conflictos y tendencias contrapuestas—, la definida milucta de un nuevo estilo de vida, basado en el difícil pero necesario equilibrio entre el individuo y la colectividad, entre el hombre y el estado, entre el yo y el nosotros. Externamente la unión nacional es el prerequisite indispensable que nos permitirá proyectar —sin pretensiones hegemónicas ni interesados liderazgos— esa unidad de destino que siempre ha estado latente entre nosotros desde los albores de la argentinidad. Internamente, la unión nacional es instrumento imprescindible para realizar el cambio social que la época exige, sin que ello equivalga colocar al país en el camino de la desintegración, agudizando los enfrentamientos facciosos y la lucha de clases.

Visto desde otro ángulo, la unidad nacional constituye también el primer paso en el camino de la constitución de un nuevo orden político, al que el Tte. Gral. Perón definiera como “la comunidad organizada”. Al colocar en un segundo lugar la lucha parcializante y disgregadora de la vieja política liberal, comienza a superarse el primero y quizás más importante de los baluartes del régimen: el enfrentamiento de los argentinos sobre lo accesorio para evitar su coincidencia sobre lo esencial. Es el comienzo de la liquidación del espíritu competitivo y faccioso del pasado —que, por contrario imperio, se refugiará en los sectores gerenciales internacionalistas y en la ultraizquierda— y el paso a una nueva actitud política de búsqueda de lo sustancial, que estimulará los fermentos de una nueva moral, elemento primordial para la superación del conflicto de las sociedades superindustrializadas.

Esta unidad nacional no significa subordinar las individualidades políticas, ni la libre expresión de los intereses legítimos; al contrario, por estar presidida por una visión pluralista, solo exige fortalecer el marco común donde todos nuestros intereses se realizan y todas nuestras convicciones tienen sentido.

En términos estrictamente políticos esta estrategia muestra varias fases:

1. La democracia integrada: en la superficie de las estructuras políticas, la unidad nacional implica el acuerdo de todos los sectores de signo nacional en los elementos esenciales del programa de Reconstrucción y Liberación Nacional. En cierta medida, es el fin del partidismo liberal y, en un aspecto también, el de los partidos del viejo estilo. Su objetivo es una estable integración política.
2. La democracia orgánica: este aspecto de la organización significa la consolidación de los factores de cambio del país, los que deberán asumir dinámica y conjuntamente su rol en el nuevo proyecto nacional. Su objetivo es la convergencia de las fuerzas económicas nacionales, los sectores sociales y las instituciones básicas del país: Gobierno, pueblo y Fuerzas Armadas, actuando solidariamente en la concreción flexible y tenaz de las estrategias de desarrollo y seguridad.
3. La democracia de participación popular: implica y exige el surgimiento de nuevos organismos de poder popular que expresen orgánicamente el grado de conciencia política de nuestro pueblo. Estas expresiones, como base complementaria de un moderno sistema de representación política, son el correlato indispensable de la unidad nacional en el campo de las superestructuras partidarias. Porque se estructuran desde abajo, son las precursoras

ra del nuevo orden que dará solidez y continuidad al proyecto de cambio. Constituyen, además, su razón de ser más profunda.

Nuevamente la historia, esa portadora de enigmas, nos enfrenta con un horizonte de grandeza. En un nuevo movimiento histórico de carácter nacional y continental nos congrega. No es hora para conductas facciosas o actitudes mezquinas.

En una tierra tan profundamente afectada por la violencia y la desintegración, por años de incompreensión, de prédica desnacionalizante e individualismo extremo, la unidad nacional aparece como el puerto primero de todas nuestras conductas.

Pero la unidad nacional a la que estamos convocados es algo más que un puerto; es mucho más que una simple táctica política e —incluso— es bastante más que una sabia estrategia. Es un camino para construir un mundo mejor sin dejar por ello, de luchar por el surgimiento de un hombre realizado y más auténtico.

Como todas las grandes manifestaciones revolucionarias, es una política y una esperanza. A este proyecto en marcha, los argentinos estamos invitados. Para servirlo no se necesitan otros títulos que la conciencia de la real autenticidad y el testimonio de la propia entrega.

Notas

¹ Teilhard de Chardin, *El Fenómeno Humano*.

² Teilhard de Chardin, *El Porvenir del Hombre*.

³ Osvaldo Sunkel, *Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América latina*.

⁴ Osvaldo Sunkel, *op. cit.*

⁵ A. Barber, *Nuevo Poder Emergente: La Corporación Mundial*, War-Peace Report, octubre de 1968.

⁶ Osvaldo Sunkel, *Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América latina*.

⁷ John Kenneth Galbraith, *El nuevo Estado Industrial*.

⁸ Juan Perón, *La Comunidad Organizada*.

⁹ Juan Perón, *op. cit.*

¹⁰ Juan Perón, *op. cit.*

¹¹ André Malraux, *La Hoguera de Encinas*.

¹² Juan Perón, *La Comunidad Organizada*.

¹³ Juan Perón, *Mensaje a los pueblos y gobiernos del mundo*, Madrid 23 de marzo de 1972.

¹⁴ Juan Perón, *La Comunidad Organizada*.

¹⁵ Juan Perón, *op. cit.*

La Revolución Peruana: un camino propio

Carlos Delgado *

El viajero que arriba a la capital peruana buscando hallar en ella el ambiente “típico” de una revolución, suele sentirse desilusionado y confundido. En efecto, tal ambiente no existe. La ciudad y sus gentes se presentan a los ojos del visitante extranjero como una realidad “normal”. Lima, en la superficie, es la misma ciudad de siempre. Su vida, al parecer, continúa inalterada. El viajero foráneo en vano ha de buscar los signos exteriores prescritos como característicos de toda revolución “auténtica”. Lima sigue siendo la ciudad de profundos contrastes que siempre fue, su acelerado ritmo de crecimiento persiste sin modificación alguna, haciendo de ella la más importante ciudad provincial y serrana del Perú; su comercio y sus fábricas funcionan normalmente; el tránsito fluido de sus grandes arterias urbanas tiene ese mismo tono de abigarramiento e indisciplina que uno encuentra en cualquier otra gran capital latinoamericana; los puestos de venta de diarios y revistas muestran la más variada gama periodística, que va desde los órganos de expresión irrefrenablemente reaccionarios hasta, las publicaciones, acaso esotéricas, quizás elitistas, pero siempre, al parecer, herméticas, de los también irrefrenablemente balcanizados grupos de la “extrema izquierda” pequeño-burguesa del Perú; los importantes museos de la ciudad siguen teniendo los mismos irracionales horarios de apertura; las marquesinas cinematográficas ofrecen, tal vez hoy más que nunca, una gran variedad de filmes de virtualmente todos los países de uno y otro lado del mundo; los famosos restaurantes de comida internacional siguen satisfaciendo la demanda plural de muy distintos gustos nacionales; la vida nocturna discurre desaprensivamente, acaso modestamente, como antaño; y en los cafés y restaurantes de las áreas

* Director de SINAMOS, Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social, República del Perú.

centrales de Lima y los distintos distritos urbanos que la forman, las tertulias políticas se desarrollan con el mismo entusiasmo de siempre, con esa rara mezcla de vehemencia, de picardía, de altisonancia, de desinformación, de apasionada subjetividad y de viveza argumental que es tan característica de nosotros los latinoamericanos.

Así, nuestro amigo extranjero que llega a Lima entre escéptico y curioso para “ver” una revolución en marcha, suele experimentar una frustrante sensación de descontento. Aquí no están las masas populares colmando calles y avenidas, cual ríos de protesta o de reafirmación revolucionaria, hasta llegar al ágora de una gran plaza pública donde, una vez cubierto de muchedumbre el escenario, la voz del líder carismático elevará al delirio el fervor de un pueblo “movilizado”, hacedor improbable de su historia. Aquí no se advierte la actividad febril de los partidos, compitiendo entre sí porque todos reclaman, con igual entusiasmo y convicción, ser la expresión genuina de los anhelos populares, del interés clasista, del sentir de las masas y aún del verdadero mensaje de la historia y del sentido ignoto del futuro. Aquí, por eso mismo, tampoco existe el fragor de la lucha partidaria, ni la efervescencia política que electriza el ambiente y, en cierto modo, hace que cada quien se sienta partícipe o testigo de un momento estelar y decisivo de la historia.

También aquí está ausente esa extraña vibración que permea la atmósfera, que atemoriza y seduce al mismo tiempo, propia de los momentos que heraldan la violencia y que casi, tal vez por impalpable, se puede, como el aire, respirar en lo que siempre han sido las eclosiones revolucionarias de nuestra época. Aquí los militantes de la revolución no portan distintivos, no tienen locales partidarios, no figuran inscritos en ningún registro, carecen de una organización que los “movilice”, son indiferenciables. Aquí por tanto, no existen comités revolucionarios que agiten constantemente “la conciencia” de las masas, que acerquen su voluntad de lucha, que los preparen para combatir, que las apresten para tareas de “movilización”. Aquí, por fin, no ha habido enfrentamiento armado, no se ha vertido sangre, no han surgido héroes, no se han sacralizado las gloriosas imágenes de mártires que fecunden la mística de un pueblo alzado para escribir su historia. Nada, en suma, se advierte en la superficie de la ciudad. Si la revolución existe, ella es, para los forasteros, impalpable.

Y, sin embargo . . .

Y sin embargo, Lima es la sede del gobierno que durante los últimos cuatro años ha introducido cambios sustantivos que constantemente están alterando de manera profunda e irreversible las estructuras mismas de la sociedad peruana tradicional. Lima es la sede del gobierno que expropió todos los bienes de la otrora poderosa, temida e intocada International Petroleum Company; que canceló la misión militar norteamericana; que públicamente se negó a recibir la visita del Gobernador Nelson Rockefeller, representante oficial del Presidente Nixon; que expropió las grandes plantaciones azucareras de la compañía Grace; que estableció relaciones comerciales y diplomáticas con la Unión Soviética, con China y con casi todos los demás países comunistas; que hace poco intercambió embajadores con Cuba, por encima

de la dura oposición del poder internacional cuya influencia todavía gravita de modo virtualmente decisivo en casi todos los otros países latinoamericanos, grandes o pequeños; y, finalmente, que hasta ahora ha seguido por vez primera en la historia contemporánea del Perú, una política internacional auténticamente independiente.

Lima es la sede del gobierno que desde hace algo más de tres años está desarrollando una profunda reforma agraria, concebida como instrumento de cambios sociales revolucionarios, iniciada el mismo día de su promulgación con la expropiación de todas las plantaciones azucareras de la costa, medida con la cual se liquidó de un golpe el poder económico y político de la oligarquía cañera, el grupo de presión más poderoso e influyente en lo que va corrido de este siglo. Lima es la sede del gobierno que está ya conquistando definitivamente el jamás alcanzado propósito de eliminar el latifundismo, ese objetivo que hace casi cincuenta años José Carlos Mariátegui definiera como tarea esencial de la revolución en el Perú, en tanto que país aún fundamentalmente agrario. Lima es la sede del gobierno que ha entregado las grandes plantaciones azucareras a los campesinos, obreros y empleados cooperativamente organizados en auténticas empresas de propiedad social; que ha estructurado sobre la base de tradicionales comunidades campesinas y de ex-haciendas cooperativizadas del interior, inmensas Sociedades Agrícolas de Interés Social, SAIS, que junto con las Cooperativas Agrarias de Producción de arroz y de caña de azúcar, representan la organización no-capitalista del sector más potente y dinámico de la economía agraria de un país, como el Perú, donde prácticamente la mitad de los habitantes deriva sus ingresos del trabajo directo o indirecto de la tierra.

Lima es la sede del gobierno que ha nacionalizado los servicios públicos de electricidad y los sistemas de telecomunicaciones en todo el país; que ha puesto en manos del Estado la refinación y la comercialización de los minerales y del petróleo, así como la comercialización del aceite y la harina de pescado, al igual que la de virtualmente todos los otros productos que el Perú exporta a los mercados internacionales. Lima es la sede del gobierno que ha puesto bajo control estatal todo el movimiento de divisas, que ha impulsado poderosamente la banca del Estado, hoy la primera del país, reduciendo a menos del 6 % el control de la banca extranjera sobre los mecanismos de crédito en el Perú. Lima es la sede del gobierno que ha iniciado una profunda reforma empresarial destinada a convertir a las empresas capitalistas en empresas de co-gestión, mediante el gradual acceso de todos los trabajadores a las utilidades, a la dirección y a la propiedad, hasta alcanzar niveles de paridad con los antiguos propietarios exclusivos de los medios de producción en la industria manufacturera, la minería y la pesca.

Lima es la sede del gobierno que este año ha iniciado una decisiva transformación de todo el sistema educativo a partir de una profunda revisión del contenido, la naturaleza y el carácter que la educación debe tener en un país como el Perú. Lima es, en fin, la sede del gobierno que hace tres meses anunció la creación de un sector económico de propiedad social, aparte del ya existente en la agricultura, que con el apoyo prioritario del Estado habrá de convertirse en el más importante del país, ampliando así, de modo decisivo, la concreción económica de una fundamental opción política que orienta al Perú hacia formas de organización económica, política y social

comercialmente distintas a las prescritas por los sistemas capitalistas y comunistas.

Mas nada de lo anterior es percible por nuestro visitante. Para él la probable realidad de una revolución social en el Perú es hondamente elusiva. No se la "ve". ¿Significa esto último que ella no existe? No. La elusividad del proceso revolucionario peruano a los ojos del viajante foráneo no demuestra su inexistencia, habida cuenta del profundo importe histórico que revisten, entre otras, las reformas y los cambios arriba señalados. Lo que la mencionada elusividad demuestra es el carácter profundamente atípico del proceso revolucionario que el Perú empezó a vivir hace cuatro años.

Una nueva perspectiva

Cuando se inadvierte la honda singularidad del proceso, resulta imposible comprenderlo. Cuando se le mira desde la perspectiva del comportamiento que tradicionalmente tuvieron los fenómenos políticos del Perú, y también de América Latina, con anterioridad a octubre de 1968, tampoco se le puede comprender. Cuando para observarlo se utiliza la óptica con que siempre se juzgó la conducta de las instituciones tradicionales de poder, también es imposible comprenderlo. Cuando para estudiarlo se recurre al instrumental heurístico antes utilizado para interpretar los fenómenos políticos, su comprensión es, por igual, inaccesible. Y, finalmente, cuando el observador no está dispuesto a considerar que tiene ante sí un fenómeno radicalmente nuevo que debe ser explicado de manera nueva también y cuando, además, ese observador no reconoce todas las profundas implicaciones que conlleva la admisión del carácter esencialmente procesal del fenómeno peruano contemporáneo, entonces no habrá de ser posible asir su significación más verdadera. En síntesis, como fenómeno radicalmente atípico, el que hoy vive el Perú no puede ser ortodoxamente interpretado; por el contrario, su estudio, necesariamente, tiene que basarse en interpretaciones de naturaleza heterodoxa, vale decir, atípicas también.

La atipicidad de la Revolución Peruana se establece a partir de su propio punto de iniciación. Ella no surgió de ninguno de los partidos políticos peruanos, ni de ningún movimiento "popular" organizado. Surgió, por el contrario, de una institución militar que tradicionalmente había jugado el papel de garante del orden establecido. Tal hecho importó, en sí mismo, un alejamiento radical de la tradición política peruana y latinoamericana. Los ejércitos latinoamericanos, en efecto, siempre fueron instituciones en cuya fuerza se respaldó todo el conjunto de relaciones de poder definidas en base a criterios de subordinación del país a los intereses económicos y políticos foráneos y también de dominación de las grandes mayorías por los grupos oligárquicos detentadores de un poder incontrastable y monolítico dentro de la sociedad tradicional.

Responder a la interrogante fundamental de cómo fue posible que se operara un cambio tan decisivo en la Fuerza Armada del Perú, capaz de convertirla de mecanismo de fuerza garantizador del statu quo en crucial instrumento de su transformación, implica develar mucho de la naturaleza misma del proceso revolucionario peruano y posibilita la identificación de al-

gunas de sus principales características, positivas y negativas. Mas aún, de esta singularidad de origen deriva mucho de la atipicidad política de la Revolución Peruana.

El sustantivo cambio posicional operado en la Fuerza Armada del Perú como estructura de poder, no ocurrió súbitamente. Fue un proceso complejo y prolongado. Ciertamente no puede ser explicado a partir de un único elemento causal. Y aunque para la inmensa mayoría de peruanos y para casi todos los llamados observadores extranjeros, la manifiesta culminación de dicho proceso el 3 de octubre de 1968 representó algo verdaderamente inusitado, para algunos estudiosos de la escena peruana contemporánea tal circunstancia no constituyó, en rigor, acontecimiento sorpresivo, aunque sí acaso sorprendente, cosa que en forma alguna significa lo mismo.

La Fuerza Armada del Perú evidenció tendencias de cambio potencialmente sustantivo por lo menos desde el comienzo de la década de 1950 cuando fundóse el CAEM, Centro de Altos Estudios Militares. El CAEM no fue una institución creada como respuesta a inquietudes de tipo individual. Su fundación respondió a la necesidad sentida por importantes grupos militares para quienes resultaba indispensable lograr una ampliación capital en el horizonte formativo profesional de los oficiales peruanos. El CAEM respondió al propósito de buscar una redefinición del concepto tradicional de seguridad nacional, capaz de incorporar en su universo significativo sustanciales elementos que hasta entonces habían sido considerados ajenos al interés castrense.

El punto de partida para este desarrollo críticamente importante de las nuevas tendencias que surgían en el seno de la Fuerza Armada Peruana, fue probablemente el cada vez mayor convencimiento de la inseparabilidad sustantiva entre problemas del frente externo y problemas del frente interno en el Perú. Es altamente probable que algunos de los resultados de la segunda guerra mundial jugaran un papel decisivo en tornar evidente esa inseparabilidad. En efecto, los países más duramente castigados por la guerra internacional que terminó en 1945, pero que tenían los frentes internos más sólidos, fueron los países que, precisamente, superaron del modo más rápido el impacto brutal de la contienda bélica. Tales fueron, sin duda, los casos de Alemania, la Unión Soviética y el Japón. Esta circunstancia parecía mostrar muy claramente que las naciones de mayor desarrollo interno en los campos genéricos de la ciencia, la tecnología y la cultura, fueron capaces de recuperar con celeridad el terreno perdido para, muy pronto, emerger del caos de la guerra como pueblos de gran poderío económico, militar y político.

La generalización derivable de este hecho puede ser expresada en los siguientes términos: la capacidad de garantizar la seguridad integral de una nación y un Estado es función de su propio desarrollo. En otras palabras, la seguridad nacional es ingarantizable en presencia de frentes internos caracterizados por condiciones de subdesarrollo. Y tal era, precisamente, la situación concreta del Perú. La intensidad de los problemas sociales y económicos del pueblo peruano era de tal naturaleza que tornaba legítimo el cuestionamiento de la viabilidad del Perú como país en condiciones mínimamente adecuadas dentro del contexto del cambiante e interrelacionado mundo de nuestro tiempo.

En efecto, el Perú era un país subordinado a los intereses económicos extranjeros y, por tanto, poseedor de una tan sólo ilusoria soberanía: con sus grandes mayorías nacionales marginadas de todo acceso real al poder y a la riqueza en cualquiera de sus dimensiones significativas; y viviendo en condiciones extremas de explotación, de miseria y de ignorancia, a manos de diversos pequeños grupos plutocráticos subordinados a los intereses económicos imperialistas que, en última instancia, gozaban del más amplio poder de decisión en áreas críticamente importantes de la vida del país. En condiciones de esta naturaleza, procedía, pues, postular la posible inviabilidad real del Perú como nación en pleno siglo xx.

Todo lo anterior llevó a los militares peruanos a considerar indispensable el enfrentamiento con los problemas básicos del subdesarrollo en el Perú. Y esto probó tener vastas consecuencias de carácter político. Porque al confrontar tales problemas, resultó inevitable adoptar frente a ellos opciones valorativas y proponer soluciones concretas que hicieran posible superarlos.

Cuando se hizo evidente esta consecuencia inevitable, fue imperativo también optar en términos políticos. De este modo, no sólo se decretó la liquidación del viejo mito del apoliticismo castrense —que entrañaba ineludiblemente abandonar la concepción del aparato militar como entidad puramente profesional y ajena a la política, vale decir, al rumbo del Estado y a la direccionalidad del desenvolvimiento histórico de la nación—, sino también se decretó la profunda revisión de la actitud típicamente conservadora que había caracterizado a la Fuerza Armada del Perú, al igual a las de los demás países latinoamericanos.

Causas del cambio

Tengo para mí que lo anterior encierra la explicación de fondo que mejor da cuenta del extraordinario cambio experimentado por la organización castrense en el Perú. Otras razones, sin duda alguna, existen; pero, a mi juicio, la fundamental es la anotada. Entre ellas se cuentan las siguientes: a) *el origen social de la oficialidad*. La inmensa mayoría de oficiales peruanos, particularmente del ejército, proviene de los sectores intermedios y de los sectores típicamente dominados de la sociedad peruana; de otro lado, se trata de una oficialidad predominantemente provincial y étnicamente mestiza e “india”. Por todo ello, carece en absoluto de vinculaciones de interés económico o social con los grupos oligárquicos o plutocráticos del Perú. Nada, en consecuencia, la vincula con los centros tradicionales de poder económico y político del país. Es, en suma, una oficialidad de evidente origen popular, cuyo destino está, en consecuencia, unido al de grupos y sectores sociales tradicionales aunque diferencialmente marginados. b) *El impacto político del movimiento guerrillero*. Este, no obstante no haber sido capaz de movilizar apoyo campesino y de haber sido, en realidad, por el contrario, quehacer político virtualmente exclusivo de muy pequeños grupos urbanos de la llamada “clase media”, puso en evidencia la verdadera naturaleza estructural de los profundos problemas sociales peruanos, particularmente del campesinado. Y demostró, por si hubiera sido necesario, la gravedad de realidades sociales y económicas cuya definitiva superación no podía poster-

garse por más tiempo. c) *Conocimiento del territorio nacional y sus problemas*. Por la propia naturaleza de la mecánica operativa de la Fuerza Armada Peruana, sus oficiales rotan a lo largo de su carrera militar por virtualmente todo el territorio del país. Esto les da un conocimiento directo de los problemas acerca de los cuales los técnicos y los intelectuales, por ejemplo, suelen tener tan sólo un conocimiento referencial y de segunda mano. Esta circunstancia debe haber jugado un papel significativo, en concurrencia con los otros factores antes señalados.

Como ya se ha dicho, el proceso que habría de llevar a un cambio profundo de posición política a la Fuerza Armada del Perú se inició de manera verificable a comienzos de la década de 1950. Continuó a lo largo de ella y maduró considerablemente durante la década siguiente, para culminar en 1968, cuando el sistema político tradicional acusaba la intensificación de una profunda crisis, a través de la cual dicho sistema probó con demasía su ineficacia y su obsolescencia. El año mencionado fue el último del sexenio de gobierno para el cual fueron elegidos Fernando Belaúnde Terry, como Presidente de la República, y un número crecido de dirigentes apristas y odriistas que, desde el comienzo del régimen, en 1963, constituyeron mayoría para controlar ambas cámaras del parlamento. De este modo, el régimen que la Fuerza Armada derrocó en octubre de 1968 no fue, en puridad, gobierno unipersonal ni unipartidario. Fue, en realidad, gobierno, si se quiere, tripartito, constituido por los organismos dirigentes de tres agrupaciones políticas y, eufemismos aparte, por los tres “jefes máximos” de los partidos Acción Popular, APRA y Unión Nacional Odriista, UNO, es decir, por Belaúnde, Haya de la Torre y Odría, respectivamente.

Estos partidos, sus dirigentes y sus jefes tuvieron el control indisputado del ejecutivo y del congreso durante cinco años y medio, desde el 28 de julio de 1963 hasta el 3 de octubre de 1968. Belaúnde y su partido llegaron al poder en condiciones sumamente auspiciosas para gobernar. Tenían el propio respaldo popular de un partido organizado con cuadros muy numerosos en todo el país. Habían emergido de un proceso electoral limpio y democrático, aunque, naturalmente, dentro de las grandes limitaciones características de la realidad política de lo que en el Perú significó la llamada “democracia representativa”; contaron con la simpatía de la propia Fuerza Armada y con el respaldo económico y diplomático de los Estados Unidos.

Además, el régimen en su conjunto también tuvo el respaldo de todos los sectores conservadores, de los grupos de poder económico y de los poderosos partidos aprista y odriista, cuya alianza política, públicamente firmada antes de finalizar el año 1963, significó al par que la capitulación política e ideológica del APRA frente al archi-reaccionario ex dictador Manuel Odría, el control indisputado del parlamento por parte de apristas y odriistas. Aquella fue la época en que los cabecillas del APRA y de la UNO definieron públicamente al parlamento como el “primer poder del Estado”.

Más aún, el régimen surgido de las elecciones de 1963 contó con la esperanzada simpatía de un pueblo que a lo largo de casi cuarenta años había hecho ostensible su anhelo y su deseo de que se emprendieran en el Perú transformaciones y cambios revolucionarios capaces de modificar de modo sustantivo un ordenamiento social basado en la injusticia, en la explotación

y en el entreguismo a los intereses extranjeros. Los líderes de los partidos triunfantes en las elecciones de 1963 particularmente belaundistas y apristas prometieron a la nación hacer realidad esos cambios y esas transformaciones y, en nombre de sus partidos, asumieron el compromiso histórico de iniciar en el Perú la reclamada revolución social por la que tanto habían luchado los peruanos durante cuatro décadas.

Nada de esto se hizo, sin embargo. A la claudicación del liderazgo aprista se agregó prontamente la de los dirigentes de Acción Popular, el partido acaudillado por Belaúnde Terry. Y desde entonces, en realidad, fue una tria conservadora la que rigió los destinos del Perú hasta la madrugada del 3 de octubre de 1968. La capitulación de los partidos reformistas o presuntamente revolucionarios, produjo una intensa frustración y generó un vacío político que ninguna fuerza organizada quiso o supo cubrir. La honda crisis del sistema político tradicional formado por los partidos se hizo palmaria-mente evidente cuando el gobierno se mostró totalmente incapaz para encarar los problemas sustantivos del Perú, diferidos más allá de todo límite posible. Una crisis nacional muy honda y antigua, puesta de manifiesto en virtualmente todos los órdenes fundamentales del país, se intensificó grandemente al ser eludida por un gobierno cuyo compromiso esencial era, en el fondo, lograr que todo continuase igual en el Perú.

Iglesia y Fuerza Armada

La evidente conservadorización del sistema político de los partidos, unidos, claro está, por propósitos comunes con los grupos detentadores del poder económico y con los empresarios peruanos del poder extranjero, no abarcó, sin embargo, a dos instituciones de poder históricamente demostrable, la Iglesia Católica y la Fuerza Armada. Mientras los principales partidos políticos se pasaban al campo de la reacción y del conservadurismo en un curioso, aunque explicable, viraje con dirección de izquierda hacia derecha, estas dos instituciones se dirigieron, aproximadamente durante el mismo período de tiempo, en dirección opuesta, para asumir posiciones progresistas y de avanzada, poseedoras de un alto potencial revolucionario. Cuando el proceso de maduración dentro de la Fuerza Armada, el fenómeno de conservadorización de los partidos gobernantes, y la intensificación de los problemas sociales y económicos del Perú, por así decirlo, convergieron, se produjo la intervención militar del 3 de octubre de 1968.

El manifiesto revolucionario que la Junta de Gobierno publicó en esa fecha, contiene dos puntos fundamentales: lucha por la soberanía del Perú y transformación estructural del orden establecido. En este planteamiento se resume toda la potencialidad revolucionaria del movimiento que entonces asumió el poder. Del primer punto se deriva la clara posición anti-imperialista del gobierno peruano; porque, evidentemente, luchar por la soberanía del país es luchar por su autodeterminación y por el control nacional de su riqueza. Y del segundo, la posición militante contra todas las expresiones concretas del subdesarrollo como fenómeno económico, político y social. Es decir, actitud militante de lucha para erradicar definitivamente la marginación de las grandes mayorías sobre cuyo despojo material y espiritual se basó

la dominación pluridimensional de una oligarquía profundamente anti-peruana y esencialmente enfeudada a intereses económicos y políticos foráneos.

La acción revolucionaria del gobierno peruano parte, así, de la caracterización global de la sociedad y del análisis profundo de las causas estructurales que definen la esencia misma de la problemática sustantiva del Perú. Por primera vez, a nivel de la conducción del Estado, se sostiene en el Perú, oficialmente, que todos los problemas fundamentales del país derivan de su doble condición estructural e interrelacionada de sociedad en subdesarrollo y sociedad sometida al dominio económico extranjero. A partir de esta caracterización fundamental que, por lo demás, coincide en esencia con las conclusiones derivadas de los estudios de la economía y demás disciplinas sociales contemporáneas en el Perú y en la América latina, el Gobierno Revolucionario dio varios pasos decisivos en el camino de la conceptualización y de la práctica revolucionarias. El Perú, se señaló, llegó a ser un país sujeto al doble yugo del subdesarrollo y el imperialismo, dentro del sistema capitalista. Por lo tanto, si la Revolución Peruana se propone cancelar históricamente aquella doble condición estructural, para lograrlo debe postular como esencial al abandono del sistema capitalista en el cual se originan los dos fenómenos centrales de la problemática del Perú. De allí que la primera opción política fundamental del régimen revolucionario tenía que ser, inexorablemente, una opción anticapitalista.

También por primera vez se definió a nivel de gobierno una nítida posición acerca del significado de los fenómenos del desarrollo y el subdesarrollo en el Perú. Desde el comienzo del año 1969, el gobierno peruano sostuvo que el subdesarrollo es un fenómeno multidimensional e históricamente determinado. De aquí deriva su caracterización como fenómeno singular y no repetitivo, resultante de una determinada manera de desenvolvimiento histórico que, en esencia, se da de modo único en cada escenario histórico-social. Por tanto, como fenómeno concreto, el subdesarrollo tiene un alto grado de especificidad. En consecuencia, sólo en un sentido muy general podría definírsele de manera universalmente válida. Pero desde un punto de vista político, representa un fenómeno singular que surge de la interacción de un conjunto de condicionamientos históricos intransferiblemente propios de cada sociedad.

Lo anterior tiene dos consecuencias teóricas importantes e inmediatas: en primer lugar, en países como el Perú el desarrollo debe ser entendido como un proceso de transformaciones estructurales de las relaciones básicas de carácter económico, social y político, encaminado a cancelar históricamente la situación de subdesarrollo de la cual procede. Y en segundo lugar, si la realidad concreta de donde parte el proceso de desarrollo es una realidad diferencial, por ser históricamente determinada, entonces el desarrollo mismo es también un proceso que obedece a condicionamientos históricos diferenciales de alta singularidad y del cual, en consecuencia, tampoco puede tenerse una definición universalmente válida. En otras palabras, dicho proceso de transformaciones estructurales habrá de obedecer a plurales orientaciones surgidas de sus privativos condicionamientos históricos y habrá de ser, por tanto, un fenómeno procesal con alto grado de diferenciación y de relativismo, en términos de sus contenidos específicos .

Un camino propio

Políticamente, lo anterior significa que cada proceso de desarrollo, vale decir, cada proceso revolucionario, deberá seguir su propio camino, establecido en función de los singulares condicionamientos histórico-sociales que signan su origen y enmarcan su desenvolvimiento. En otras palabras, no hay dos cuadros de subdesarrollo idénticos, no hay dos iguales procesos de desarrollo. Y no hay, en consecuencia, ni sólo una verdad ni un único camino revolucionarios.

Es dentro de esta perspectiva que el gobierno peruano situó su recusación del capitalismo como sistema. Dentro de ella se fundamentó, por ende, la lucha contra cualquier enfoque de simple modernización capitalista, definiendo con claridad que de lo que se trataba en el Perú no es de modernizar ese sistema, sino de transformarlo. Pero dentro de esa misma perspectiva también se situó la recusación del Gobierno Revolucionario a cualquier posible alternativa comunista al capitalismo en el Perú. Porque para el gobierno peruano, el reclamo a la soberanía es un reclamo a la autonomía total de nuestro pueblo para decidir su propio rumbo histórico y, por tanto, posee una fundamental e inabdicable dimensión cultural, ideológica y política. Si se consideran las implicaciones teóricas de todo lo anterior, no hay manera de describir la posición peruana en términos de un tercerismo sustantivamente infecundo.

La recusación a los posibles modelos comunistas reviste, así, una valencia teórica críticamente decisiva para la Revolución Peruana. Pero esa recusación no se dirige al plano de las finalidades últimas, es decir, a la temática del comunismo como presunta futura etapa del desenvolvimiento histórico de las sociedades humanas, sino a la realidad político-económica concreta de los llamados "socialismos históricos" que, a mi juicio, son más aptamente definibles en términos de socialismos nominales. En otras palabras, la recusación del proceso revolucionario peruano se refiere a las formas concretas como se estructuran las relaciones de poder económico, político y social de acuerdo al modelo stalinista en los países gobernados por partidos comunistas. Tal modelo, que en esencia bien poco tiene que ver con el socialismo como planteamiento teórico, se funda en la propiedad o en el control estatal de los medios de producción y, en consecuencia, en la concentración del poder económico en manos del Estado; en la planificación centralizada de todo el aparato productivo y la vida económica de la sociedad; y en el férreo control político del Estado a manos de un partido único al que se considera poseedor absoluto de la verdad, intérprete de los anhelos, necesidades e intereses populares y, además, intérprete también del rumbo y el sentido de la historia.

Como alternativa sustitutoria del capitalismo en tanto que sistema, el planteamiento stalinista se abre a muy serios reparos de carácter teórico-revolucionario. En efecto, de acuerdo a un razonamiento marxista verdadero, allí donde se concentra el poder económico habrá de concentrarse también el poder político. Tal es lo que a Marx demostró la existencia de la burguesía como clase en los países de alto desarrollo industrial capitalista en el siglo pasado. Y esencialmente por la misma razón, concentrar poder

económico en el Estado, es también concentrar en él poder político. Mas no en una entelequia o en una pura abstracción organizativa, sino concretamente en el Estado como institución política, es decir, en el Estado como organización, como institucionalidad burocrática. Marx mismo fue muy claro en señalar el carácter concreto del Estado, que no es una abstracción sino un aparato organizativo manejado por una burocracia. En consecuencia, concentrar poder económico y político en el Estado, es concentrarlo en la burocracia. Y cuando esa burocracia encarna la presencia misma de quienes dirigen y controlan un partido político en poder del Estado como partido único, esa doble concentración de poder significa, en los hechos, concentración máxima del poder total de la sociedad en el aparato organizativo del partido y, más específicamente, en su liderazgo.

Esta no puede ser considerada como una alternativa de alta valencia revolucionaria al capitalismo. Porque ella no propone el acceso de los trabajadores mismos al poder, sino su continuada subordinación, ahora al aparato intermediacionista del partido burocrático y burocratizado. Tal partido funciona fundamentalmente como un mecanismo de poder expropiatorio de la capacidad de decisión de sus supuestos representados, para servir a los intereses políticos de una oligarquía dirigente sólo capaz, al parecer, de renovarse con la muerte o las purgas.

Por todo lo anterior, la Revolución Peruana propone una alternativa al capitalismo esencialmente distinta a la que acaba aquí de ser analizada. En lugar de sustituir la propiedad privada de los medios de producción —característica sistémica del capitalismo— por la propiedad o control estatal de los mismos —característica sistémica del comunismo—, el proceso revolucionario peruano propone sustituirla por la propiedad social de los medios de producción, es decir, por la propiedad directa de la riqueza y el poder en todas sus dimensiones por los hombres y mujeres que con su esfuerzo generan la riqueza —todo ello en base al reconocimiento sostenido, entre otros, por Marx, de que la fuente final de esa riqueza, no es el capital, sino el trabajo.

Transferencia de poder

La concreción de un planteamiento así, a nivel de la organización misma de la economía, supone la decisión política de crear en el Perú un sistema económico basado en un predominante sector de propiedad social formado por un conjunto diversificado pero coherente de empresas económicas de propiedad de sus propios obreros, empleados, técnicos y administradores.

Conjuntamente con este sector de propiedad social, el gobierno peruano plantea la necesidad de que existan, durante todo un período histórico, un poderoso sector de propiedad estatal y otro de propiedad privada; este último profundamente modificado, sin embargo, por la legislación revolucionaria que en los campos de la industria manufacturera, la pesca y la minería, tiende a convertir las empresas capitalistas tradicionales en empresas co-gestionarias, mediante el gradual acceso de los trabajadores a la propiedad, la dirección y las utilidades, hasta alcanzar niveles paritarios con los antiguos empresarios privados. Esa decisión fue oficialmente adop-

tada por el gobierno peruano en julio de 1972, debiendo organizarse, primero a nivel experimental, varias empresas de propiedad social, definidas como empresas económicas de participación plena.

Una economía así concebida no podrá ser más una economía capitalista. En ella los medios de producción serán predominantemente de propiedad de los trabajadores. En ella la significación del sector capitalista reformado y convertido en sector cogestionario por la legislación que crea las comunidades laborales en todas las ramas de la industria, tendrá una importancia decreciente dentro del contexto global del aparato productivo. Y en ella, por lo tanto, el poder económico habrá sido gradualmente transferido a los trabajadores organizados económicamente en instituciones sociales básicas de producción. Esa será, en esencia, una economía nueva, de naturaleza participacionista, que habrá de generar valores de comportamiento profundamente alejados del carácter alienante del individualismo característico de la organización capitalista, pero también alejados del carácter igualmente alienante que surge como resultado de la dominación absoluta del Estado sobre la economía, típico de los regímenes comunistas.

En efecto, en los sistemas basados en la propiedad privada y en la propiedad estatal de los medios de producción, el hombre que crea la riqueza no tiene sobre ella control significativo alguno. En tales circunstancias, tal como Marx lo señalara con referencia al sistema capitalista, el trabajo no puede dejar de tener una raíz profundamente alienadora para quienes producen la riqueza. Y como ésta jamás se genera en el vacío, ya que constituye un valor característicamente social en tanto y en cuanto es producida en la sociedad y gracias a su existencia, el trabajo alienado y alienante del hombre en aquellas condiciones conduce inexorablemente a que las sociedades donde ellos prevalezcan sean también sociedades de alienación. Tal es, en mucho, el caso de las sociedades capitalistas y comunistas del mundo actual. Restituir al trabajo su capacidad potencial de creación liberadora supone necesariamente, en consecuencia, restituir a quienes lo realizan la hoy perdida capacidad de control del hombre sobre su esfuerzo. Y esto, al parecer, sólo podría conseguirse en una economía participacionista, es decir, en una economía sujeta al control, a la dirección y a las decisiones del propio trabajador, creador social de la riqueza, y no a los del empresario privado o del Estado.

La contraparte política del sistema económico que la Revolución Peruana propone se basa también en un sustantivo enfoque participacionista. Desconcentrado el poder económico, el poder político habrá de estar correlativamente difundido en organizaciones sociales de base dirigidas autónomamente por sus propios integrantes. De esta manera será posible transferir el poder político de los grupos oligárquicos de elite, que hasta hoy lo han monopolizado, a las entidades de base de la sociedad organizada. En un sistema así concebido, el poder económico y el poder político radicarán, sin intermediaciones o con el mínimo de ellas, en los hombres y mujeres que integren la población trabajadora del país organizada en todos sus niveles. Tal sistema es el que encuentra expresión definicional en el modelo de una democracia social de participación plena que es, concretamente, la alternativa que la Revolución Peruana propone para sustituir al sistema capitalista en el Perú. Este planteamiento de fondo nada tiene

que ver, en esencia con ninguno de los enfoques propuestos en el pasado por los partidos políticos tradicionales. Se trata de un planteamiento enteramente nuevo que, por la propia naturaleza de sus finalidades y de sus fundamentos, se sitúa como señaló el presidente Velazco Alvarado en julio de 1970, en la tradición revolucionaria socialista libertaria y humanista.

Sobre la Universidad Tecnológica Nacional

Orlando Benedetto

I. Introducción

La Universidad Tecnológica Nacional surge, en su estado actual, de la confluencia de los siguientes factores:

1. El contenido doctrinario de la Universidad Obrera Nacional.
2. Las necesidades coyunturales del país en el momento de la creación de la Universidad Obrera Nacional en el marco de:
 - a) El aparato productivo nacional.
 - b) La situación política en el ámbito educacional.
3. La realidad social económica y las expectativas de sus primeros alumnos y docentes.
4. La lucha por mantenerla abierta, después de 1955, por parte de sus integrantes.
5. La negociación con el desarrollismo para conferirle status similar al de las Universidades tradicionales.
6. El cambio en la realidad socioeconómica de estudiantes y profesores a partir de 1958.
7. La explosión de la población estudiantil en el período 1971/2.
8. La ausencia de un proyecto político público y de una doctrina a la cual servir después de 1955.
9. La consolidación de cuadros políticos peronistas operada en los dos últimos años.
10. La nacionalización progresiva del estudiantado.
11. La situación política actual.

La necesidad de una política específica para la Universidad Tecnológica Nacional se debe a:

1. Su importancia cualitativa para el Movimiento ya que es una creación original del Peronismo en el ámbito educativo con un contenido doctrinario propio.
2. La importancia cuantitativa de la Universidad Tecnológica Nacional en la formación de ingenieros ya que en ella estudia más del 50 % de los alumnos de Ingeniería del país y actualmente se reciben alrededor del 40 % de los ingenieros sobre el total nacional y la tasa es creciente.

Para ello es necesario:

1. Rescatar el contenido original.
2. Profundizar dicho contenido.
3. Adecuarnos operativamente al cambio operado en:
 - A. Las necesidades coyunturales de:
 - a) El aparato productivo nacional.
 - b) La situación política en el ámbito educacional.
 - B. La realidad socioeconómica de estudiantes y profesores.
4. Enlazar el rescate del contenido con las necesidades coyunturales mencionadas y con la etapa política de Reconstrucción y Liberación Nacional.
5. Definir los puntos anteriores en el plano estratégico y conjugarlos operativamente en el plano regional.

II. El contenido de la Universidad Obrera Nacional

Para una cabal comprensión de dicho contenido se hace imprescindible detallar el esquema educativo de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Vocacional (CNAYOP).

La enseñanza en la CNAYOP se impartía en tres ciclos consecutivos:

1. **Ciclo básico**, en las Escuelas Fábricas.
 - a) Sistema de *Aprendizaje*, diurno, tres años.
 - b) Sistema de *Capacitación*, nocturno, cuatro años.
2. **Ciclo medio**, en las Escuelas Fábricas, nocturno, cuatro años.
3. **Ciclo superior**, en la UON, nocturno, cuatro años.

El sistema era mantenido con el aporte del 3 % sobre los salarios pagados en la industria y con aportes del tesoro nacional. Las industrias podían eximirse de ese pago si creaban, mediante convenio con la CNAYOP, sus propias Escuelas Fábrica. En 1952 existían 6 Escuelas de ese tipo ascendiendo el total a 146 y 11 Facultades Regionales de la Universidad Obrera Nacional. El régimen de conducción era nacional pero fuertemente estructurado regionalmente en su ejecución.

El Ciclo Básico desarrollado en las Escuelas Fábricas estaba dirigido a la formación de aprendices adelantados y tenía dos modalidades según la edad o las posibilidades de trabajo de los estudiantes.

Para los alumnos de 12 a 16 años se impartían 8 horas de clases diurnas divididas, por mitades, en práctica de taller y formación teórica (técnica y humanística), 5 días por semana. En los talleres la enseñanza se impartía

mediante la participación en los procesos de producción de los elementos que se fabricaban en la propia escuela (tornos, máquinas de coser, etc.).

Los aprendices recibían gratuitamente dos juegos de ropa de trabajo de uso obligatorio tanto para taller como para teoría. Se les pagaba un sueldo de (en 1953) \$ 25 en primer año, \$ 35 en segundo año y \$ 45 en tercero lo que equivale aproximadamente a \$ 7.000, 9.000 y 11.000 a marzo de 1973 y comían gratuitamente en la propia escuela.

En el caso de aquellos que querían estudiar, cualquiera fuese su edad, pero que trabajaban como obreros, la enseñanza era nocturna debiendo presentar el certificado de trabajo en la especialidad. Las clases eran fundamentalmente teóricas y un día a la semana estaba dedicado a práctica de taller.

El Ciclo Técnico era la continuación de los estudios para los que deseaban adquirir la formación de técnicos, sea que hubiesen estudiado en el sistema de Aprendizaje o en el de Capacitación. El requisito era trabajar en la especialidad y duraba 4 años, impartándose la enseñanza teórica 4 horas diarias durante 5 días por semana. Se egresaba como Técnico de Fábrica.

El ciclo siguiente estaba a cargo de la Universidad Obrera Nacional donde, además de los Técnicos de las Escuelas Fábricas, también podían ingresar los egresados de las Escuelas Industriales; en todos los casos era obligatorio trabajar como técnico en la especialidad que se estudiaba.

Las clases eran nocturnas: 4 horas diarias durante 6 días por semana, tipo seminario (30 alumnos por curso); el jefe de Trabajos Prácticos era el mismo profesor de teoría.

La Universidad Obrera Nacional fue creada en 1952 al egresar los primeros técnicos de las Escuelas Fábricas.

Como se puede apreciar el sistema era un todo armónico que permitía a los trabajadores, fundamentalmente a los obreros manuales, estudiar carreras técnicas, sin limitación de horizontes, en función de sus propias expectativas, de las necesidades del aparato productivo nacional y de la realidad socio-económica familiar. Existían Escuelas Fábricas para hombres y mujeres.

En este sistema se compatibilizaba, fecundándose mutuamente, la práctica real de la producción, manual o no, con la preparación teórica ligada a esa experiencia.

Al mismo tiempo como corolario de la situación de enfrentamiento de la Universidad liberal y antinacional con el Movimiento, se eligió el camino de construir nuevas instituciones como la CNAYOP en lugar de modificar las existentes ya que con ello se evitaba el desgaste del enfrentamiento frontal y se flanqueaba al enemigo, acorralándolo.

Es interesante transcribir aquí algunos conceptos vertidos por el General Juan Domingo Perón en relación con el sistema que estamos analizando.

Al inaugurar la Universidad Obrera Nacional, decía:

“La formación de universidades de carácter técnico en el país presupone, no solamente la formación de un técnico, sino también la conformación de un ciudadano de la Nueva Argentina. Por esa razón, yo alabo las palabras que termino de escuchar del compañero Conditi, las alabo porque el fin de la ciencia y el fin de la cultura es la virtud. Las consecuencias de no haber

practicado la virtud en las esferas de la cultura y de la ciencia, las estamos observando hoy en los resultados palpables que el mundo nos ofrece. La ciencia y la cultura deben servir a las virtudes de los hombres y de los pueblos, si no serán siempre mal empleadas”.

“Lo que queremos, en esta Nueva Argentina, es que la ciencia y la cultura sean del pueblo y que el pueblo esté forjado por hombres que amen a los hombres y no que preparen su destrucción o su desgracia”.

“La Cultura, que es el pan del espíritu y el pan de la inteligencia, no se le puede negar a ningún hombre del pueblo en un país que se sienta civilizado”.

“Fue entonces, en 1944, cuando lanzamos la primera disposición estableciendo la organización de la mano de obra y de la capacitación técnica para la industria argentina. Fue entonces, que pensamos en que nuestros obreros no habían de formarse más en el dolor del taller o en el abuso patronal de los aprendices de otros tiempos, explotados y escarnecidos, en los lugares mismos de trabajo que ellos deben amar y enaltecer”.

“Fue allí, también, cuando dijimos: No es posible que un operario estudie para ser y para morir operario. Es necesario abrir el horizonte a la juventud que trabaja, porque ella es la que constituye la grandeza y afirma la dignidad de la República Argentina; es necesario abrir el horizonte a la juventud, poniendo en cada mochila un bastón de mariscal”.

“Por esa razón se ha estructurado todo un escalonamiento en la concepción general de la Universidad Obrera Nacional. Esta Universidad que cuenta con un ciclo elemental y con un ciclo medio, debía tener un ciclo superior”.

“Por eso queremos que esta Escuela, que nace con nuestras propias orientaciones, sepa que en la vida, ni la ciencia pura tiene valor alguno si no se la somete a la aplicación” .

“Y estoy seguro que la Nueva Argentina será de esos trabajadores, de esos que sepan capacitarse mental y físicamente, como manualmente, en la ejecución de todos los trabajos. La Argentina del futuro ha de ser de esos hombres; por eso, quizás, hoy estemos colocando la piedra fundamental de una Nueva Argentina que todavía no conocemos”.

“Por eso, compañeros, si yo hubiera de fijar el rumbo en la ejecución de las tareas docentes de esta casa, solamente daría una directiva de muy pocas palabras: tenemos que formar, primero, hombres buenos y del pueblo. En segundo lugar, formar trabajadores, sobre todas las demás cosas. Y en tercer lugar, formar hombres patriotas, que sueñen con una Nueva Argentina en manos del pueblo, como instrumento del pueblo para labrar la grandeza de la patria y la felicidad de ese mismo pueblo”.

Al terminar el Primer Ciclo Lectivo:

“La creación por parte del Estado de la educación y de la instrucción técnica en aprendizaje y orientación profesional es un ensayo contra la posibilidad de que la técnica pueda avasallar al hombre, poniéndolo en toda su importancia, con la experiencia de su sufrimiento, frente a una fuerza que, cuando se desarrolla, lo avasalla todo y para que el que ha sufrido y sentido en carne propia el avasallamiento de la técnica sobre la humanidad piense siempre que él es un instrumento del destino del hombre y no un instrumento del destino de la técnica”.

“Yo sé que de esta organización han de salir hombres que comenzaron trabajando en los talleres, que conocen qué es el trabajo, y que, después de haber sufrido el esfuerzo de ese trabajo y de haberlo concebido con realidad, van a los estudios superiores a capacitarse para concebirlo mejor y realizarlo más acabadamente. Eso es lo que queremos para todos los argentinos. Anhelamos que los argentinos sean capaces de crear y sean capaces de realizar”.

“Yo quería en este aspecto que la enseñanza no fuera ideal ni teórica sino real y práctica, y la única manera de alcanzar ese objetivo era haciendo que nuestros trabajadores se capacitaran y llegaran a tomar la dirección de la propia industria”.

En la concepción de la UON podemos señalar los siguientes contenidos doctrinarios:

1. No existe más que una sola clase de hombres: los que trabajan.
2. Tanto la cultura como la ciencia son elementos al servicio del pueblo y esgrimidos por las manos del pueblo.
3. El trabajo, como fuente de la educación, permite pasar de la praxis a la teoría, y de nuevo a la realidad mediante la elevación del nivel conceptual dado por la educación a partir de la práctica. La coexistencia del trabajo con un régimen educativo para los que trabajan no es pues un simple remedio social sino parte indivisible de la educación.
4. El concepto integral de la cultura, como conjunto de actividades teóricas y prácticas realizadas por el hombre en el trabajo, en la familia, en el esparcimiento, en el barrio, en la educación, etc. En ese marco el trabajo es una actividad cultural que condiciona e interacciona el resto de sus actividades.
5. Concepción centralizada y ejecución descentralizada.
6. Relaciones específicas y personales entre el educador y los educandos a través del conocimiento fáctico de la realidad aportada por estos y la teorización, inducida por aquel, en un marco de fecundación mutua.

III. Condicionamientos coyunturales en el momento original

La implementación del sistema educativo descripto quedó condicionada en su realización por las necesidades del aparato productivo nacional en esa etapa y por la situación respecto al mecanismo heredado.

Al finalizar la segunda guerra mundial se hizo necesario consolidar e impulsar la industrialización comenzada, evitando lo ocurrido al término de la primera guerra, cuando el imperio logró desarticular la incipiente industria. En el proceso de desarrollo se eligió un camino que pasaba por la incentivación de las manufacturas livianas, como parte de la política de ensanchamiento del mercado interno, y un desarrollo armónico de la industria pesada a partir de la construcción de su mercado nacional.

Se hizo necesaria entonces una rápida capacitación de mano de obra, de técnicos y de ingenieros, para manejar las fábricas, que surgían por doquier, ligadas a la fabricación de manufacturas de consumo y de bienes semi-durables.

El sistema educativo siguió el proceso de transformación industrial hasta

que, al entrar en la etapa de desarrollo tecnológico y de creación de la industria pesada, se cortó tanto ésta como las modificaciones en la educación por el golpe de 1955.

De esa forma ambos procesos se congelaron o retrocedieron ya que estaban en colisión con las necesidades de la burguesía compradora y del imperio.

Todo el sistema de educación técnica fue vaciado o eliminado después de 1955.

Algunas cosas se destruyeron, otras se congelaron o se las vació de contenido dejando solamente la forma. De esa manera hoy el remanente del sistema educativo implementado en ese momento está al servicio de la copia técnica y de la producción bajo intereses no nacionales, reservando a los técnicos solamente el papel de administradores para lo cual tampoco se los prepara.

IV. El proceso de vaciamiento de la Universidad Obrera Nacional

Los primeros alumnos de la Universidad Obrera Nacional eran, en su mayoría, técnicos industriales con varios años de ejercicio, que deseaban continuar estudiando y habían visto cortadas sus posibilidades por el sistema universitario tradicional. El resto del estudiantado estaba conformado por los recién egresados de las Escuelas Fábricas y algunos técnicos de las escuelas industriales de reciente graduación. En general todos estaban fuertemente ligados a la realidad productiva.

El temprano estado de evolución de la institución y cierta confusión en sus dirigentes llevó a que, en la práctica, los integrantes de la Universidad no se autovisualizaran como agentes de un profundo cambio doctrinario en la concepción de la educación y de la cultura, viéndose en cambio como participantes de un mecanismo distinto que les permitiría competir, como profesionales liberales, con los ingenieros de las Universidades tradicionales.

Por ello la lucha que emprendieron después de 1955 tendió a buscar la equiparación formal con las Universidades tradicionales y no la profundización del contenido original.

Ayudó a esa situación la renuencia o desconfianza que provocaba en los lugares de trabajo la presencia de hombres que pocos años antes eran obreros manuales y pretendían capacitarse para funciones directivas.

La situación de los docentes era similar ya que, en su mayoría, provenían de los niveles bajos o intermedios del aparato universitario tradicional, donde no tenían perspectivas ciertas de progreso dada la alta relación alumno-docente, con la aspiración de lograr un status social similar al de los docentes de la Universidad tradicional, participaron en la lucha por la equiparación sin preocuparse demasiado por el contenido.

A la situación antedicha debe agregarse el rechazo por parte de la clase media y de quienes conducían la Nación, a todo lo creado por el Gobierno Peronista, y los intereses de los ingenieros civiles afectados por la presencia de serios competidores en el área de las construcciones de obras.

Se planteó así la posibilidad de que desapareciera la institución y la consiguiente movilización de sus integrantes para que ello no ocurriera, a cual-

quier costo, inclusive como ocurrió, a costa de su contenido: se terminó visualizando la UON como un remedio social para que estudiara aquel que tenía la *desgracia* de tener que trabajar.

Esa lucha culmina durante el gobierno del Dr. Frondizi. En el marco de la discusión por la enseñanza privada, se negocia el status actual al precio de que su acceso no estuviera restringido a los técnicos sino abierto a bachilleres, maestros, peritos mercantiles, etc.

Esto no es nocivo tanto por sí, como por las consecuencias de no haber creado mecanismos de complementación para una formación que los nuevos ingresantes no poseían.

Al mismo tiempo y debido al mismo hecho se produce una deformación importante, ya que los no técnicos tienen pocas posibilidades de trabajar en la especialidad.

A esto debe agregarse la situación económica del país donde es un privilegio no sólo trabajar en la especialidad sino hasta trabajar.

Para entender acabadamente la situación actual debemos agregar la explosión de la población estudiantil que se duplicó en dos años (1971/72) y el inmovilismo conceptual y metodológico en que se ha mantenido la Universidad Tecnológica a partir de su vaciamiento en contenido operado en 1958.

V. Algunas realidades actuales de la U.T.N.

1. Estudia en ella el 50 % del estudiantado de ingeniería del país.
2. Egresan anualmente casi el 35 % de los ingenieros del país y la tasa es creciente.
3. La procedencia del estudiantado es de clase trabajadora pero con fuerte inserción mental en la clase media baja, tendiendo a igualarse con el estudiantado de las Universidades tradicionales.
4. Conserva formalmente varias de las características originales de la Universidad Obrera Nacional.
5. Las relaciones entre docentes, entre ellas y los alumnos y entre estos, no están estereotipadas, siendo distintas y más profundas que las que se dan en las Universidades tradicionales.
6. Tiene estructura nacional y está adecuada regionalmente.
7. Sus recursos materiales se utilizan solo 4 horas nocturnas por día y los recursos humanos se dedican a actividades, en otros ámbitos, fuera de ese horario.
8. Existe una fuerte relación entre el aparato productivo regional y la Universidad, no a nivel estructural, pero sí a través de sus alumnos y profesores.

Estas características marcan las diferencias que brindan posibilidades de desarrollo político con mayor facilidad que en las Universidades tradicionales, ya que puede ser pivote de transformación en:

1. La conciencia política de sus integrantes.
2. El aparato productivo de cada región.
3. El desarrollo de tecnología nacional.
4. Las relaciones entre el aparato productivo, la comunidad, la Universidad y el habitat común de la región.

VI. Algunos aspectos a tener en cuenta

1. El aspecto doctrinario no es modificable, en la medida en que el enfoque de la UTN se haga, como hasta 1955, en el marco global del acceso de los trabajadores a la educación en todos sus niveles. Ello lleva a considerar la posibilidad de recrear el sistema de aquel entonces pero ahora a partir de la Universidad y bajo realidades regionales bien concretas. Sigue entonces con plena validez el marco conceptual esbozado en el punto II.

2. La implementación debe tener en cuenta el cambio de la realidad productiva, política y social. En el primer sentido debemos observar que el problema actual es la Reconstrucción y Liberación Nacional la que abarca tanto la realidad productiva como la creación tecnológica y radicales cambios en los métodos de administración y conducción fabriles. Es también la necesidad de desarrollo de industria pesada, la exportación de manufacturas y la conservación del habitat. Todo esto marca la necesidad de profundizar los niveles de concepción teórica respecto a la actual pero siempre bajo la óptica de que el conocimiento solo es operativo cuando emana de la realidad.

3. El cambio en la conciencia de los integrantes debe darse a través de mecanismos de participación en los problemas reales de la región que deben ser ineludiblemente mecanismos de masas. Para ello las Facultades Regionales no deben ser mecanismos de transferencia de conocimientos envasados sino que deben participar integralmente de la vida de la comunidad de su región mediante la permanente prestación de servicios a la comunidad, a la industria y al agro de la zona en los niveles de pequeña y mediana explotación o en el nivel de las empresas estatales.

4. Los aspectos mencionados precedentemente sólo son implementables en la medida que las características reglamentarias del estudio en la UTN conserven las restricciones originales de:

- a) Trabajar en la especialidad.
- b) Ser técnico en la especialidad.
- c) Clases tipo seminario.

Razones de índole práctica y la realidad socioeconómica de esta etapa indican que ello no es logable en plenitud y en algunas Facultades Regionales ni siquiera aproximadamente.

El no cumplimiento de dichos supuestos implica falencias ciertas en la formación y entonces se hace necesario crear mecanismos correctivos para los no técnicos o bien para aquellos que no trabajan en la especialidad tales como currícula especiales y/o participación en los mecanismos de prestación de servicios etc.

5. El conjunto de medidas necesarias para cambiar el contenido de la educación en la UTN tiene dos etapas. La primera de ellas requiere modificaciones en la enseñanza de la ingeniería en las Universidades tradicionales, lo que hoy es factible de lograr como no lo fue en la primera etapa de Gobierno Peronista. Medidas de tal tipo serían, por ejemplo, permitir, mediante modificaciones del horario en las Universidades tradicionales, el estudio de los no técnicos que trabajan. De esa manera la UTN quedaría reservada para los técnicos, trabajen o no, y para los últimos el problema es solucionable.

En consonancia con esta primera etapa es factible lograr ciertos cambios en los contenidos, fundamentalmente en el área del ciclo cultural el que deberá modificarse con vistas a lograr una formación integral del alumno y un profundo conocimiento de la historia y de la realidad nacional.

La modificación a fondo de los contenidos no es lograble en la actualidad en el grado necesario debido a la formación de los profesores. Caemos así en la segunda etapa para la que se hace necesario crear la carrera docente con un triple objetivo:

- a) Formación temática (¿qué enseñar?).
- b) Formación pedagógica (¿cómo enseñar?).
- c) Formación política (¿para qué enseñar?).

La carrera docente, que para nosotros se hace necesaria por el tercer objetivo, resultaría apoyada por diversos sectores tecnoburocráticos en función de los dos primeros objetivos y rechazada por algunos sectores docentes por vulnerar sus intereses.

6. En el aspecto regional pensamos que cualquier modificación sería irrelevante si se conserva la actual situación de la Facultad Regional Buenos Aires con 12.000 alumnos desparramados en 9 edificios.

En esa situación y ubicada la FRBA en el centro de la ciudad no se da ninguna de las condiciones que llevan a una real integración de la institución con su medio.

Sería necesario modificar radicalmente la situación dividiendo la FRBA en cuatro o cinco institutos ubicados en el conurbano o en la capital pero cerca de la provincia. En cada uno de estos institutos podrían agruparse las carreras afines tales como:

- a) Mecánica - Metalúrgica - Naval.
- b) Electrónica - Eléctrica.
- c) Química - Textil.
- d) Construcciones.

Los laboratorios de especialidad podrían agruparse funcionalmente y los laboratorios de física y química, comunes a todos, desdoblarse dado que su equipo es de menor costo específico.

Un sistema de agricultura en el Tucumán prehistórico

Dante R. Soria

1. Introducción

La arqueología, como disciplina antropológica, no puede eludir su compromiso con la realidad socio-cultural del presente a riesgo de convertir su exploración del pasado en un mero ejercicio disciplinario, capaz de reconstruir el pasado pero socialmente intrascendente.

Las modernas exigencias científicas y sociales imponen al arqueólogo y a la arqueología una nueva actitud, basada en la funcionalidad social de los conocimientos, que hace necesario un replanteo de los fines y objetivos disciplinarios.

A nuestro entender la arqueología, comprometida con una realidad social, la de su entorno, deberá expresar su funcionalidad en términos de contribución a la formación de una doctrina local o regional del desarrollo y a la ejecución eficiente de nuevas tareas y actividades.

A esta nueva actitud de la arqueología respondemos en parte con esta nota que tiene por objeto presentar un original y avanzado sistema de agricultura practicado en la prehistoria por los primitivos habitantes del Sur de la provincia de Tucumán, cuya aplicación en el presente podría contribuir en alguna medida al mejoramiento de la economía de los pobladores de una amplia zona de esta provincia.

El trabajo conjunto de arqueólogos y especialistas en paleo y etnobotánica ha permitido establecer recientemente la existencia, en nuestro continente, de un proceso de domesticación de vegetales y de desarrollo paralelo de la

agricultura totalmente independiente de influencias alóctonas, cumplido sobre vegetales de indudable origen americano. Este proceso, con un desarrollo más o menos similar y cierto sincronismo, habríase cumplido en varias regiones de América denominadas áreas de domesticación entre los 9.000 y 3.000 años antes de nuestra era. De su culminación, ocurrida entre el 3.000 y 2.000 a. C., habría resultado la obtención de un complejo alimentario de base vegetal. A partir de entonces los vegetales o los conocimientos acerca de su cultivo y aprovechamiento habríanse difundido desde los centros de domesticación hacia nuevas y cada vez más amplias regiones geográficas.

Los variados vegetales obtenidos mediante el proceso de domesticación, distintos según el área de procedencia, maíz, poroto, zapallo y otras cucurbitáceas como la calabaza o anco y las calabazas de cuello curvo y averrugada, batata, mandioca, maní, quinoa, ají, tomate, papa y otros tubérculos como la oca, el ulluco etc., integrantes de un rico y variado complejo alimentario, al asegurar la subsistencia de los grupos humanos prehistóricos sobre la posibilidad de la producción de alimentos, favorecieron e hicieron posible la aparición de profundas transformaciones en los patrones culturales de estos grupos primitivos.

El proceso de invención de la agricultura y de domesticación gradual de los vegetales —denominado por algunos autores “revolución agrícola”, “revolución de la producción de alimentos”— permitió primero, la semisedentarización, luego la aparición de aldeas y poblados agrícolas sedentarios, más adelante, con el progreso de la agricultura y de los recursos técnicos, la aparición de nucleamientos urbanos y finalmente, con los nuevos sistemas de producción y transporte, la formación de los centros estatales y expansivos.

Los sucesivos estadios alcanzados en el avance gradual de la agricultura y de la tecnología a ella aplicada, pueden ser caracterizados por tipos o sistemas progresivos de agricultura que llevan aparejados cambios sociales, políticos y demográficos correlativos en la estructura de las sociedades prehistóricas.

Wolf y Palerm,¹ en estudios realizados para Mesoamérica, sobre bases etnográficas, etnohistóricas e investigaciones arqueológicas, han establecido la existencia de distintos sistemas agrícolas, representante cada uno de ellos de estadios sucesivos de desarrollo de la agricultura aborigen en estrecha relación con formas progresivas de estratificación social, organización política y densidad demográfica.

Según los autores citados, el Cultivo de Roza, que consiste en desmontar por tala y quema la cantidad de tierra requerida para la subsistencia de una familia —aproximadamente una hectárea y media—, sembrada luego con ayuda del bastón o palo plantador, aparece un estado de semisedentarización, de trashumancia tras la tierra debido a que el agotamiento de la parcela por el cultivo continuado obliga a un nuevo desmonte al cabo de tres o cuatro años y va ligado a una organización socio-política sin estratificación ni jerarquías definidas.

El Cultivo de Barbecho, similar en líneas generales al anterior pero que permite la reocupación de la tierra en descanso en un plazo menor e incorpora “el calmil” o huerta inmediata a la casa que se abona y se cultiva en forma permanente, al permitir la sedentarización hace posible, junto con una

mayor densidad de población, la formación de nucleamientos sociales y políticos de carácter estable con estratificación social y jerarquías incipientes.

Finalmente, siguiendo el análisis de los mismos autores, el sistema de regadío caracterizado por el cultivo intensivo bajo riego controlado, estableció las condiciones óptimas para el desarrollo urbano en Mesoamérica al permitir el incremento extraordinario de población y la organización de comunidades concentradas.

La mayor cohesión social producida por este sistema, conocido también como “agricultura hidráulica”, junto con la formación de un poder eficiente para organizar y controlar el sistema y el trabajo colectivo necesario en la construcción y mantenimiento del mismo, fueron aparejando una clara estratificación social y el predominio de una clase o grupo dominante, echando de este modo las bases para la formación futura de los rígidos estados totalitarios teocráticos y militaristas.

Hemos reseñado los tres tipos de agricultura que con sus implicancias socioculturales, Wolf y Palerm han establecido para Mesoamérica, convencidos —no obstante el grado primario de nuestros estudios— de que el sistema de agricultura en bancales descubierto en el Sud de la provincia de Tucumán, podría representar un nuevo estadio o etapa intermedia del desarrollo agro cultural prehistórico, susceptible de incorporarse en la taxonomía propuesta por los autores citados.

Indudablemente, el Noroeste Argentino no fue ajeno a un desarrollo de la agricultura como el que hemos descripto someramente en la primera parte de esta nota; investigaciones arqueológicas realizadas por especialistas han puesto en evidencia la existencia de prácticas agrícolas en las culturas del Noroeste, no obstante no estar orientados específicamente los esfuerzos de las investigaciones en este sentido.

El interés por la etnobotánica, por la agricultura y por el progreso de desarrollo cumplido por ésta a través de la prehistoria con todas sus implicancias socioeconómicas, políticas y culturales, es reciente y sirve para caracterizar una nueva corriente dentro de la arqueología.

Compenetrados de la importancia de este enfoque para la reconstrucción del desenvolvimiento socio-cultural prehistórico de nuestra provincia, intentamos a través de esta nota preliminar, destinada a presentar el sistema agrícola prehispánico descubierto en el Departamento de Graneros, un primer acercamiento al tema de la agricultura indígena proponiendo, no obstante hallarnos en la etapa inicial de nuestros estudios, una interpretación para los concomitantes socio-culturales del sistema de agricultura que presentamos.

Durante nuestras investigaciones arqueológicas, desarrolladas en el Departamento de Graneros sobre un extenso sector del faldeo oriental de la Sierra de los Llanos próximo a la localidad de Huasa Pampa Sud, fueron localizados los restos de un complejo cultural prehistórico extendido irregularmente en casi toda la superficie del área investigada.

La singularidad e importancia del complejo cultural descubierto reside, a los fines de nuestros estudios y del presente trabajo, en el hecho de que los grupos humanos prehistóricos que lo construyeron y habitaron hayan ex-

plotado para su subsistencia un originalísimo sistema de agricultura cuya descripción e interpretación constituye el tema central que motiva la presente nota preliminar.

2. Medio geográfico

Geográficamente la región de los hallazgos es la ladera oriental de la *Sierra de los Llanos* la que representa en el extremo Sudoeste del territorio de nuestra provincia, el último y más oriental cordón de las Sierras del Aconquija. Extendida de Norte a Sur la Sierra de los Llanos presenta hacia el Oeste, en razón del movimiento en que se origina, una pendiente breve, abrupta, que contrasta visiblemente con la de su lado oriental suavemente prolongada hacia la llanura del Este, de la cual la separa y une a la vez el ondulado y decreciente perfil del sector pedemontano. El paisaje de la ladera, intensamente trabajada en otro tiempo por la erosión y demás fenómenos modeladores del relieve, es la resultante de la integración alternada e irregular de las depresiones y elevaciones correspondientes a las quebradas, barrancos, hondonadas y a las dorsales, cuestas, filos o espolones respectivamente. En realidad, la formación de una extensa y por momentos intrincada red de drenaje hacia el naciente, constituida por las quebradas principales y sus numerosas tributarias, ha sido la causa principal de la morfología dominante en el paisaje.

La región, con un índice de precipitación media anual entre 600 y 700 milímetros, permanece seca casi las tres cuartas partes del año. Las quebradas más importantes, alimentadas por sus incontables subsidiarias, se abren camino hacia el llano originando cauces de arroyos de muy breve recorrido que sólo conducen agua en las grandes lluvias del verano. Hacia fines del verano y comienzos del otoño afloran en las quebradas, las vertientes enriquecidas por las aguas subterráneas del estío alimentando pequeños arroyos que no llegan a trasponer el límite del piedemonte, perdiéndose en el suelo arenoso y permeable.

Una vegetación de *Selva Basal*, algo desnaturalizada quizás por el índice menor de precipitaciones en la zona, se extiende sobre el faldeo y ha sido la causa de que los restos arqueológicos hayan permanecido ignorados hasta el presente cubiertos por la floresta y enterrándose año a año por la deposición y otros fenómenos de acumulación.

3. Los restos descubiertos - Características

En octubre de 1969 realizábamos un reconocimiento de la región, comisionados por la Facultad de Filosofía y Letras, en busca de restos arqueológicos localizados en el sector cuspidal de la Sierra de los Llanos por nuestro informante y guía en aquella ocasión, profesor Celestino Orden. Mientras ascendíamos hacia la cumbre atrajo nuestra atención la presencia, con cierta regularidad sobre las mesadas y pequeños espacios poco inclinados de la cuesta que recorriamos, de lo que al parecer representaban alineamientos de piedras intencionados. Al detenernos para observar de cerca y metódicamente aquellos alineamientos, pudimos descubrir e identificar en ellos, construcciones de piedra de indudable origen prehistórico. Las construcciones des-

cubiertas y que en adelante denominaríamos “recintos”, se repetían regularmente sobre un patrón casi similar en todos los espacios más o menos planos u horizontales del área del faldeo reconocida en aquella ocasión. Consistían estas construcciones en recintos abiertos y cerrados, de dimensiones variables de acuerdo a las superficies disponibles, acompañados de otros alineamientos de piedra —generalmente clavados en el suelo o pircadas en dos o tres hiladas— destinados al parecer a terrazar y contener el suelo de la superficie enmarcada en la proximidad de los recintos.

Más adelante, ampliando nuestras observaciones sobre la ubicación de los recintos hallados, descubrimos en las quebradas y depresiones contiguas a la ubicación de los mismos, la existencia de otras construcciones levantadas en sentido transversal al recorrido de las depresiones. En estos nuevos restos creímos ver la presencia de pequeños diques y comenzamos a llamarlos así a partir de entonces. La conexión espacial entre recintos y diques pronto se nos hizo evidente. Nuevas investigaciones nos permitieron verificar y confirmar la repetición y regularidad de esta asociación en toda el área estudiada. Luego de nuestros primeros descubrimientos de 1969, iniciamos en los años subsiguientes el reconocimiento y estudio sistemático de la región, adquiriendo al poco tiempo la certeza de hallarnos frente a un importante y extenso *complejo cultural prehistórico* diseminado por todo el faldeo desde casi la base de la sierra hasta la proximidad de su sector cuspidal y cuya manifestación más evidente eran los recintos y diques estrechamente asociados en toda el área reconocida.

4. El sistema de agricultura en bancales

En nuestros primeros intentos especulativos por interpretar los restos descubiertos y su funcionalidad, atribuimos a las construcciones levantadas en el fondo de las quebradas y de otras depresiones el sentido de verdaderos diques destinados a represar el agua de consumo de los habitantes de los recintos próximos. Adjudicábamos conjeturalmente esta funcionalidad a nuestros llamados “diques”, considerando los datos hasta allí recogidos sobre el tipo constructivo usado, su asociación con los recintos y sobre las condiciones ecológicas de la región.

Más adelante, el estudio detenido y la exacta valoración de los datos reunidos y de las observaciones realizadas a lo largo de las investigaciones de campo cumplidas, nos llevaron a reconocer y definir, en el conjunto de los restos identificados como diques, la presencia de un sistema, perfectamente organizado, de agricultura en niveles aterrazados o bancales irrigados naturalmente.

a. Características del sistema

La agricultura en bancales es un sistema de cultivo que podemos caracterizar como agricultura intensiva de riego natural, practicada sobre superficies o niveles planos, escalonados, obtenidos por el aterrazamiento artificial del terreno en pendiente de las quebradas y depresiones similares.

Los bancales son estructuras levantadas para obtener superficies planas de suelo cultivable en terrenos inclinados; operan como espacio de recepción

y retención del material que en ellos se deposita. Se formaban elevando una pared o pirca transversal al eje longitudinal de la quebrada, superponiendo piedras o hiladas de piedra de diferentes tamaños, con preferencia de medianas a grandes, perfectamente asentadas y ajustadas entre sí, sin adición de mortero. Los bloques o sillares de piedras usados en la erección de la pirca a manera de muro de contención eran tomados del material depositado naturalmente en el fondo de las quebradas.

Construidos en las partes más bajas de las quebradas y depresiones menores subsidiarias de éstas, los muros, reemplazaban el terreno en pendiente de las mismas por grandes escalones separados entre sí por distancias variables. El largo de los mismos respondía al espacio de separación entre las laderas, mientras que su alto dependía del grado de inclinación de la pendiente de la depresión elegida para su erección. Las quebradas estrechas y con una inclinación mayor de 15° tenían muros cortos y altos, de 1 a 2,50 m de altura, mientras que en las depresiones más abiertas y poco inclinadas las paredes eran más largas y bajas, casi siempre por debajo del metro de altura.

Al planear cada bancal se buscaba construir el muro apoyado en el basamento rocoso de la montaña, tanto por su base, como por los costados y de manera que su espesor, variable pero siempre mayor a los 0,50 centímetros, respondiese al esfuerzo de contención calculado para el mismo. Para aumentar la resistencia de los muros se adicionaba un talud de piedras sueltas a su lado o cara interior al bancal formado.

Destinado a formar una superficie plana de suelo estable y cultivable, los bancales entraban en pleno funcionamiento hacia los meses de lluvias torrenciales del verano. Para esa época el material suelto de las laderas, cuevas y dorsales, procedente de la disgregación de la roca de la montaña por la acción de variados agentes, más los restos orgánicos de la cobertura vegetal, se escurría y era arrastrado por las copiosas lluvias, pendiente abajo, hacia los colectores y desagües naturales para desembocar en avenidas de arena, limo, arcilla y restos vegetales en suspensión por las quebradas subsidiarias y por éstas en las principales. El abundante material de deslave arrastrado por el agua al pasar por sobre los bancales y los muros de retención se detenía en parte y se depositaba hacia el lado interior de los mismos. De esta manera, progresivamente iba acumulándose en el espacio interior de cada bancal un suelo sumamente fértil, suelto y permeable formado por la deposición de capas de arcilla, limo y arenas cuya irrigación se producía de manera natural a la par de la acumulación por obra del mismo agente, el agua de las lluvias estivales.

Las especiales características del suelo obtenido por el inteligente sistema de bancales, reunía todas las condiciones requeridas para el desarrollo de una agricultura intensiva, altamente retributiva por metro cuadrado de superficie cultivada, superior por unidad de producción a cualquiera de los sistemas conocidos. Por otra parte, el riego y abonamiento natural del bancal todos los años por el depósito aluvial de ricos y nutritivos materiales, al asegurar cada año la fertilidad del terreno, hicieron posible su cultivo permanente, dado que no era necesario dejarlo en descanso y esperar el lento restablecimiento natural del suelo agotado por el cultivo continuado.

El sistema de agricultura en bancales, al proporcionar de una manera localizada tierra de cultivo permanente, favoreció la estabilidad de residencia de los grupos humanos prehistóricos que lo practicaban en la región y creó las condiciones para su sedentarización. Por otro lado el alto rendimiento del suelo, asegurando un volumen suficiente de producción agrícola, organizó la subsistencia de estos grupos en torno a un patrón alimentario de base vegetal en su mayor parte: así parecen confirmarlo los morteros y otros implementos destinados a la molienda de granos hallados en abundancia en las inmediaciones de los recintos o viviendas. Pero principalmente el funcionamiento pleno del sistema implicaba la concomitancia de importantes fenómenos demográficos y político-sociales, que no obstante el grado incipiente de nuestros estudios podemos conjeturalmente deducir de las características hasta aquí descriptas.

b. Concomitantes socioculturales del sistema

La explotación del sistema de agricultura en bancales y su rendimiento favorecerían, junto con la sedentarización, una mayor concentración demográfica, propicia y necesaria a la vez para la aparición de *una sociedad aldeana elemental* con cierto grado de estratificación social y organización política, estructurada en torno a una clase o grupo dominante con poder suficiente para coordinar y dirigir el trabajo colectivo necesario en la construcción, conservación y funcionamiento del tipo de agricultura que hemos descripto.

c. Consideraciones acerca de su origen

Hablar del probable origen de esta singular práctica agrícola resulta sumamente difícil, dado que nuestras investigaciones apenas si han comenzado sin superar aún el nivel primario por inconvenientes diversos derivados en su mayor parte de la precariedad de los medios con que contamos para realizarlas. Hasta el presente, el sistema de bancales tal cual lo hemos presentado, no ha sido localizado ni descripto en nuestro país por ningún especialista, en cambio sí han sido descubiertos y estudiados sistemas de agricultura en terrazas y andenerías con riego artificial en la región montañosa de casi todas las provincias que integran el Noroeste argentino. Sólo tenemos conocimiento de la existencia de un sistema similar practicado por los Mayas de la región montañosa del estado de Chiapas, México.²

Conjeturalmente podemos encarar dos posibilidades o hipótesis distintas; que el sistema fuese traído y aplicado en la región por un grupo procedente de otro centro o que se hubiese originado en una idea local. En el primer caso, es necesario suponer la existencia anterior de un centro de mayor o igual desarrollo de cuya existencia en el Noroeste hasta el presente no tenemos ninguna noticia. En el segundo caso, si la idea fue creación de un grupo asentado por generaciones y desde muy antiguo en la región, explotando determinados características ecológicas de ésta, debió originarse y desarrollarse localmente a partir de la observación y asociación de fenómenos naturales con hechos físicos resultantes cuya reproducción era posible en alguna medida para lograr el efecto perseguido. Si el descubrimiento de la idea generadora de los bancales y del sistema ocurrió de este modo, su desarrollo local, desde sus comienzos más simples con sus formas pro-

gresivas posteriores hasta el estadio alcanzado, se hallaría representado en la región por sus restos materiales y su conocimiento sería alcanzable por la investigación arqueológica.

La cerámica encontrada en el área de estudio puede atribuirse a las culturas conocidas como Aguada, Mercedes, Tafí y Ciénaga, correspondiendo a la primera la mayor cantidad, repartiéndose entre las otras el porcentaje restante, inferior a la mitad del total. El material analizado procede de un recinto sondeado interiormente y de recolecciones superficiales efectuadas en las inmediaciones de otros recintos de las cuevas, las que siempre fueron escasas en muestras debido a que el fenómeno de erosión es controlado por la cubierta vegetal de todo el faldeo. La erosión sólo se hace intensa sobre las sendas o caminos de herradura utilizados por los lugareños y la hacienda. La acción mecánica del pisoteo animal ablanda y afloja el suelo de las cuevas produciendo huellas de cierta profundidad que el agua de las lluvias ahonda aún más.

Aunque sobre un solo elemento de diagnóstico, en este caso la cerámica, no puede definirse una cultura y atribuirle la pertenencia de los restos hallados, podemos al menos sostener la presencia en la región, en un momento dado de nuestra prehistoria, de las culturas Aguada, Ciénaga, Tafí y Mercedes, a través de sus portadores o de influencias culturales directas, testimoniadas por la cerámica característica de cada una de ellas.

De acuerdo a la periodización y cronología establecida para el Noroeste argentino, de las cuatro culturas presentes en el área de estudio a través de sus rasgos ceramológicos, Tafí y Ciénaga serían las más antiguas datando su antigüedad de 3 siglos a de C, aproximadamente.

Mercedes, aún sin fechados absolutos, compartiría en alguna medida la antigüedad de las anteriores, perteneciendo las tres al período Agroalfarero Temprano o Formativo. La Cultura Aguada, asentada sobre las anteriores pertenece al Período Agroalfarero Medio; en ella se prolongan muchos rasgos, sobre todo decorativos y tecnológicos, de la Cultura Ciénaga, y se habría desarrollado entre el 300 y 800 de nuestra era.

d. Interpretación de los restos arqueológicos

Con los datos hasta aquí reseñados podemos formular un intento de interpretación, puramente conjetural, acerca del conjunto de los restos hallados en relación con los fenómenos de dinámica sociocultural que su existencia supone. Los restos, es decir los recintos y el sistema de bancales, tendrían una antigüedad anterior a nuestra era; la progresiva ocupación territorial y construcción de esos restos sería la obra de un grupo humano portador de una de las culturas agroalfareras tempranas, el que habría mantenido un activo intercambio cultural con las otras del período y extrañas al territorio.

Ya en nuestra era y coincidiendo con su expansión por casi toda la región montañosa del Noroeste argentino, los portadores de la cultura Aguada o grupos humanos fuertemente influenciados por éstos, habríanse extendido también sobre la Sierra de los Llanos reocupando los recintos y usufructuado en su provecho el sistema de bancales.

Nada puede decirse aún sobre la forma y el carácter de la situación de contacto establecida entre Aguada y los grupos anteriores, pero estudios recientes

acerca de la primera parecen confirmar la prevalencia en ésta de un espíritu belicista y cierta afición a las prácticas guerreras. Tanto por estas actitudes, exteriorizadas a través de los motivos decorativos de su cerámica, como por su expansión territorial, la cultura Aguada parece haber obrado presionada o bajo el fuerte influjo, por relaciones de contacto cultural directo o indirecto, de un centro estatal y expansivo formado en Wari-Tiahuanaco hacia el cuarto o quinto siglo de nuestra era. Dotado de una rígida organización teocrática-militarista el centro estatal de Wari-Tiahuanaco habría realizado conquistas militares en un extenso territorio que incluiría parte de Chile y del Noroeste argentino.

Hacia el 800 de nuestra era juntamente con el repentino eclipsamiento y desaparición del centro hegemónico tiahuanacota, desaparecen en todo el Noroeste las influencias de Aguada cediendo el lugar a la aparición y florecimiento de culturas regionales con nuevas características. De estas nuevas culturas regionales no hemos hallado restos en asociación ni en relación de proximidad inmediata con los recintos y bancales estudiados sobre el faldeo. En el piedemonte y comienzos de la llanura hemos descubierto restos arqueológicos de las culturas Sunchituyoc y Averías conectadas al complejo cultural Chaco-Santiagoño, perteneciendo la primera al período Agroalfarero Medio y la segunda al Agroalfarero Tardío extendido entre el 800 y 1.480 de nuestra era. El dominio de la cultura Averías extendido sobre el dilatado habitat de llanura debió perdurar hasta el ingreso de los primeros conquistadores españoles.

Nada sabemos acerca de cómo y cuando el sistema de agricultura descripto fue abandonado. Tampoco sabemos si otros grupos prehistóricos, aquellos que habrían reemplazado a los de la cultura Aguada en el tiempo y en el dominio territorial y luego los sucesores de estos, fueron o no capaces de comprender el sentido de los bancales, del sistema agrícola implicado en su funcionamiento y de organizarse para aprovecharlos manteniéndolos en explotación hasta los tiempos de la conquista. De haberse mantenido la práctica del sistema hasta los comienzos del período colonial, podríase conjeturar que el nuevo régimen de misiones y encomiendas introducido por la colonización dislocó el orden anterior y al extrañar al indígena de su habitat, cambiando totalmente la antigua relación de éste con la tierra, provocó el abandono y olvido del sistema.

5. Conclusiones

El sistema de agricultura prehistórica que hemos presentado fue a no dudar una excelente respuesta adaptativa elaborada por un grupo humano y su cultura frente a las particulares características ecológicas planteadas por su habitat. Enfrentados a condiciones climáticas muy similares a las actuales, los tempranos pobladores del faldeo oriental de la Sierra de los Llanos en el extremo Sudoeste de nuestra provincia, aprendieron a servirse de la especial configuración topográfica del terreno para realizar sus cultivos sobre un suelo sumamente fértil aprovechando al máximo toda el agua que el régimen de lluvias estivales proporciona a la región.

Los pobladores del sector llano inmediato a la sierra de nuestros estudios practican en la actualidad una agricultura que podemos caracterizar como

extensiva de secano y a temporal. Tanto el sistema como los implementos utilizados en la labranza representan la herencia secular de técnicas autóctonas introducidas por la colonización europea. Creadas para otro medio ambiente estas técnicas no responden a las actuales condiciones ecológicas de la región, de aquí que al recorrerla con cierta frecuencia a lo largo de nuestras investigaciones hayamos podido comprobar el reiterado fracaso de siembras de secano y a temporal por falta de la humedad necesaria, mientras que el otrora floreciente sistema de bancales, adecuada y eficaz respuesta al medio, yace bajo la vegetación del faldeo completamente inútil y desconocido hasta para los mismos pobladores de la región.

Buscando responder a las nuevas exigencias planteadas a nuestra disciplina por el desarrollo, tal cual lo expusiéramos en la introducción de esta nota, y a la necesidad de contribuir funcionalmente a la realidad social de nuestro entorno, nos hemos propuesto, como uno de los objetivos primordiales de nuestra investigación, la tarea de descubrir y rescatar del pasado todas aquellas opciones en el desenvolvimiento cultural prehistórico cuya aplicación pueda significar un aporte para la solución de los problemas económicos y sociales del presente.

Considerando las nuevas posibilidades ofrecidas para la agricultura de la región por el sistema que describiéramos y la viabilidad de su aplicación previo estudio, hemos querido presentar brevemente a través de esta nota preliminar de nuestros estudios sobre la agricultura prehistórica en Tcumán, el original sistema agrícola de cultivo en bancales de riego natural, pretendiendo cumplir de esta forma en alguna medida con los objetivos de proyección en el medio que nos propusiéramos.

Notas

¹ Wolf, Eric y Palerm, Angel, "La agricultura y el desarrollo de la civilización en mesoamérica", *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, vol. I, nº 2, Unión Panamericana, Washington, 1961.

² Guzman, Louis, "Las terrazas de los Antiguos Mayas Montañeses", Chiapas, México, en *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, vol. I, nº 3, Unión Panamericana, Washington, 1962, págs. 398-406.

Bibliografía

Pedro Armillas, *Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica*, en *The Civilization of Ancient America*, XXIXth. International Congress Of Americanist, The University of Chicago Press, Chicago, 1951.

Gordon V. Childe, *Qué sucedió en la Historia*, Leviatán, Buenos Aires, 1960.

R. S. Mac Neish, *The Origin of American Agriculture*, Antiquity, vol. XXXIX, Cambridge, England, 1965.

Robert Redfield, *El Mundo primitivo y sus transformaciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

Julian Steward, *Cultural Causality and Law: A trial formulation of development of early civilization*, en *American Antropologist* nº 51, págs. 1-27.

Gordon R. Willey, *An Hypothesis on de Process of Mesoamerican Development*, en Volumen homenaje a Fernando Marques-Miranda, Universidades de Manrid y Sevilla, Madrid 1964, págs. 378-387.

Karl Wittfogel, *Aspectos del Desarrollo de las Sociedades Hidráulicas*, en *Las Civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América*. Estudios Monográficos, nº 1, Unión Panamericana, Washington, 1955.

Karl Wittfogel, *Oriental Despotism*. Yale University Press, New Haven, 1957.

Estado, Gobierno y Sociedad

Juan Domingo Perón

Discurso pronunciado por el General Perón ante un núcleo de escritores asociados a la Confederación Argentina de Intelectuales y que fuera publicado en **Hechos e Ideas**, nº 77, agosto 1950.

En primer término, les agradezco la amabilidad que han tenido de llegar a esta casa para brindarme la inmensa satisfacción, por lo menos de vez en cuando, de estrecharles la mano.

Dentro de nuestro movimiento, señores, es indudable que, en vía de realizaciones, nosotros hemos seguido métodos más o menos reales en la organización, pero nos hemos ocupado muy poco, hasta ahora, de la divulgación de nuestra doctrina de una manera analítica.

Yo siempre pienso que estas reformas necesitan de dos clases de hombres: de los hombres de acción, que son los que las realizan, y de los hombres de concepción, que son los que las explican y las divulgan. A su vez, la combinación de esas dos clases de hombres da origen a otros tantos métodos, que son: el ideal y el real.

Cuando recorro mi biblioteca, en la que tengo más de veinte tomos de la enciclopedia francesa, pienso en la maravillosa tarea que tuvieron que emprender los hombres que prepararon la revolución francesa, los que no previeron que se les aparecería Napoleón de por medio y que le devolvería al imperio todas las ideas explicadas en la enciclopedia. Pero en nuestro movimiento ocurrió lo contrario; nosotros teníamos sólo hombres empíricos; nadie había explicado ni tomado la concepción de la revolución, y por eso empezamos a andar a tumbos tan pronto como nos hicimos cargo del gobierno.

Yo, profundamente revolucionario, pensaba en una serie de reformas y fui el primer enemigo del gobierno de la revolución, a pesar de formar parte de él. Es decir, yo en realidad no estaba en contra. Nuestra revo-

lución podría haber llevado a todas nuestras revoluciones al diablo, como decimos nosotros, porque sin una concepción, sin una idea que rija la actividad revolucionaria, las revoluciones fracasan irremisiblemente. El sistema que yo he seguido en esto —y digo yo, porque en realidad fui quien encarnó una idea racional del movimiento—, fue el de ir haciendo las cosas y explicarlas después. E hicimos esto porque necesitábamos mucho tiempo para concebir, planificar, organizar y después hacer. Se tarda demasiado tiempo, y los acontecimientos marchan a paso acelerado. Eso nos llevó a nosotros a decir que la concepción que teníamos sobre un movimiento y sus reformas era, primordialmente, hacer esas reformas y, posteriormente, explicarlas, como decía Alejandro el Grande: “Yo ocupo el terreno; mis abogados después dirán por qué”.

Necesitamos conductores y predicadores

En esta revolución hay que hacer un poco así: primero, ir, y, después ya vamos a ver los medios que van a explicar, porque lo primero que tenemos que hacer es presentar el hecho, realizar la tarea y, posteriormente, consolidarla. Para el primer momento necesitamos conductores; hombres de acción; para la segunda tarea se necesitan predicadores, para la consolidación, para convencer por la persuasión. Por eso he sido más bien partidario de un método real: realizar. Ahora, después explico cuál fue la idea que llevó a esa realización. Para demostrar necesitamos un gran número de predicadores. Después de hechas las cosas se encontrarán muchas razones, siempre que hayan salido bien. Y hasta ahora vamos bien. Es como ese hombre que se cae de un décimo segundo piso y al pasar por el tercero le preguntan cómo va, y dice: “Hasta aquí muy bien”.

Pero el punto de partida de nuestra concepción realizadora fue ese y se explica con la simplicidad con que se explican siempre las cosas simples que son las que se hacen; las complicadas son las que no se hacen.

En este sentido hay una concepción de la doctrina y estamos en eso trabajando. Es por eso que me felicito de estar en presencia de todos los señores, porque nosotros hemos lanzado ya, hace tiempo, la idea de la necesidad de ir predicando, de ir predicando nuestra doctrina, que ha salido ya, diríamos, de las fuerzas primarias de la prédica: “Los misioneros de Perón”, como se llaman los obreros, porque mi acción ha sido primero ahí y creo que todo el movimiento ha de cristalizarse desde ahí.

No hemos podido todavía invadir, diríamos así, algunos horizontes, especialmente el de los intelectuales. Entendemos bien que esta revolución se transformará, pero que las obras de arte que promueva quedarán. Así como desde Pericles hasta nuestros días la vida es corta, pensamos que también hemos de llegar al arte, hemos de llegar a todas esas manifestaciones que harán eterna quizá nuestra doctrina, que no será eterna en los hechos pero sí será eterna en los recuerdos.

Estamos en claro sobre todas esas cosas pero hemos preferido ocuparnos un poco de la vida material, porque el mundo vive en estos tiempos una

vida más material que otra cosa. De manera que hemos preferido dar a cada cosa su importancia atendiendo a los medios principales, es decir, los objetos principales con los medios principales; y a los objetivos secundarios, con los medios secundarios.

No quiere decir que yo infravalore la importancia de la prédica de nuestra doctrina que ahora es más importante que todo lo demás, porque todo lo demás está hecho, pero la persuasión debe venir por la persuasión colectiva que he empezado con los misioneros de Perón. Pero ahora necesito a los predicadores de nuestra doctrina.

En ese sentido he pensado realizar este año algunas conferencias sobre aspectos de la doctrina. Nosotros hemos dividido, diríamos así, la tarea de nuestra realización en tres grandes sectores; lo que llamamos nosotros nuestra doctrina; lo que llamamos nuestra teoría; y lo que llamamos las formas de ejecución.

¿Qué entendemos por la doctrina? La doctrina es una síntesis que no es necesario enseñar, que es necesario inculcar, que se puede inculcar y que estamos inculcando al pueblo.

La teoría es un conocimiento general del desarrollo de esa propia doctrina y que se puede enseñar y que estamos enseñando despacito, como se debe enseñar al pueblo: repitiendo, repitiendo, repitiendo, hasta enseñar.

Las formas de ejecución son casualmente la planificación y la realización de esa doctrina a través de esa teoría que inculcamos primero, y que enseñamos después. Al realizar vamos desglosando todas esas formas de ejecución.

Ya hemos hecho, nosotros, diríamos así, la concepción sobre la filosofía de la acción.

En eso hemos llegado a la concepción casi sintética. Nosotros no necesitamos nada más que eso. Ya se encargarán ustedes y todos los que nos sigan, del análisis; para nosotros los que marchamos rápidamente y no podemos detenernos, eso es suficiente. Por otra parte, está lejos de nuestras posibilidades de tiempo y aun de capacidad. El análisis profundo lo tienen que hacer ustedes y los demás argentinos, que poseen más capacidad y talento para poder realizarlo.

La doctrina peronista

En esto tenemos todavía mucho que hacer. Hemos dado una doctrina, que no hemos extraído de nosotros sino del pueblo. La doctrina peronista tiene esta virtud, que no es obra de nuestra inteligencia ni de nuestros sentimientos; es más bien una extracción popular, es decir, que hemos realizado todo lo que el pueblo quería que se realizase y que hacía tiempo que no se ejecutaba. Nosotros no hemos sido más que los intérpretes de eso; lo hemos tomado y lo hemos ejecutado. Ahora, como los auditores de Alejandro, tienen que venir los que expliquen por qué hemos hecho eso: lo hemos hecho porque el pueblo lo quería, porque hay una razón superior en el deseo popular.

De manera que ahora hay que difundir y consolidar la doctrina. Si bien ya le hemos dado un grado de consolidación al llevarla a la Constitución y a las leyes del Estado, ahora hay que consolidarla en el ánimo de los hombres, en el espíritu. Hemos elegido las tres grandes banderas en contra de las cuales hoy no puede estar ningún argentino; nadie puede estar en contra de la independencia económica, de la justicia social, ni de la soberanía nacional. Hemos tomado para nosotros, para nuestro movimiento, las verdaderas causas, los verdaderos objetivos sobre los cuales se fundamenta nuestra doctrina.

Si las fuerzas contrarias se organizan, bienvenidas sean. Lo que queremos es que se organicen. No queremos entregar mañana el país a una banda de hombres que no saben lo que quieren ni a dónde van. Pero aunque sean enemigos políticos, si hablan en peronista, qué más queremos nosotros. Y si ellos llegan al gobierno con nuestro programa y lo realizan, bienvenidos sean, y si lo realizan mejor que nosotros, Dios sea loado. No trabajamos para nosotros sino para la Nación. Por eso digo que hay que ir al desarrollo de los medios y en esa tarea, les voy a agradecer que incursionen libremente, porque ha de ser objeto de una libre discusión.

En lo que hemos realizado habrá, quizá, un sesenta o un ochenta por ciento de acierto y el resto será necesario corregirlo o modificarlo. Pero si los filósofos discuten desde hace siete mil años por encontrar la verdad, y aun no la han hallado, ¿cómo los hombres de gobierno podrían encontrarla de un modo completo, en sólo tres o cuatro años?

Yo les adelantaría dos o tres cosas sobre esa teoría, sólo a título de ejemplo y esquemáticamente, pues sino habría que escribir muchos volúmenes. Hay dos clases de teorías. La teoría ideal, que se basa solamente en un análisis, y la real, que es la que es basa no en el análisis sino en la comprobación de los hechos. Yo me refiero a esta teoría, que ha sido ideada y comprobada en los hechos, que es la verdadera teoría. Mucha gente cree todavía que la teoría es la equivocación más o menos bien fundamentada, pero la verdadera teoría es una concepción de los hechos y a esa teoría me refiero, a la que ya ha dado un resultado en los hechos, no a aquella otra que sabemos una mentira que puede justificarse por argumentación. Nuestra concepción teórica la hemos extraído de los hechos mismos y armado sobre ellos.

Yo digo lo siguiente, sólo a título de ejemplo y muy esquemáticamente: ¿Cuál es nuestra concepción en lo político? ¿Cuál es nuestra teoría, diremos así, o cuál es la síntesis, la premisa de la cual partimos para el desarrollo de nuestra política?

En primer lugar, nosotros no somos sectarios; el peronismo no es sectario. Algunos dicen que es un partido centrista. Grave error. El partido centrista, como el izquierdista y el derechista es sectario, y nosotros somos totalmente antisectarios. Para nosotros no hay nada cierto ni nada que se pueda negar, previo a una comprobación que nosotros hacemos en el método que aplicamos. Somos anticomunistas porque son sectarios; anticapitalistas porque también son sectarios. Nuestra tercera posición ¿es una posición centrista, como se la ha llamado en algunas partes? No. Es una

colocación ideológica que está en el centro, la izquierda o la derecha, según los hechos. Obedecemos a los hechos; nosotros creemos que no somos causa sino apenas una consecuencia de esos hechos. Si en el comunismo hay una cosa que podemos tomarla, la tomamos; no nos asustan los nombres. Si el fascismo, el anarquismo o el comunismo tienen algo bueno, lo tomamos porque lo que es bueno no deja de serlo porque provenga del diablo; el diablo a veces tiene alguna cosa buena.

Nos colocamos en esa posición, totalmente libres de prejuicios y de otras cosas que no sea la realidad. No diremos que somos realistas; diremos, más bien, justicialistas, es decir, nos basamos en la justicia aunque ésta no sea la realidad. Por eso negamos llamarnos realistas, ni positivistas, ni con esas otras denominaciones que a veces se usan. Lo justo es justo; es lo único que sabemos y tratamos de hacerlo.

El gobierno y la libertad

En el orden político, por ejemplo —porque los ejemplos aclaran todo, decía Napoleón— hay, indudablemente, una tesis y una antítesis entre lo que se llama el gobierno y la libertad. Es indudable que el gobierno nunca es la libertad y la libertad es contraria al gobierno; por un lado, se tiende a la tiranía, y por el otro, se llega a la anarquía. Son esas cosas antitéticas que en la vida uno tiene la obligación de juntar, aunque parece imposible juntarlas; es la difícil cuestión que la vida ofrece. Uno tiene que llegar al equilibrio porque es la rotura de la cabeza de uno mismo.

¿Cómo el Estado justicialista ha podido estudiar y penetrar ese problema, que es el problema de la humanidad desde que se juntaron dos hasta nuestros días, contemplando lo que podemos ofrecer a nuestros conciudadanos para que vivan felices y nosotros podamos hacer una Nación grande con el correr de los años? Ese es nuestro problema. ¿Cómo lo ha encarado el Estado justicialista? En la vida, en la familia, en la vida de los hombres, de los animales, para que uno sea feliz debe sacrificarse otro; para que uno sea libre tiene que haber un esclavo. Dentro, diríamos, de la sociedad moderna, es difícil conseguir una sociedad toda libre; es malo, tan malo como todo tiranizado. Y hemos dicho que en eso, como síntesis general, el justicialismo piensa que el hombre debe ser libre en todo lo que no perjudique a la colectividad y que la colectividad debe privar en todo aquello que no tiranice al hombre. Concepción teórica pero que a nosotros, los justicialistas, ya nos ha abierto una pequeña rendija de luz en la puerta, aunque no vemos todavía.

El concepto de la institución justicialista

¿Cómo lo hemos llevado nosotros a la institución justicialista? Pensamos que lo importante es que el pueblo sea libre, libre dentro de la ley, y además de libre dentro de la ley, dentro de una ética sin la cual la libertad es un mito. Quiere decir que el hombre debe poner un poco de su ley para

fortalecer la ley de los hombres. Dentro de esa libertad que es el máximo de libertad que se pueda dar al hombre, queremos que él tenga la más amplia libertad. Para conseguirlo, alguno tiene que sacrificarse. Creemos que dentro de la Nación debe sacrificarse el gobierno y debe sacrificarse el Estado, porque así asegura que la Nación sea libre y que el pueblo, especialmente, sea libre.

Concebimos así un Estado con un gobierno centralizado al máximo. Ahí nadie tiene libertad; el lujo de la libertad está en el pueblo, no está en el gobierno. El gobierno tiene que ser esclavo de su deber para asegurar la libertad de los demás y si él no está conforme, nadie lo obliga a estar en el Estado. Se va al pueblo: allí es libre, pero tiene que ganarse la vida.

El proceso para nosotros es justísimo. Nosotros somos justicialistas y aceptamos esa concepción del gobierno. Por extensión eso mismo va al Estado.

El Estado es el organismo más perfecto y con una disciplina y obediencia más grande. Si no le gusta eso, él ya sabe el camino. Pero aquí nadie le discute que quiera su libertad, la libertad que tiene aquí está sometida a la libertad que los otros gozan con su trabajo y si no le gusta, se va.

Si no le gusta ser instrumento de esa libertad, él tiene el camino libre, pero entonces ya sabe qué es lo que tiene que hacer.

Para nosotros, eso, burdamente, escuetamente expuesto, es, diríamos, el estado de nebulosa que ha de condensarse. La concepción de nuestra organización política nació de ese principio y sobre ese principio estamos construyendo. Yo he organizado el gobierno y he organizado el Estado.

Ahora, si el pueblo quiere libertad ha de organizarse. Estoy seguro que los sindicatos están organizados y sobre esa misma concepción han de organizarse las otras fuerzas, las grandes empresas, porque todo ha de organizarse libremente dentro de la ley y dentro de una ética, que si ellas no las practican, el gobierno ha de explicarlas hasta que las podamos penetrar. Así como en las grandes previsiones de la guerra el general puede prever hasta la primera batalla —después no porque no sabe cómo le va a ir en esa batalla—, de la misma manera el justicialismo puede prever hasta eso porque ahí va a ser el fin de la primera batalla. Después, para ir más allá, solamente tenemos una dirección general, una estrella polar, sobre la cual vamos dirigiendo y navegando, que nos va conduciendo hasta allí. ¿Cómo? No depende de nosotros; depende del pueblo. Más allá veremos. Estamos en el tercer piso; hasta ahí vamos bien. Más allá, veremos cómo se continúa.

Escuetamente, señores, dentro de lo difuso de todas las nebulosas, ésa es la concepción de nuestra teoría.

La labor en el aspecto económico

Lo mismo podría decir en el aspecto económico. También nosotros damos nacimiento a esta teoría: yo les doy a ustedes, al que quiera, la palanca,

pero son ustedes los que tienen que mover el mundo. Es lo más que puedo hacer: darles la palanca.

Del mismo modo, en lo político hemos hecho una concepción sobre una teoría que está todavía por desarrollarse. En lo económico, exactamente igual. Claro que hoy estamos más avanzados, porque la vida obliga a pensar más en esas cosas económicas que en las de otro tipo y es por eso que podemos ofrecer lo que hemos realizado como una doctrina más completa y más comprobada en lo económico. Hoy no decimos queremos hacer o vamos a hacer tal cosa; hoy decimos nos ha dado buen resultado esto que estamos haciendo; es decir que hay un hecho comprobado.

Se puede explicar comparativamente por otro ejemplo, porque los ejemplos son los que siempre aclaran las cosas, sobre todo a nosotros los empíricos. ¿Cuál es la concepción económica justicialista? En primer lugar, es una reforma. Nosotros pensamos que si estamos contra el capitalismo, no podemos seguir el sistema capitalista; no podemos conservar nada de lo que es capitalista, porque al evolucionar nos hemos pasado a otro tiempo, a otra forma, a otro modo. Es como aquél que cuando dejó el caballo y tomó el automóvil, quería conservar el freno y el rebenque.

Ahora marchamos con volante y acelerador; hay que cambiar todo. No somos individualistas, ni somos colectivistas. Solamente nos sirven algunas cosas del comunismo o del capitalismo como inspiración, nada más, pues los principios cambian totalmente. Les explicaré esto con un ejemplo para darles la lata menos aburridamente.

¿En qué se fundó la teoría capitalista? Yo, justicialista, pienso que se fundó en el principio hedónico que reconoce que la ley natural de la utilidad está dirigida a obtener el máximo de provecho con el mínimo de esfuerzos. Como teoría económica pura, es perfecta. Pero, desgraciadamente, la vida no es economía pura porque intervienen en ellas factores psicológicos y políticos y hacen que lo que teóricamente y en economía pura es maravillosamente cierto, deje de serlo tan pronto se mezclen en ese *cocktail* del que les hablaba anteriormente. Podemos aclararlo con un ejemplo tomando el caso de la industria, que es lo que más conocemos todos.

El principio hedónico, base de la economía del sistema capitalista, lleva a una teoría muy común que emplean todos los que se dedican a ganar dinero, es decir, la teoría de los puntos óptimos. Todos los americanos que vienen aquí me hablan de una empresa que obtiene el máximo de provecho con el mínimo de esfuerzo, es decir, que una empresa que se instala comienza perdiendo en cero, va ganando después y, cuando llega al punto veinte, obtiene el mismo beneficio que obtenía con el punto diez, que es el punto óptimo como ellos lo llaman en esa peregrina teoría capitalista. De manera que el capitalismo dice que, alcanzado ese punto óptimo, el industrial no debe ni aumentar ni disminuir su producción, sino que debe mantenerse allí, porque allí es donde obtiene su máximo de provecho con el mínimo de esfuerzo. Alcanzando los puntos óptimos, se llega establecer una industria próspera, donde cada uno gana el máximo con el mínimo de esfuerzo, lo que teóricamente también es perfecto, ya se trate de una o de mil industrias.

Los factores sociológicos y los factores políticos

Ahora bien; yo, hombre de gobierno, hago aparecer los factores sociológicos y los factores políticos, y digo: aquéllo, como concepción teórica y como economía pura, es magnífico. Pero yo planteo el problema inverso, porque no soy economista sino político. Y el problema es éste: la teoría de los puntos óptimos de producción, da como punto óptimo diez. Pero el pueblo, en realidad, necesita veinte, porque, de lo contrario, no puede comer lo suficiente como para satisfacer su necesidad. Y como el consumo es también un sector de la economía que el capitalismo olvida, yo le digo al capitalista: "Vea, el pueblo necesita veinte y usted produce diez nada más." Y el capitalista me contesta: "Que coma diez y que reviente." Es así, entonces, como se produce el proceso de infraalimentación y de infraconsumo, en el que el capitalismo no pierde nada porque está dedicado a la producción. Surge de esta manera la concepción de que la economía debe estar al servicio del capital, contrariamente a lo que los justicialistas sostenemos, de que el capital debe estar al servicio de la economía.

Si el punto óptimo es diez, y yo necesito veinte, deberá producir veinte.

Esa es la economía justicialista, tal como nosotros la concebimos. El capitalista es pura ganancia, pero yo soy pura satisfacción, porque el sector en el que yo actúo es diferente del sector en que actúa él.

¿Podemos congeniar? Sí, señor. Es cuestión de organización y de renunciar a la explotación del hombre por el hombre y convertir el consumo impuesto como consecuencia de tener la economía subordinada al capital.

Por eso quiero convertir eso invirtiendo todos los términos del problema económico; pongo la producción supeditada al consumo invirtiendo toda la base de la economía, construyendo una nueva economía. Los teóricos lo harán escribiendo; yo lo hago realizando. El punto de comparación de ellos es la comparación estadística, los datos; el mío, es la cara de la gente que anda por la calle que me demuestra si está contenta y si vive feliz. No necesito otra cosa. Lo demás pasa al Consejo Económico; ellos se arreglan para ir induciendo esto hasta que un equilibrio perfecto se establezca en esa lucha entre producción y consumo, capital y economía.

Yo no me pongo a analizar todo el problema; si me pusiese a hacerlo no podría satisfacer al pueblo argentino, y a mí me han puesto aquí no para dilucidar el problema sino para satisfacer al pueblo. Sobre esto no hay nada hecho teóricamente, pero sí está realizado prácticamente. Tenemos nuestros planes y nuestros desarrollos, pero no se puede decir que eso constituya una concepción teórica; la teoría está todavía por mostrarse, por divulgarse.

De la misma manera podría hablar yo en el orden social. ¿Cuál es nuestra concepción social? Explicarlo sería extender demasiado esta conversación y, por otra parte, ése es el aspecto más conocido de toda nuestra teoría.

¿Cómo la realizamos, cómo pensamos que puede llegar a una perfecta realización? Lo que viene demostrando como adelanto, diremos así, de la teoría, es que entre lo político y lo social el mundo se encuentra en un

estado de transición. Nosotros estamos a caballo de esa evolución, en mi concepto. Tenemos la mitad sobre el cuerpo social y la otra mitad sobre el cuerpo político. El mundo se desplaza de lo político a lo social. Nosotros no estamos decididamente ni en un campo ni en el otro; estamos asistiendo al final de la organización política y al comienzo de la organización social. El mundo cada día es menos político para pasar a ser más social.

La economía que se llamaba antes política ahora va siendo economía social. Es decir, todo este proceso se va realizando. Yo no puedo abandonar el partido político para reemplazarlo por el movimiento social. Tampoco puedo reemplazar el movimiento social por el político. Los dos son indispensables. Si esta evolución continúa, nosotros continuaremos ayudando a la evolución. Cuando llegue el momento propicio le haremos un entierro de primera, con seis caballos, al partido político y llegaremos a otra organización.

El estado sindicalista

Pero estamos en marcha hacia el estado sindicalista, no tengan la menor duda. Asistí en Italia a un hecho formidable en 1939, que me abrió los ojos. Se produjo una huelga de teléfonos, que dejó una enseñanza maravillosa para todos aquellos que podían ver, porque muchos miran pero no ven. Se había aumentado la tarifa al doble; todos protestaban por el aumento. Intervinieron hasta los carabinieri, pero no había más remedio que pagar. Los usuarios resolvieron hacer un sindicato, se llamó a asamblea y resolvieron inmediatamente retirar todos los aparatos. Al día siguiente el gobierno bajó la tarifa otra vez.

¿No estará la futura organización de las sociedades, de las comunidades organizadas con que soñamos todos dentro del orden, influenciada por este tipo de organización, es decir, ir hacia las fuerzas verdaderamente representativas ya que la fuerza política no representa nada?

Nuestro proceso es una demostración clara de esto. Algunos políticos, 'contreras', como decimos nosotros, conversando conmigo, me dicen con toda franqueza: ¿cómo usted, que antes de empezar todo este movimiento, era un hombre políticamente desconocido, llegó en un momento dado a copar toda la opinión y se alzó con todo cuando llegó la elección y nos ganó en todas partes? ¿Cómo se explica este fenómeno? La explicación es muy fácil. La democracia ha llegado a un estado de degeneración y de deformación tal, que el que ve bien claro el proceso puede sacar ventajas políticas en cualquier momento.

¿Qué es lo que pasó con la democracia argentina? Los primeros que surgieron de las elecciones primarias representaban al pueblo, fueron hacia un horizonte político, luego hicieron la trenza famosa y una vez que ellos fueron elegidos, formaron los círculos áulicos de la política; allí el pueblo no eligió más porque los que elegían eran ellos. Pero como no conformaron al pueblo fueron distanciándose paulatinamente del verdadero pue-

blo, de la verdadera masa. Cuando se distanciaron lo suficiente y no tuvieron un solo representante ni amigo, pasaron a ser enemigos del pueblo. Quien se diera cuenta de ese fenómeno y en vez de discutir con los políticos, fuera a discutir con el pueblo para hacerle sentir interés por la cosa pública y hacerle ver que aquéllos lo estaban engañando, ése habría triunfado.

Cuando tomé la Secretaría de Trabajo y Previsión como centro de acción grande sobre todo el pueblo, desde allí fui persuadiendo; llegaba uno y lo persuadía; llegaban mil y los persuadía; llegaban diez mil y los persuadía. Y cuando pasaron gran número de argentinos, ellos se encargaron de persuadir a los demás y así el 24 de febrero ganamos las elecciones con facilidad. No es una cosa sobre la cual hay que esforzarse mucho para llegar a la conclusión porque esa es la realidad.

Bien, todo ese proceso, señores, que todavía está por explicarse en muchos de sus aspectos, constituirá la base sobre la cual nosotros debemos comenzar a trabajar. Necesitamos hombres de acción para consolidar; necesitamos predicadores, hombres de persuasión que vayan haciendo ese mismo proceso que yo hice a priori. Ahora que tenemos el lema “Perón cumple”, como dicen muchos del pueblo, tenemos la realidad. Ahora es más fácil.

Ahora hay que proceder a posteriori para consolidar y eso es simple. Se presentan las realidades, que antes no eran sino promesas a un pueblo que ya había perdido fe en las promesas. Por eso, señores, les agradezco extraordinariamente la buena voluntad y el patriotismo con que ustedes nos ofrecen realizar esta tarea. Yo, por mi parte, les doy mi apoyo —que es lo único que puedo ofrecer— en todo sentido y de todas maneras.

Nuestro futuro: unir a todos los argentinos

Todos los que podamos hacer algo en esto estamos realizando una obra de bien, porque nuestro futuro es unir a todos los argentinos, hacer desaparecer todas las diferencias, sin pensar en la política ni en los hechos políticos subalternos. Estoy viendo el panorama del mundo, la nueva guerra que se va a desencadenar dentro de poco y pienso en nuestro futuro. Es difícil poder interpretar y decir qué es lo que va a pasar después, pero es fácil pensar que si estamos todos unidos entre nosotros, no nos mataremos; tendrá que venir uno de afuera a matarnos. Es decir, que hay que hacer la unidad del pueblo argentino, para que ninguno, aunque piense de distinta manera que nosotros en política, no pueda hacer sino doctrina de estas tres banderas que hemos puesto en la Constitución y que creemos que es la verdad en este momento. Hay que unir a todos y no sectarizar, como algunos creen.

Todos los movimientos del mundo se formaron de la misma manera: en Alemania, durante el segundo y tercer Reich; en Italia, los fascistas y anteriormente los socialistas con Nitti y Giolitti; y entre nosotros, los socialistas y radicales, de quienes no nos interesa cómo pensaban sino cómo

piensan ahora, porque la vida empieza ahora. Por eso necesitamos hombres de buena voluntad, porque vamos a enfrentar un momento muy difícil durante la guerra y cuando ella termine. Si ese cataclismo nos va a hacer rodar un poco, que rodemos todos juntos, que no nos disgreguemos. Yo pienso sólo en eso porque creo que no tenemos ningún problema. ¿Quién va a hablar de los problemas de la República Argentina donde se come cinco veces al día? Se piensa y se trabaja en lo que se quiere. Para un país como el nuestro no puede haber problemas, sobre todo, mirando el resto del mundo, donde realmente los hay. Entonces, trabajando en esto, llevando nuestra doctrina, no imponiéndola a golpes sino al contrario, aceptando si cabe aquello de “Pega pero escucha”, iremos a esa acción completamente contra todo sectarismo, porque nosotros creemos tener la verdad y si se nos convence de que estamos equivocados, tendremos que aceptarlo.

El movimiento justicialista en período de atracción y de tranquilidad

El movimiento justicialista atraviesa un período de atracción y de tranquilización; ya hemos terminado la lucha; hemos dejado el palo a un lado para tomar el violín; hay que empezar a ser tolerantes. Yo, afortunadamente, he seguido y sigo esa doctrina y el poder extraordinario que tengo —lo reconozco— se debe a que no lo he derrochado, porque el poder es como la fortuna: que si se la derrocha, se pierde. Con el poder sucede lo mismo; si se lo derrocha en cosas sin importancia, se acaba rápidamente. En eso yo soy un avaro; no empleo de más el poder que tengo ni lo emplearé jamás. Prefiero irme a mi casa antes de usar el poder tiránicamente. No tengo hambre de tirano ni de dictador; no tengo pasta para eso y no lo llegaría a hacer nunca.

De manera que, con este sistema, nosotros vamos a conseguir mucho más del pueblo de lo que podríamos conseguir por la fuerza; me bastaría salir al balcón y decirle al pueblo que hay que hacer tal cosa, para que el ochenta por ciento me hiciera caso. El otro veinte por ciento es la minoría y no importa.

Teniendo eso, como lo tenemos, si llegáramos a pelear, los argentinos seríamos muy poco inteligentes. Lo que tenemos que hacer es pacificar y unir. ¿Que nos insultan? Y, ¡qué le vamos a hacer! ... que se las entiendan con el juez; yo no voy a salir a pelear con nadie. Ahora estamos con el violín.

Señores, un millón de gracias. Les agradezco muchísimo esta visita. Ustedes tienen aquí un amigo que está a su disposición para ayudarlos a resolver cualquier inquietud que tengan; con el mismo desinterés, con el mismo patriotismo y la misma amistad con que ustedes me ofrecen su apoyo, yo les ofrezco sinceramente el mío.

TERCER MUNDO

4ª. Conferencia cumbre de países no alineados

Durante la primera semana de septiembre, los medios de información de todo el mundo recogieron con lujo de detalles las alternativas de la Cuarta Conferencia Cumbre de Países no Alineados, que se realizaba en la ciudad de Argel.

Que la prensa argentina se hiciera eco de un tipo de acontecimiento que hasta hace poco tiempo antes había cuidado prolijamente de ocultar, no era sino reflejo de la reinstalación, tras dieciocho años de interregno, del poder popular y de una política exterior independiente. Pero que algo semejante ocurriese con los medios de información mundiales parecía por lo menos sorprendente, sobre todo si se lo comparaba con el escaso interés que se había concedido a las últimas reuniones de países no alineados, en particular la III Conferencia Cumbre realizada en Lusaka en septiembre de 1970 y la de Ministros de Relaciones Exteriores celebrada en la capital de la Guyana Británica en octubre de 1972.

¿A qué se debía el renovado interés por lo que pudiera ocurrir entre los países no alineados? Se-

guramente no le eran ajenos ni la expectativa creciente en torno de la posible reiteración de la posición firme y agresiva ante los países más desarrollados que ya se había insinuado durante las jornadas de la III UNCTAD de Santiago de Chile, ni los avances que pudieran registrarse en la dirección del sostenimiento de una política de defensa de los recursos naturales —que parece encontrar en la OPEP su más acabada expresión—, ni, mucho menos, la reacción del denominado Tercer Mundo ante el reordenamiento de las relaciones mundiales que viene registrándose durante los años setenta. Pero había algo más profundo: a pocos se les ocultaba que en Argel se discutiría acerca de quiénes son los verdaderos amigos y quiénes los enemigos del Tercer Mundo.

Durante los últimos años se ha ido descorriendo el velo que ocultó durante algún tiempo la verdadera naturaleza de las relaciones mundiales de poder. Muchos pueblos y naciones a la vez que van descubriendo —en el dolor de una experiencia cuyos costos seguramente tardarán en pagar—, que la lógica de la dominación no sólo está contenida en la política de la superpotencia líder del mundo capitalista, sino que también late tras el accionar de los herederos de los zares, constatan que el interés no reconoce ideologías o, lo que es todavía más crudo, que las ideologías suelen ser el camuflaje de los intereses más inconfesables.

Pero esta no es historia de hoy. Sin duda, quienes emergieron de la segunda guerra luciendo el orgulloso rótulo de superpotencias, sabían que tenían muchas cosas en

común. No en vano los "políticos" remarcaban con sospechosa insistencia que la experiencia histórica demostraba que Rusia y EE. UU. "han tenido siempre una ideología política antagónica con la continua prevención de que un contacto íntimo sería subversivo.

Sin embargo, cada cual se ha opuesto siempre al desmembramiento del otro. Ambos alimentaron constantemente el deseo de que el otro fuese fuerte. Nunca ha habido colisión que los hiciese enemigos. Ambos han considerado al otro como un amigo potencial en la retaguardia de sus enemigos potenciales.

Durante los años de guerra, fue cosa común encontrarlos unidos en el recitado a dúo de un libreto anticolonialista que apenas disimulaba la intención de imponer sus objetivos económicos, políticos y estratégicos a costa de la voluntad de las potencias coloniales, llamarán éstas Bélgica, Holanda, Francia o Gran Bretaña. En los planes de EE.UU. y la URSS, esa prédica constituía el paso inicial para la implantación de una relación de cuño neo-colonial en su propio provecho. Cuando el Presidente F. D. Roosevelt, sostenía que si los EE.UU. se ponían al lado de Inglaterra, no era para ayudarlos a mantener sus ideas de Imperio, no hacía más que expresar las necesidades y los intereses de los hombres de negocios estadounidenses, para quienes la liquidación de las preferencias imperiales y la implantación de un sistema de tráfico internacional libre y ágil era condición para asegurarse mercados donde colocar capitales y mercaderías y donde proveerse de las

materias primas. Simétricamente, los dirigentes soviéticos martillaban con el argumento de la seguridad, detrás del cual se ocultaban preocupaciones no menos pedrestres que las de los dirigentes del Norte de América. Estos fueron los senderos convergentes que desembocaron en la repartición de esferas de influencia realizada en Teherán, Yalta y Postdam entre 1944 y 1945.

Durante la guerra fría los supergrandes se enredaron en una pugna que prometía dimensiones catastróficas pero que en definitiva no derivó en ningún enfrentamiento directo. Ni una sola vez soldados rusos y norteamericanos combatieron unos contra otros en un campo de batalla. En cambio, sí murieron coreanos, indochinos, egipcios, congoleños, etc., etc. Las esferas de influencia constituían el aspecto central del código que normalizaba las relaciones entre los dos contendientes. El resto no era más que un espacio a conquistar.

De Belgrado a Argel

Cuatro conferencias cumbres, ocho reuniones a otros niveles, un promedio de una reunión por año, así aparece hoy el balance de las diferentes conferencias mantenidas por los no alineados desde 1961. Bastará aquí una breve cronología de esas doce reuniones:

La Conferencia Cumbre de Belgrado:

1-6 Setiembre de 1961

Reunión a nivel de los jefes de Estado y de gobierno, esta conferencia contó con la presencia de 25 miembros activos y de 3 observadores.

1º) 25 miembros activos, a saber: Afganistán, Argelia, Arabia Saudita, Birmania, Cambodia, Ceylán, Congo-Leopoldville, Cuba, Chipre, Etiopía, Ghana, Guinea, India, Indonesia, Irak, Líbano, Malí, Marruecos, Nepal, R.A.U., Somalia, Sudán, Túnez, Yemen, Yugoslavia.

2º) 3 observadores, todos latinoamericanos:

Bolivia, Brasil, Ecuador.

Conferencia sobre Problemas de Desarrollo Económico:

El Cairo, 9-18. Julio 1962

A los participantes en la Conferencia de Belgrado se agregaron Bolivia, Brasil, Kuwait, Libia, Malasia, México, Pakistán y Tanganika. El número de observadores también creció sensiblemente, pasando de tres a cinco, con Chile, Ecuador, Singapur, Uruguay y Venezuela.

Conferencia Cumbre de El Cairo:

5-10 Octubre 1964

Veinticinco en Belgrado, los no alineados sumaban 47 en El Cairo, o sea casi el doble en el espacio de tres años:

1º) 47 participantes activos:

Afganistán, Argelia, Angola, Arabia Saudita, Birmania, Burundi, Cambodia, Camerún, Ceylán, Congo-Brazzaville, Cuba, Chipre, Dahomey, Etiopía, Ghana, Guinea, India, Indonesia, Irak, Jordania, Kenya, Kuwait, Laos, Líbano, Liberia, Libia, Malawi, Malí, Marruecos, Mauritania, Nepal, Nigeria, Uganda, Senegal, Sierra Leona, Somalia, Sudán, Siria, Chaad, Togo, Túnez, R.A.U., R.C.A., Tanganika, Yemen, Yugoslavia, Zambia.

2º) 10 observadores:

Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Finlandia, Jamaica, México, Trini-

dad-Tobago, Uruguay, Venezuela. La conferencia concluyó con la adopción de un "Programa para la paz y la colaboración internacional" y de dos resoluciones especiales.

Reunión Consultiva de Representantes Especiales de los Gobiernos de Países no Alineados:

8-11 Julio 1969 en Belgrado

La participación en esta reunión fue sensiblemente menor pues se limita a 45 miembros activos y 7 observadores.

Conferencia Cumbre de Lusaka:

8-10 Setiembre 1970

Fue precedida de una conferencia preparatoria en Dar - es - Salaam (12-17 abril 1970) que agrupó a 51 participantes y 8 observadores.

Cincuenta y dos países y 11 observadores participaron en la conferencia:

1º) 52 participantes activos:

Afganistán, Argelia, Botswana, Burundi, Camerún, Africa Central, Ceylán, Congo-Brazzaville, Congo-Kinshasa, Cuba, Chipre, Etiopía, Ghana, Guinea, Guinea Ecuatorial, Guyana, India, Indonesia, Irak, Jamaica, Kenya, Kuwait, Laos, Líbano, Lesotho, Liberia, Libia, Malasia, Malí, Mauritania, Marruecos, Nepal, Nigeria, Ruanda, Senegal, Sierra Leona, Somalia, Singapur, Sudán, Swaziland, Siria, Tanzania, Chaad, Trinidad-Tobago, Togo, Túnez, Uganda, R.A.U., Yemen del Norte, Yemen del Sur, Yugoslavia, Zambia.

2º) 11 observadores:

Argentina, Austria, Barbados, Bolivia, Brasil, Chile, Venezuela, Ecuador, Perú, G.R.P., Uruguay.

**Reunión Ministerial
Consultiva de los Países
no Alineados:
30 Setiembre 1971
en Nueva York**

Esta reunión se mantuvo en el marco de las consultas periódicas de los representantes de los países no alineados previstas en Lusaka. Su objeto: proceder a consultar "sobre el desarrollo de la situación mundial y los grandes problemas que exigen un examen urgente en la XXVI sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, así como en la conferencia ministerial del Grupo de los 77 en Lima". Se reunieron 51 participantes y 70 observadores.

**Conferencia de Ministros
de Relaciones Exteriores
de los Países no Alineados:
8-12 Agosto 1972
en Georgetown**

Batió todos los records de participación: 59 miembros activos y 11 observadores que se repartieron de la siguiente manera:

1º) 59 participantes activos:

Afghanistan, Africa Central, Argelia, Bahrein, Botswana, Birmania, Burundi, Cambodia (Reino), Camerún, Ceylán, Chile, Congo-Brazzaville, Cuba, Chipre, Egipto, Etiopía, Ghana, Guinea, Guyana, India, Indonesia, Irak, Jamaica, Jordania, Kenya, Kuwait, Laos, Líbano, Lesotho, Liberia, Libia, Madagascar, Malawi, Malasia, Malí, Isla Mauricio, Mauritania, Marruecos, Nepal, Nigeria, Ruanda, Senegal, Sierra Leona, Singapur, Somalia, G. R.P., Sudán, Swaziland, Siria, Tanzania, Trinidad-Tobago, Túnez, Uganda, Emiratos Arabes Unidos, República Arabe del Yemen, República Popular Democrática del Yemen, Yugoslavia, Zambia, Zaire.

2º) 11 observadores:

Argentina, Barbados, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, México, Perú, Uruguay, Venezuela, Liga Arabe.

La reunión de Georgetown (capital de la antigua Guyana británica) fue preparada por una comisión de 16 miembros (Argelia, Burundi, Egipto, Etiopía, Guyana, India, Indonesia, Irak, Malasia, Marruecos, Senegal, Sudán, Ceylán, Tanzania, Yugoslavia, Zambia) que se reunieron tres veces: en Georgetown, en febrero; en Kuala Lumpur, en mayo, y nuevamente en Georgetown a principios de agosto de 1972. Terminó con la adopción de una "Declaración sobre la seguridad y el desarme internacional" y de 8 resoluciones.

**Conferencia Cumbre
de Argel:**

5-9 Setiembre 1973

La decisión de esta convocatoria fue tomada en Georgetown el año pasado, al mismo tiempo que se constituyó una comisión de 17 países encargada de su preparación. Esa comisión se reunió en Kaboul del 13 al 15 de mayo pasado, y asistieron los siguientes 17 países: Afghanistan, Argelia, Burundi, Egipto, Etiopía, Guyana, India, Indonesia, Irak, Malasia, Marruecos, Tanzania, Senegal, Ceylán, Sudán, Yugoslavia y Zambia.

La "Declaración final" adoptada en esa ocasión recordó los fundamentos de la filosofía del neutralismo positivo.

**Resoluciones y Declaraciones
de la Cuarta Conferencia Cumbre
de Países no Alineados:**

1º) Declaración política.

2º) Declaración y resoluciones políticas.

3º) Declaración económica.

4º) Programa de acción para la cooperación económica.

5º) Resoluciones económicas.

Se transcribe a continuación el texto de la Declaración Política excepto el capítulo quinto (referido al derecho del mar) y las Resoluciones Nos. 13 y 14 sobre "La cuestión del derecho del mar" y "Sobre los estupefacientes", contenidas en la Declaración y Resoluciones Políticas.

Declaración política

1. La Cuarta Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados se celebró en Argel del 5 al 9 de septiembre de 1973.

Participaron los siguientes países: Afganistán, Arabia Saudita, Argelia, Argentina, Alto Volta, Bharéin, Bangladesh, Bután, Birmania, Botswana, Burundi, Camboya, Camerún, Congo, Costa de Marfil, Cuba, Chaad, Chile, Chipre, Dohomey, Egipto, Emiratos Arabes Unidos, Etiopía, Gabón, Gambia, Ghana, G. R. P. de Vietnam del Sur, Guinea, Guinea Ecuatorial, Guyana, India, Indonesia, Irak, Jamaica, Jordania, Kenia, Kuwait, Laos, Lesotho, Líbano, Liberia, Libia, Madagascar, Malasia, Malí, Malta, Marruecos, Mauricio, Mauritania, Nepal, Níger, Nigeria, Omán, Perú, Qatar, República Arabe del Yemen, República Centroafricana, República Democrática Popular del Yemen, Rwanda, Senegal, Sierra Leona, Singapur, Siria, Somalía, Sri Lanka, Sudán, Swazilandia, Tanzania, Togo, Trinidad - Tobago, Túnez, Uganda, Yugoslavia, Zaire, Zambia.

Asistieron en calidad de observa-

dores los países y organizaciones siguientes: Barbados, Bolivia, Brasil, Ecuador, México, Panamá, Uruguay, Venezuela, Angola (M.P.L.A. y F.L.N.A.), Guinea (Bissau) (F.A.I. G.C.), Mozambique (F.R.E.L.I.M.O.), Príncipe y Santo Tomé (C.L.P. Santo Tomé), Zimbabwé (Z.A.P.U. y Z.A.N.U.), Sudáfrica (A.N.C. y P.A. C.), Namibia (S.W.A.P.O.), Islas Seychelles (S.P.U.P.), Islas Comores (M.O.L.I.N.A.C.O.), Somalía (F.L.C. S. y M.L.D.), Palestina (O.L.P.), Partido Socialista de Puerto Rico.

Asistieron en calidad de invitados: Austria, Finlandia, Suecia, Organización de las Naciones Unidas (ONU), Organización de la Unidad Africana (OUA), Liga Arabe, Organización de Solidaridad de los Pueblos Afro-asiáticos (OSPAA).

2. Los participantes observaron que más de la mitad de los Estados miembros de la comunidad internacional, que representan la mayoría de la población mundial, tomaran parte en la Conferencia. El número y el nivel de los participantes, al igual que la corrección en general de los trabajos, son una prueba de la vitalidad y del dinamismo de la no alineación.

3. Los participantes cambiaron impresiones acerca de la situación internacional y el papel de la no alineación.

4. La humanidad ha aspirado siempre a la libertad, al bienestar y a la paz. Ya no se trata de un ideal inaccesible o únicamente al alcance de una minoría. Todos los pueblos del mundo pueden desde ahora pretender a ella. Las potencialidades creadoras de nuestra época lo permiten, las exigencias profundas de los pueblos hacen de ello una necesidad histórica.

5. El poder conjugado de las corrientes de emancipación nacional

y social que sacuden sin cesar las estructuras envejecidas de un mundo en plena mutación, por una parte, y el auge ininterrumpido de la revolución científica y técnica, por otra parte, abren a la humanidad entera las vías de una liberación total.

6. Pero los últimos decenios han enseñado a la humanidad que, de no ser puesto al servicio de la paz, el progreso científico puede conducirla al sojuzgamiento, o sea a la destrucción. Ha sido una toma de conciencia aguda de estas realidades la que ha inspirado al movimiento, cada vez más amplio, de los países no alineados. Las conferencias que se han celebrado sucesivamente en Belgrado, El Cairo, Lusaka y Georgetown han expresado con energía las aspiraciones de los pueblos a la paz, en un mundo nuevo basado en la independencia, el progreso y la justicia.

7. Los Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados, reunidos en la Conferencia de Argel, comprueban con satisfacción que la evolución de las relaciones internacionales han confirmado hasta ahora la vitalidad y el carácter duradero de los objetivos, principios y de la práctica de la política de no alineación. Son unánimes al considerar que la política de no alineación, de común acuerdo con otras fuerzas pacíficas, democráticas y progresistas, representa un factor importante e insustituible en la lucha por la libertad y la independencia de los pueblos y de los países, por la paz general y seguridad igual para todos los Estados, por la aplicación universal de los principios de la existencia pacífica y activa, por la democratización de las relaciones internacionales, por una coope-

ración general e igual en sus derechos y por el desarrollo económico y el progreso social.

I

8. Al examinar los procesos internacionales contemporáneos, los Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados consideran que se están presenciando profundas transformaciones en la relación general de las fuerzas del mundo, resultado del crecimiento de las fuerzas de la paz, de la independencia y del progreso.

9. Desde la Conferencia de Lusaka, la evolución de la situación internacional se ha caracterizado por el fortalecimiento de las tendencias favorables a la paz en las regiones del mundo desarrollado, mientras que en otras persisten focos de tensión y guerra agravados por una deterioración creciente de las condiciones económicas de los países en desarrollo.

10. El refuerzo actual de la disminución de la tensión Este-Oeste y los progresos realizados hacia el arreglo en Europa de los problemas heredados de la segunda guerra mundial, constituyen un éxito apreciable de las fuerzas de la paz en el mundo. Los temores suscitados por el peligro nuclear, de la misma manera que la voluntad de los pueblos, tienden a hacer prevalecer cada vez más el diálogo sobre la confrontación.

11. Esta evolución se ha traducido principalmente en la intensificación de los contactos entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América, así como entre este último país y la República Popular de China.

12. El acercamiento Este-Oeste, las negociaciones de todo tipo actualmente en curso, los acuerdos y

firmados o que han de serlo, tienen por meta esencial instaurar la cooperación dentro de un sistema de seguridad colectivo, fundada en principios que más allá de las diferencias ideológicas aspiran a regir las relaciones internacionales. Este es el contexto dentro del cual se ha concretizado el proyecto de una conferencia europea para la seguridad y la cooperación.

13. Los países no alineados que han trabajado constantemente por la paz y la eliminación de los factores de tensión por medio de la negociación y del recurso a los órganos internacionales, se congratulan de todos estos esfuerzos e iniciativas y las consideran una etapa positiva en la vía del establecimiento de la paz.

14. Si la disminución de la tensión Este-Oeste ha progresado, la confrontación de los pueblos en el colonialismo, la discriminación racial y el **apartheid**, la dominación y la ocupación extranjeras, el neocolonialismo, el imperialismo y el sionismo siguen siendo una realidad indiscutible de nuestra época.

15. La paz está lejos de estar asegurada en todos los lugares del mundo, como lo demuestra la situación que reina en Indochina, o pesar de los Acuerdos de París y la cesación de los bombardeos americanos en Comboya; en el Oriente Medio, la coyuntura no deja de deteriorarse; en África, se observa un recrudecimiento de guerras coloniales de exterminio y la agresión de todo género contra los Estados independientes, y en América latina subsisten situaciones coloniales y el imperialismo multiplica las confabulaciones en contra de la soberanía y de la seguridad de los Estados.

16. Mientras continúen causando

estrados las guerras coloniales y el **apartheid**, las agresiones imperialistas, la dominación y la ocupación extranjera y la política de fuerza, la explotación y el saqueo económicos, la paz aparecerá limitada en su principio y alcance. En un mundo donde al lado de una minoría de países ricos hay una mayoría de países pobres sería peligroso aumentar esta división limitando la paz a las zonas prósperas del planeta, mientras que el resto de la humanidad estaría condenada a la inseguridad y a la ley del más fuerte. La paz es indivisible; no se reduce a un simple desplazamiento de la confrontación de una región a otra ni a conformarse con la persistencia de las tensiones que se trata de eliminar en otra parte. La disminución de la tensión será precaria si no se tienen en cuenta los intereses de los demás países.

17. Los países no alineados no hacen más que reflejar las aspiraciones de la mayoría de los pueblos a este respecto, como lo demuestran las declaraciones de Belgrado, El Cairo, Lusaka y Georgetown. Para estos pueblos se trata de librarse del yugo colonial allí donde todavía subsiste, de terminar con el **apartheid**, el sionismo, la discriminación y segregación racial, y de poner fin a los regímenes que de ello proceden y huyen de ello su razón de ser.

18. Se trata también de conseguir una auténtica independencia, eliminando los monopolios extranjeros y haciéndose cargo de las riquezas nacionales y de su explotación en beneficio de los pueblos; se trata para los pueblos de los países no alineados de salvaguardar su propia personalidad y recuperar y enriquecer su patrimo-

nio cultural gravemente dañado por el colonialismo. Se trata de consolidar esta independencia por medio del ejercicio efectivo de la soberanía nacional contra toda hegemonía, es decir, el rechazo de toda forma de subordinación y dependencia, de cualesquiera ingerencia o presiones, bien sean políticas, económicas o militares.

19. A este respecto, la seguridad internacional sólo será completa cuando tenga una dimensión económica que garantice a todos los países el derecho a establecer sus programas de desarrollo fuera de agresiones económicas y demás formas de presión.

20. Los países no alineados se comprometen a fortalecer su acción común para hacer prevalecer los principios de seguridad económica en las relaciones internacionales.

21. Además, el rechazo de las alianzas militares que se insertan dentro del marco de las rivalidades entre las grandes potencias y el desmantelamiento de las bases militares en las cuales se apoyan, constituye uno de los fundamentos de la política de independencia nacional y de no alineación. Es también necesario crear las condiciones para promover un desarrollo de los países en desarrollo.

22. La Conferencia reafirma la determinación de los países no alineados de observar estrictamente los principios de la igualdad soberana y la integridad territorial de todos los Estados, de evitar el recurso a la amenaza o al uso de la fuerza y de solucionar sus diferencias por medios pacíficos, en conformidad con los objetivos y los principios de la Carta de las Naciones Unidas, y hace un llamamiento a todos los Estados para que actúen de igual forma.

23. Lo evolución de la situación internacional confirma plenamente la exactitud de los principios y de las motivaciones de la política de no alineación y exige el fortalecimiento de esta política.

24. En Asia, en Africa, en América Latina, un número cada vez mayor de países manifiestan su voluntad de emancipación y no vacilan en afrontar las expresiones de fuerza impuestas por las tutelas neocolonialistas y los monopolios imperialistas.

25. De ello la no alineación sigue ganando amplitud y audiencia expresando en el plano internacional las aspiraciones de un número cada vez mayor de Estados, de los movimientos de liberación nacional y de todas las fuerzas de emancipación y de progreso en el mundo.

26. A fin de cumplir plenamente con sus responsabilidades internacionales, de contribuir al arreglo de los problemas de nuestra época, que comprometen el destino de todos los pueblos del mundo, los países no alineados deben obrar de común acuerdo con todas las fuerzas amantes de la paz, la libertad y el progreso para la transformación de las relaciones internacionales en lo que respecta a la democracia y a la igualdad entre todos los Estados y asegurarse de que las decisiones que puedan afectar a los países pequeños o grandes no sean adoptadas sin su entera participación y sobre una base de igualdad.

27. En este contexto, la Conferencia subraya la necesidad de que los países no alineados ejerzan una acción más decidida, a fin de encontrar una solución urgente a los conflictos en el Tercer Mundo, donde la política de fuerza del im-

perialismo y del colonialismo se opone a las aspiraciones legítimas de los pueblos.

28. En el Medio Oriente, la situación sigue siendo alarmante. La obstinación de Israel en su política de agresión, expansión y anexión, y de opresión contra los habitantes de los territorios que ocupa con la fuerza, constituye un desafío a la comunidad internacional, a las Naciones Unidas, a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y una amenaza a la paz y la seguridad internacionales.

29. Recordando la inadmisibilidad de la adquisición de territorios por la fuerza, la Conferencia exige el retiro inmediato e incondicional de Israel de todos los territorios ocupados y se compromete en ayudar a Egipto, Siria y Jordania a liberar con todos los medios sus territorios ocupados.

30. A este respecto, el restablecimiento del pueblo palestino en sus derechos nacionales constituye una condición fundamental para la instauración de una paz justa y duradera en la región. La lucha del pueblo palestino con el fin de recuperar su tierra usurpada forma parte integrante de la lucha de los pueblos por la autodeterminación contra el colonialismo y la discriminación racial. Los países miembros de la Conferencia piden a todos los Estados, y muy particularmente a los Estados Unidos de América, que se abstengan de suministrar a Israel armas o proporcionar cualquier apoyo político, económico o financiero que le permita proseguir su política agresiva y expansionista.

31. La persistencia de Israel en su actitud de desafío a la comunidad internacional y a las Naciones Unidas, en colaboración con los Esta-

dos Miembros de dicha Organización, a adoptar individual o colectivamente medidas políticas y económicas contra dicho país, de acuerdo con el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas.

32. La Conferencia expresa su firme apoyo y su solidaridad al pueblo palestino por las duras pruebas que sufre y los grandes sacrificios consentidos para recobrar su dignidad y su existencia nacionales.

33. La Conferencia se felicita de la firma de los Acuerdos de París sobre el Viet-Nam, considerándola como una victoria común del pueblo de Viet-Nam y de los pueblos de los países no alineados, así como de todas las fuerzas amantes de paz y libertad del mundo. La Conferencia expresa su preocupación ante la negativa de los Estados Unidos de América y de la administración de Saigón a aplicar estrictamente los Acuerdos de París.

34. La Conferencia pide el cese inmediato de la intervención y de la injerencia americana en los asuntos internos de los pueblos de Indochina, y el respeto del libre ejercicio del derecho a la autodeterminación de los pueblos indochinos, condición indispensable para el establecimiento de una paz verdadera en la región.

35. La Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno invita a los Estados miembros a acordar su apoyo diplomático al Gobierno Revolucionario Provisional de Viet-Nam del Sur, representante auténtico y único de la población sudvietnamita y a contribuir a la reconstrucción del Viet-Nam devastado por la guerra.

36. La Conferencia saluda la victoria del pueblo camboyano que

consiguió el cese de los bombardeos americanos contra Camboya, y condena la obstinación de Estados Unidos de América en su política de agresión, que actualmente se manifiesta en el apoyo de todo tipo que presta al régimen de Pnom-Penh.

37. La Conferencia condena la intervención militar de los Estados Unidos de América y de sus aliados en Camboya, así como su inmisión en los asuntos internos de este país.

38. La Conferencia proclama que el único gobierno legítimo y legal de Camboya es el GRUNK, presidido por el Príncipe Norodem Sihanouk, Jefe de Estado, y pide instamente a todos los países no alineados que procedan urgentemente a reconocerle como tal.

39. La Conferencia se felicita de la firma del Acuerdo de Vientiane y se complacería en que las partes procedan lo antes posible a la firma de los protocolos para establecer un gobierno de coalición nacional en Laos.

40. La estricta aplicación del Acuerdo de Vientiane es indispensable para la restauración de una paz efectiva y duradera y de la concordia nacional, de conformidad con las aspiraciones legítimas del pueblo de Laos.

41. La Conferencia se felicita, muy particularmente, de la determinación de los países de esta región a continuar su política de no alineación.

42. La Conferencia apoya la acción de reunificación independiente y pacífica emprendida por el pueblo coreano, pide el retiro de las tropas extranjeras de Corea del Sur, y considera que el problema coreano debe resolverse sin injerencia extranjera.

43. Los Jefes de Estado o de Gobierno de los países no alineados han examinado detenidamente la situación de los pueblos de Africa del Sur, Namibia, Zimbabwe, Angola, Mozambique, Guinea (Bissau) y Cabo Verde, que son objeto de las más graves formas de explotación, opresión y destrucción por parte de las fuerzas del colonialismo, el neocolonialismo y el racismo que disfrutan del apoyo político, económico y militar de algunos gobiernos occidentales y del capital internacional. Los regímenes colonialistas y racistas en esta región constituyen una amenaza directa para el libre desarrollo de todos los países de Africa, especialmente de Guinea, de la República Popular del Congo, de Senegal, de la República Unida de Tanzania, de Zaire, de Zambia, de Botswana, de Swazilandia y de Lesotho.

44. La colusión de los regímenes colonialistas, segregacionistas, minoritarios e ilegítimos, respectivamente de Portugal, de Africa del Sur y de Rhodesia, la ayuda multiforme que reciben de algunos países de la OTAN, atestiguan claramente de los objetivos del imperialismo en esta región.

45. Los Jefes de Estado o de Gobierno han observado que desde la adopción del Manifiesto de Lusaka sobre Africa austral, las Potencias colonialistas, neocolonialistas y racistas siguen aplicando su política de agresión y de **apartheid**. La Conferencia reitera que sólo el recurso a la lucha armada pondrá fin a la dominación colonial y racial en esta región.

46. A este respecto, la Conferencia saluda la lucha heroica de los pueblos de Angola, Mozambique, Guinea (Bissau) y Cabo Verde y

las de todos los pueblos que luchan por su liberación. La Conferencia brinda su homenaje al valiente combate que llevan en condiciones especialmente difíciles los pueblos de Zimbabwe, Sudáfrica y Namibia.

47. La Conferencia considera que es urgente poner fin a la presencia colonial en el Sahara "español", en la Somalia denominada "francesa" (Djibuti) y en las islas Comores y Seychelles.

48. La Conferencia apoya el Programa de Acción aprobado en la Conferencia Internacional de Expertos celebrada en Oslo para el Apoyo a las Víctimas del Colonialismo y el **Apartheid** en Africa Meridional y pide su aplicación efectiva.

49. La Conferencia invita a los Gobiernos de los países que participan en la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa a que condenen el colonialismo portugués y todas las demás formas de colonialismo y racismo y reiteren las declaraciones y resoluciones de las Naciones Unidas sobre la descolonización a fin de impedir que Portugal, que ha desencadenado guerras coloniales en Africa, obtenga protección mediante el fortalecimiento de la seguridad y de la cooperación en Europa.

50. La Conferencia subraya la necesidad de que los países no alineados cooperen con todos los países y todas las fuerzas que se oponen al colonialismo y al neocolonialismo, con objeto de prestar un apoyo material y activo a la lucha armada de los movimientos de liberación en Africa.

51. La Conferencia subraya la necesidad de poner fin a la dominación colonial donde existe todavía

en América Latina. Reitera la total solidaridad de los países no alineados con los pueblos de esta región, que están todavía sometidos al colonialismo, y exige que se reconozca su derecho inalienable a la independencia nacional. La Conferencia apoya la lucha del pueblo portorriqueño por su independencia nacional, y las resoluciones adoptadas por el Comité Especial de Descolonización de las Naciones Unidas respecto a dicho territorio.

52. La Conferencia pide al Gobierno de Estados Unidos de América que se abstenga de adoptar medidas que afecten directa o indirectamente al ejercicio de su derecho a la independencia.

54. La Conferencia apoya la lucha de los pueblos de América Latina para afirmar su soberanía, recuperar sus recursos naturales y llevar a cabo los cambios estructurales indispensables para garantizar su desarrollo, y condenan las agresiones y las presiones imperialistas a que están sometidos estos países.

55. La Conferencia considera que la lucha por la liberación de América Latina es un factor importante en la lucha de los pueblos contra el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo, y contribuye a establecer y reforzar la paz y la seguridad internacionales.

56. La Conferencia saluda al Gobierno y al pueblo de Chile por la lucha que mantienen por consolidar la independencia y crear una sociedad nueva, haciendo frente a la agresión conjunta de la reacción y del imperialismo. La Conferencia manifiesta su solidaridad con este país por llevar a cabo las transformaciones económicas y sociales ya emprendidas, conservar su uni-

dad nacional y evitar la guerra civil.

57. La Conferencia saluda al Gobierno y al pueblo del Perú por su lucha para salvaguardar la soberanía nacional, recobrar los recursos naturales del país y transformar sus estructuras económicas, sociales y políticas.

58. La Conferencia saluda la victoria del pueblo de Argentina en su lucha por una independencia auténtica y por el progreso social.

59. La Conferencia apoya al Gobierno y al pueblo de Panamá que obran para recobrar su soberanía sobre la zona del Canal.

III

60. Los países no alineados señalan la necesidad de que la distensión iniciada por las grandes Potencias y ya saludada por la Conferencia de los no Alineados, conduzca a la disolución efectiva de las alianzas militares nacidas de la guerra fría.

61. La Conferencia reafirma el objetivo fijado por la Declaración de la Tercera Conferencia en la Cumbre de los Países no Alineados, referente a la eliminación de todas las bases militares y la retirada de tropas extranjeras de todas las regiones del mundo.

62. La Conferencia otorga su apoyo a los países que luchan por la liquidación de las bases militares implantadas en su territorio en virtud de tratados injustos y mantenidas contra la voluntad de sus pueblos.

63. Los Jefes de Estado o de Gobierno de los países no alineados subrayan que el fortalecimiento de la seguridad internacional forma parte integrante del programa y de las acciones que tienen por fin la garantía de la paz y del pro-

greso para todos los pueblos y todos los países. Es sólo con el establecimiento de una seguridad internacional que, abarcando todas las partes del mundo e igual para todos los pueblos y todos los países que se alcanzará dicho objetivo.

64. La Conferencia estima que la creación de zonas de paz y de cooperación en las distintas regiones del mundo, basándose en los principios de la Carta de las Naciones Unidas, puede aliviar las tensiones, eliminar la presencia militar extranjera y promover la cooperación pacífica entre todos los países interesados.

65. Los Jefes de Estado o de Gobierno se felicitan de la adopción en el vigésimo sexto período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas de la Declaración sobre el Océano Índico como zona de paz; y el establecimiento de un Comité especial de las Naciones Unidas para examinar las medidas necesarias para aplicar la Declaración. Estiman asimismo que la acción dirigida hacia la promoción de los objetivos de la Declaración contribuirán a vigorizar la paz y la seguridad internacional. Piden a todas las Potencias que cooperen en la realización de los objetivos de la puesta en práctica de dicha resolución.

66. La Conferencia expresa su preocupación ante la creciente tensión en el Mediterráneo, debida a la agresión de Israel y caracterizada por la consolidación de antiguas bases militares y por el despliegue de fuerzas navales extranjeras.

67. La Conferencia apoya los esfuerzos de los Estados y pueblos árabes por mantener la estabilidad, la seguridad y la prosperi-

dad de la región para salvaguardar su independencia y oponerse a toda inmixción extranjera, sea cuál sea su origen.

68. La Conferencia, estimando que la seguridad en Europa no puede separarse de la seguridad en el Mediterráneo, apoya los derechos legítimos de los países no alineados en esta región a participar en las decisiones que conciernen a su seguridad. Por otra parte, la Conferencia apoya sus esfuerzos por establecer una zona de paz y de cooperación sobre la base del respeto de los intereses de los países interesados y la no injerencia en los asuntos internos.

69. Los Jefes de Estado o de Gobierno se felicitan de la Declaración de Kuala Lumpur en favor del establecimiento de una zona de paz, libertad y neutralidad exenta de toda forma de injerencia de Potencias a la región, y nota con satisfacción los progresos logrados en la realización de los objetivos de la Declaración. La Conferencia ve en ella una contribución positiva al establecimiento de la paz y de la seguridad internacionales, y lanza un llamamiento a todos los Estados para que respeten los principios y los objetivos de la Declaración. Esperan que la presencia militar en esa región así como las bases extranjeras sean eliminadas de esa región.

70. Los participantes en la Conferencia han prestado especial atención al fortalecimiento de la seguridad y a la defensa de los países no alineados contra los peligros externos. Han expresado su determinación para reforzar su solidaridad y ayuda mutua en caso de amenaza contra su independencia y su integridad territorial.

71. La Conferencia ha observado

con preocupación que no ha cesado el tráfico de armas convencionales hacia los países no nucleares y que constituye una amenaza para la seguridad de los países no alineados y crea tensiones en ciertas regiones. La Conferencia exige el cese de dicho tráfico.

72. La Conferencia se declara en favor del desarme general y completo y en particular de la prohibición del uso de armas nucleares, de la fabricación de armas nucleares y de los vectores, de la destrucción de todas las existencias de estas armas, de la cesación total de todos los ensayos nucleares en todos los medios y en todas las regiones del mundo.

73. A este respecto, la Conferencia pide la suspensión de los ensayos nucleares franceses programados y realizados en Mururoa, en el Pacífico sur.

74. La Conferencia se pronuncia de igual manera por la prohibición de todas las armas químicas y bacteriológicas existentes.

75. La Conferencia pide que se convoque lo antes posible una conferencia mundial sobre el desarme, en la que participen todos los Estados.

76. La Conferencia insiste sobre la gran contribución que la tecnología nuclear utilizada a fines pacíficos, y la liberación de los recursos resultantes del desarme, podrían aportar al bienestar de todos los pueblos y al desarrollo económico y social de los países en vías de desarrollo.

77. La Conferencia, refiriéndose a la Declaración sobre las Naciones Unidas aprobada por la Tercera Conferencia en la Cumbre de los Países no Alineados, reafirma su adhesión a los principios y objetivos de la Carta. Estima que las

Naciones Unidas pueden constituir un instrumento eficaz para promover la paz y la seguridad internacionales, desarrollar la cooperación y salvaguardar los derechos y libertades fundamentales.

78. La Conferencia reitera que la realización de la universalidad de las Naciones Unidas constituye un elemento esencial para con su eficacia. A ese respecto, se felicita del restablecimiento en sus derechos en las Naciones Unidas de la República Popular de China, derechos defendidos desde hace mucho tiempo por los países no alineados. Se felicita asimismo de las recomendaciones del Consejo de Seguridad sobre la admisión de la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana.

79. La Conferencia apoya la admisión en las Naciones Unidas de la República Popular de Bangladesh, miembro soberano y de pleno derecho de la familia de los países no alineados. A ese respecto, la Conferencia toma nota del hecho de que la conclusión de los acuerdos recientes de Nueva Delhi del 28 de agosto de 1973 ha abierto la vía hacia la solución de los mayores problemas humanitarios y el establecimiento de una paz duradera en Asia meridional.

80. Sin embargo, las condiciones actuales de su funcionamiento todavía no se ajustan a las nuevas realidades internacionales ni le permiten cumplir plenamente con su misión en favor de la paz y del desarrollo.

81. La no observación de las decisiones de las Naciones Unidas, la tendencia de las grandes Potencias a monopolizar su acción, a paralizarlas, o a modificarlas según intereses particulares, están en

contradicción con su carácter de universalidad y perjudican su crédito y su prestigio.

82. Para asegurar la eficacia de las Naciones Unidas y su autoridad, los países no alineados subrayan la necesidad de mejorar la Organización. A este respecto, el Consejo de Seguridad, órgano dotado de la responsabilidad principal de mantener la paz y la seguridad internacionales, no debería encontrar obstáculos en el ejercicio de las funciones que le confiere la Carta y, por consiguiente, los Jefes de Estado o de Gobierno invitan a todos aquellos que, en virtud de la Carta, tienen una responsabilidad particular, a que ejerzan sus funciones con sabiduría e integridad moral.

83. Estiman necesario que los organismos interesados de las Naciones Unidas adopten decisiones y resoluciones idóneas y perfectamente claras, con fidelidad absoluta a los principios de la Carta, y que se garantice el respeto de tales decisiones y resoluciones.

IV

84. La Conferencia expresa su inquietud ante la deterioración constante de las condiciones económicas de los países en vías de desarrollo, mientras se amplía la distancia que los separa de los países industrializados. Los esfuerzos desplegados durante el primer Decenio del Desarrollo y los primeros años del Segundo, no han logrado ningún resultado significativo.

85. La multiplicación de las violaciones de la soberanía de los Estados, la explotación neocolonialista de los países en desarrollo, principalmente por las sociedades transnacionales, la persistencia de sus estructuras internas inadecua-

das, las reservas y las restricciones de algunos países industrializados en cuanto a la aplicación de la Estrategia del Desarrollo acrecientan el empeoramiento constante de la situación de los países en vías de desarrollo. Por otra parte, los países no alineados consideran que la evolución de las relaciones económicas y el aumento de los intercambios entre los países desarrollados, no deben de ningún modo perjudicar los intereses esenciales de los países en desarrollo, particularmente con la disminución de la participación de estos últimos en el comercio mundial y la cooperación internacional.

86. En materia financiera y a la luz de las actuales negociaciones, la Conferencia nota la falta de voluntad política suficiente por parte de los países industrializados participando en tales negociaciones para tener en cuenta en el futuro sistema de las necesidades específicas de los países en desarrollo en materia de intercambios exteriores y de financiación del desarrollo.

87. Para crear las condiciones de un verdadero desarrollo, la Conferencia reafirma la necesidad de acabar con toda forma de dominación y de explotación extranjeras. Proclama el derecho de los Estados a recuperar sus recursos naturales y valorizarlos en provecho de sus pueblos dentro de un sistema de desarrollo libremente elegido.

88. La Conferencia estima que una cooperación a nivel subregional, regional e internacional basada en el respeto mutuo y las ventajas recíprocas constituye una contribución apreciable a la política de desarrollo.

89. La Conferencia invita a los países no alineados a intensificar sus

consultas en todos los dominios, a fin de participar activamente en la solución de los problemas económicos internacionales, principalmente con miras a las próximas negociaciones monetarias y comerciales de la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar.

VI

98. A raíz de la Cuarta Conferencia de los Países no Alineados, los Jefes de Estado o de Gobierno deciden intensificar su acción y coordinar sus esfuerzos a fin de asegurar la continuidad y la eficacia de la política de no alineación cuyas justeza y razón de ser se confirmaron por los últimos acontecimientos internacionales.

99. Todo ello se confirma como una necesidad en vista de que los principios de la no alineación han sido aceptados como base de acción por numerosos organismos de cooperación regional e internacional.

100. En un mundo que va organizándose, las grandes mutaciones actuales tanto políticas como económicas y tecnológicas, la urgencia y la agudeza de los problemas de liberación y desarrollo así como los imperativos por una paz verdadera, llevan a los países no alineados a intensificar sus acciones, organizar su cooperación con el fin de dar un nuevo significado a la solidaridad entre ellos y asegurar su participación al arreglo de los grandes problemas internacionales.

101. La Conferencia decide celebrar la próxima Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados en Colombo, Sri Lanka, en el año 1976.

Resolución sobre la Cuestión del Derecho del Mar

La Cuarta Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados, celebrada en Argel del 5 al 9 de septiembre de 1973,

Considerando que los países no alineados, en las reuniones de Lusaka y de Georgetown, enunciaron importantes principios del derecho del mar que han influido sobre las posiciones tomadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas y la preparación de la próxima Conferencia sobre Derecho del Mar,

Recordando la resolución 2749 (XXV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas incluyendo una declaración de principios sobre los fondos marinos y oceánicos adoptada en conformidad con la declaración que fue aprobada en septiembre de 1970 en Lusaka, Recordando también la resolución 3016 (XXVII) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que "reafirma el derecho de los Estados a la soberanía permanente sobre todos los recursos naturales, tanto de los territorios dentro de sus fronteras internacionales, como de los fondos marinos y oceánicos y su subsuelo dentro de los límites de su jurisdicción nacional y en las aguas suprayacentes",

Recordando además los principios, recomendaciones y declaraciones adoptados en las reuniones del Comité Legal Consultivo Asiático Africano (Colombo 1971, Lagos 1972 y Nueva Delhi 1973), en la II Reunión Ministerial del Grupo de los 77 (Lima 1971), en la Conferencia de Cancilleres de Países del Caribe (Santo Domingo 1972), en el Seminario Regional de los Estados Africanos sobre Derecho

del Mar (Yaundé 1972), en la III UNCTAD (Santiago de Chile 1972) y en la Conferencia de la Organización de la Unidad Africana (Adis Abeba 1973),

Reafirmando la importancia vital de la valorización racional de los recursos de los mares y océanos para el desarrollo económico y la promoción del bienestar de los pueblos,

Considerando finalmente la necesidad de una concertación entre los países no alineados para asegurar el reconocimiento internacional de estos principios durante la próxima Conferencia de Santiago de Chile sobre el Derecho del Mar, que en virtud de la resolución 2750 C (XXV) examinará en su conjunto los diversos temas y cuestiones del régimen jurídico para el espacio oceánico, teniendo en cuenta las realidades políticas y económicas y los progresos científicos y tecnológicos del último decenio,

1. Se felicita de la aprobación por la Asamblea General de las Naciones Unidas de las resoluciones 2749 (XXV) y 3016 (XXVII);

2. Apoya el reconocimiento de los derechos de los Estados ribereños en los mares adyacentes a sus costas y en su suelo y subsuelo, dentro de zonas de jurisdicción nacional que no excedan las 200 millas, medidas desde las líneas de base, a los efectos de explorar los recursos naturales y de proteger los demás intereses conexos de sus pueblos, sin perjuicio, por una parte, de la libertad de navegación y de sobrevuelo donde sea aplicable y, por otra, del régimen relativo a la plataforma continental;

3. Subraya la necesidad de establecer un régimen preferencial para los países en desarrollo cuya situación geográfica es desventa-

josa, incluidos los países sin litoral, tanto por lo que se refiere al acceso al mar y a su utilización, como a la explotación de recursos vivos en las zonas de jurisdicción nacional;

4. Preconiza que el nuevo derecho del mar debe tomar en consideración las realidades particulares de las distintas regiones;

5. Reafirma:

— el principio de que la zona y los recursos de los fondos marinos y oceánicos y su subsuelo fuera de los límites de la jurisdicción nacional son patrimonio común de la humanidad;

— la necesidad de tomar la Declaración de principios adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas como base del establecimiento de un régimen para la administración de dicha zona;

— la necesidad de instituir una autoridad internacional facultada para emprender bajo su control efectivo, sea directamente o de otra manera que decida, todas las actividades que se relacionen con la exploración de la zona y la explotación de sus recursos, cuidando de las repercusiones económicas y ecológicas de tales actividades sobre las necesidades e intereses especiales de los países en desarrollo tanto ribereños como sin litoral, y distribuyendo de manera equitativa los beneficios y otras ventajas resultantes de las mismas actividades;

6. Preconiza asimismo que las nuevas reglas sobre la utilización y explotación del espacio oceánico deben tener en cuenta la preservación del medio marino;

7. Considera que esas nuevas reglas deben contribuir de manera efectiva a eliminar las amenazas a la seguridad de los Estados y a

asegurar el respeto de su soberanía e integridad territorial;

8. Señala la necesidad urgente de celebrar una Conferencia sobre Derecho del Mar en Santiago de Chile, en 1974, así como la necesidad de asegurar su éxito mediante una preparación adecuada y la adopción de reglas de procedimiento que permitan lograr rápidamente resultados positivos y obtener el máximo grado posible de acuerdo;

9. Reitera que de conformidad con la Declaración de principios relativa a la explotación de los fondos marinos y oceánicos y su subsuelo fuera de los límites de la jurisdicción nacional, tal como los ha establecido la resolución 2749 (XXV), y con las disposiciones de la resolución 2574 (XXIV), ningún Estado ni persona o entidad jurídica pueden explotar los recursos de la zona antes del establecimiento del régimen internacional acordado;

10. Recomendando que con motivo de la próxima sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas y de la Conferencia sobre Derecho del Mar, los delegados de los países no alineados celebren reuniones previas para coordinar sus posiciones y acciones sobre las cuestiones de organización y de fondo, respectivamente, relacionadas con dicha Conferencia, a fin de asegurar el establecimiento de un nuevo régimen del espacio oceánico basado en los principios de justicia, seguridad, coexistencia pacífica, desarrollo y bienestar para todos los pueblos.

Resolución sobre los Estupefacientes

Declarándose profundamente preocupada por la progresión constante de los daños causados por los estupefacientes y los narcóticos que

afectan en particular a los medios juveniles y que constituyen a medio plazo una amenaza seria para la salud y la economía de los países del Tercer Mundo, la Conferencia lanza un llamamiento solemne a todos los países miembros y les recomienda que se comprometan a tomar medidas urgentes de carácter interno para combatir este flagelo. Les invita a coordinar sus esfuerzos cooperando estrechamente para adoptar y aplicar medidas legislativas adecuadas para poner fin al tráfico de estupefacientes, narcóticos y otras sustancias nocivas.

Discursos:

Transcribimos a continuación parte de algunos de los discursos pronunciados en la Conferencia Cumbre de Argel.

HABIB BOURGUIBA

República de Túnez

Ante todo, ¿quiénes somos los que estamos aquí reunidos? En Belgrado en 1961 éramos una especie de reacción al antagonismo de los bloques y, en un mundo marcado por la guerra fría, nuestra Conferencia fue un grito de conciencia: en verdad el único que haya sido escuchado y que haya contribuido, si no a desarmar las bombas nucleares, en todo caso a comprometer a los supergrandes a no recurrir a ellas.

En Belgrado nos acercaba y nos reunía la negativa de aceptar bases extranjeras en nuestros países. Nuestra conducta fue de tal rigor y de tal ejemplo, que desde todas partes se elevaron las exigencias de evacuación y de independencia. Denunciamos los pactos militares en el momento culminante de la guerra fría, tuvimos la nobleza de

comprometernos a no "pactar" con ninguno de los superantagonistas y de hacer todo lo posible para que la coexistencia pacífica fuera practicable. Es verdad que los pactos militares no habían aparecido todavía. El no alineamiento se acomodó luego a ellos, oponiendo los acuerdos singulares, llamados de amistad y de asistencia, a los acuerdos clásicos, llamados de carácter militar.

Si en Belgrado fuimos quienes llamamos al acuerdo, a la distensión, a la cooperación, sólo éramos entonces una voz, y no pudimos ni siquiera transformarnos en una estructura organizada y vigilante. Y hoy nos encontramos en una vasta asamblea, que no sabría incluso quiénes somos y qué llegaremos a ser si por desgracia ella olvidara lo que fuimos.

Algún país, entre los más ilustres, por el cual profesamos tanta consideración como amistad, ¿no ha llegado, para aumentar su equipamiento militar, a comprometerse en un pacto llamado de amistad y de asistencia militar? ¿Y tal otro, también entre los más ilustres y más querido a nuestros corazones, no ha sido llevado en el torbellino a la división y la guerra, sin que el pacto militar del cual era parte haya acudido en su ayuda? No hago juicio de valor sobre uno u otro caso, simplemente verifico la evolución sorprendente que sufrió, desde la reunión de Belgrado, la concepción misma del no alineamiento.

Sin duda las mutaciones registradas en nuestro universo son sorprendentes y sin duda el antagonismo de las superpotencias ha evolucionado.

En la imagería popular, Coca Cola deja de ser el símbolo del

imperialismo capitalista, justamente en el momento en que su imperio se ensancha y se organiza incluso en los países socialistas, practicando la coexistencia pacífica con el vodka.

Sin duda las sociedades transideológicas practican también la coexistencia ideológica pacífica, para favorecer en los países socialistas un florecimiento económico de nuevo tipo, permitiendo así a la economía liberal y a la economía dirigida respaldarse y enriquecerse mutuamente.

.....
Después de haber sido durante largo tiempo las principales víctimas de la guerra fría, ¿no estamos hoy enredados en ese magma inmenso del flirteo caliente entre URSS y EE.UU. de América, que cada día se profundiza? Simplemente queremos formular el deseo de que esta voluntad de cooperación entre los antagonistas de oyer no se ejerza en detrimento de los países en vía de desarrollo, que no se transforme en una voluntad de potencio, pretendiendo disponer de todo, decidir sobre todo, por ser la única capaz de dosificar la distensión y de comandar las compuertas de la paz. Si hoy día el sentimiento de distensión es real en el alemán, especialmente en el berlinés, ¿qué pasa en el palestino, el egipcio, el sirio, el libanés, el angolés y el africano que sufre en su carne las agonías del racismo y la humillación?

.....
Esos naves de guerra que vienen del frío y que bajo la forma de escuadra pasan al calor para cruzarse allí con otras flotas militares y para recorrer juntas casi todos los océanos y mares, ¿sólo hacen ejercicios y practican la forma

militar de la coexistencia pacífica?

.....
Si sus intenciones son tan puras como se las anuncia y el objetivo perseguido tan preciso como se lo proclama, ¿por qué esa exhibición de fuerzas impresionantes en nuestra región, en el Mediterráneo y en otras partes, por qué esa manía de perseguirse, de espiarse, de medirse, como lo harían dos campeones de box para conocerse antes del combate decisivo?

.....
Ciertamente nuestro movimiento se amplía. Aquí y allá suscitamos simpatías, verdaderas adhesiones, sobre todo en el continente americano, a pesar de que nuestros objetivos no son definidos o precisos, a pesar de la confusión y la incertidumbre que caracterizan aún a nuestros medios y a la ruta a seguir para llegar a esos objetivos. Fuera de Yugoslavia, ejemplo de constancia y de solidaridad, fuera de su valeroso presidente, el Mariscal Tito, de notable lucidez y al cual le rendimos homenaje en forma unánime, fuera del interés que manifiesta Austria por nuestros trabajos, fuera de algunas simpatías parciales, sobre todo en países escandinavos y en Francia, es sorprendente la indiferencia, la falta de interés de los europeos frente a los problemas que debatimos. Y sin embargo, sus valiosos esfuerzos de desarrollo comunitario y de vida independiente... deberían haber vuelto a los europeos más atentos a lo que hacemos y más cooperativos en lo que intentamos. Es cierto que Europa no es aún más que una nebulosa cargada de esperanzas y de contradicciones. Algunos países europeos desearían ver a Europa suficientemente fuerte para afirmar su independencia

frente a las grandes potencias, pero bastante débil como para continuar dependiendo de ellos.

En este universo robotizado que parece flotar en una especie de desesperanza como si estuviera enfermo del alma, exaltemos las virtudes del espíritu y ejercitémonos en el esfuerzo reflexivo, disciplinado, recojamos las tradiciones de nuestros antepasados, a quienes el Mediterráneo enriqueció con sus mensajes. Repitamos con ellos esa enseñanza que vale por sí misma todo un programa:

"He buscado la verdad, he encontrado la justicia y la libertad".

.....
Señor presidente, queridos hermanos, queridos amigos: ...espíritus muy documentados sostienen con tanta autoridad como angustia que nuestro universo está expuesto, que nuestra vida corre peligro y que, en nuestro planeta, demasiados hombres consumiendo demasiados productos degradan demasiadas riquezas, al saber producir de todo en abundancia, salvo la satisfacción; que a fuerza de consumir ilimitadamente, los hombres están en camino de destruir su patrimonio y hasta sus propias oportunidades de sobrevivir. Tal como esos espíritus lo afirman, la marcha hacia el progreso técnico avanza al ritmo de una marcha fúnebre... Si estamos hasta ese punto amenazados en nuestra propia existencia, ¿por qué entonces un impulso de sobrevivencia colectivo, masivo y vigoroso, no nos pone de pie como un solo hombre? ¿Por qué no llega el sentimiento de solidaridad total a nuestra casa y a todos lados?

¿Por qué esa corriente de ayuda mutua y de cooperación se encuentra limitada a las grandes poten-

cias nucleares y espaciales?... ¿Es necesario concluir que ellas están bien colocadas para calcular la penuria que amenaza a nuestro planeta y que han decidido organizarse para asegurarse para ellas mismas los medios de desarrollo y reservar para los otros, para todos los otros, la tarea de subsistir, de vegetar, en el mejor de los casos de consumir?

Todo sucede como si las grandes potencias y todo el resto de la humanidad no giraran sobre la misma órbita...

Señor presidente, queridos hermanos, queridos amigos: dos veces la historia nos ha enseñado que la ayuda y la cooperación sólo jugaron eficazmente entre los países ricos...; la primera vez, después de la guerra mundial, el Plan Marshall vino en socorro de la rica Europa, temporalmente abandonada por la suerte de las armas.

.....
La segunda vez... ocurre hoy: América aporta el poder de sus capitales, de su técnica, de sus servicios preciosos para perfeccionar el crecimiento de la URSS. La historia dirá que la ayuda no vino en tiempo útil, ni en volumen suficiente, en ayuda de los países pobres. Se trata de una verdad que subrayamos con serenidad, sin amargura, ni decepción, ni envidia; de ahora en adelante debemos redoblar la vigilancia para que las sociedades transideológicas que se desarrollan en la sociedad soviética y el dinamismo acrecentado de la sociedad norteamericana... no sometan a una dura prueba a los países pobres organizándose mejor a fin de extraer de esos países más fácilmente y a mejor precio, las materias primas.

Estas tendencias a cuadrangular

nuestro mundo para dominarlo mejor... arriesgan instalar una hegemonía de nuevo tipo...: por un lado el imperialismo del crecimiento... y de la opulencia y por el otro lado el mundo de la penuria y del consumo.

He ahí el peligro que debemos analizar con clarividencia y rigor. Nuestra tarea es ciertamente árdua... comencemos entonces por el principio: un largo trabajo de educación y de toma de conciencia quedan por hacerse.

.....
Enrolémonos en el duro y largo combate que repersonalice a nuestros pueblos, los libere de la resignación, del fanatismo, del fatalismo y de las secuelas del colonialismo.

.....
Seamos con mesura, pero con constancia, con sabiduría, pero con fe, los animadores de nuestra propia autenticidad, los portadores de nuestra propia verdad, los artesanos de nuestra propia felicidad.

MUAMMAR EL KADDAFI
República Árabe de Libia
Señores:

No quisiera pronunciar un discurso, sino simplemente expresar algunas observaciones.

Ante todo, en nombre de la República Árabe de Libia, declaro desde el principio que apruebo todas las proposiciones presentadas por los Señores Jefes de Estado o de Gobierno, persuadido de que esas resoluciones expresan aspiraciones humanas loables; estoy persuadido y espero ser desmentido, que ellas no serán realizadas, pero las apruebo, aquí, con algunas reservas.

Advierto igualmente que este mo-

vimiento no puede prepararse para una defensa colectiva.

No pedimos a nuestro movimiento que constituya cuerpos especiales para la defensa colectiva, afirmo que eso es imposible. Pero sí desearía que los países no alineados no ejerzan ninguna presión y no lleven a cabo ninguna agresión los unos contra los otros.

La República Árabe de Libia que yo represento aquí, se compromete delante de ustedes a no llevar nunca a cabo agresiones contra ninguno de los países miembros de nuestro movimiento, salvo en caso de legítima defensa.

Deseo que cada uno de nosotros se comprometa a hacer lo mismo. De esa manera contribuiremos a limitar las guerras y a instaurar la paz.

Es igualmente imposible que nuestro grupo elabore un programa económico común, a pesar de las proposiciones aquí presentadas y que apoyamos con algunas reservas. Lo que debemos hacer, más que nada, es evitar que ninguno de nosotros establezca relaciones económicas con las potencias que explotan los recursos humanos y naturales de nuestros países.

Libia, en cuyo nombre hablo, se compromete a no establecer vínculo alguno, a no contraer ningún compromiso de ese género, con cualquier clase de monopolios.

Mi país se compromete por el contrario a desplegar todos sus esfuerzos para luchar con el fin de destruir esos monopolios y de cooperar para su eliminación.

Desearía que ninguno de nosotros se adhiriera a una alianza militar de cualquiera de los dos bloques, que podrían utilizar esas alianzas contra alguno de nosotros.

Espero que tengamos el coraje, en

el seno de esta Gran Conferencia Internacional, de comprometernos solemnemente a liberarnos de esas alianzas o de compromisos ya contraídos, si bien esta exigencia me parece igualmente imposible de realizarse.

Nuestro grupo no puede de ninguna manera tomar en conjunto una posición política precisa, ni siquiera en las Naciones Unidas, si bien yo apoyo todas las proposiciones tendientes a armonizar y a unificar nuestra política.

Hablo en nombre de un país libre, que hace y ejecuta lo que dice, y que no dice más de lo que puede hacer. Mi país, donde se desarrolla actualmente una revolución, quiere hacerse respetar en el plano internacional. Mi país no tiene "slogans", lleva adelante una revolución en el verdadero sentido del término. Podemos equivocarnos, pero queremos ser honestos con ustedes y con nosotros mismos.

.....

En nuestros días se asiste a tentativas llevadas a cabo por los países comunistas con el fin de ejercer una dominación económica. Soy amigo de los países comunistas, pero no admito más que esa amistad.

Se pretende que mi país está dentro del campo socialista, un campo socialista dominado además por una gran potencia. Pareciera que se alude a una especie de dominio sobre el Tercer Mundo, con la intención de sembrar la duda. Pero el comunismo es totalmente diferente del socialismo.

Hay además otra dominación, la dominación cultural. Las tres cuartas partes del mundo están colonizadas desde el punto de vista cultural, especialmente por Occidente. Aun el Cristianismo, des-

graciadamente, ha sido utilizado como instrumento por los colonialistas, sobre todo en Africa.

La mitad de nosotros habla inglés, y no somos ingleses, la otra mitad habla francés y no somos franceses. Nuestra lengua nacional es escarnecida y despreciada. El colonialismo nos ha inspirado el desprecio de nosotros mismos, hemos sido colonizados psicológicamente y hemos llegado a despreciar nuestra lengua, nuestra cultura y aun nuestra capacidad de erigir un sistema económico.

Si el alma se libera, podremos entonces tomar las armas para defendernos contra toda agresión. Pero si el alma está esclavizada, la mano temblará y el arma caerá.

Si no nos esforzamos por liberar nuestras almas, seremos eternamente esclavos.

Desearía subrayar también otro hecho: después de varios años de existencia del movimiento de países no alineados hemos sufrido, desgraciadamente, fracasos.

No debemos engañarnos, no debemos decir que nuestra marcha es sólida y coronada por el éxito: esas son palabras dignas de una cierta prensa.

En verdad el no alineamiento, en el verdadero sentido de la palabra, ha sido vencido por nuestra propia voluntad y por fuerzas mayores fuera de nuestro alcance.

Basta advertir que los países promotores del movimiento de no alineados, desgraciadamente y por razones de fuerza mayor, han asumido compromisos que no podemos aceptar ni aprobar y mantienen inclusive alianzas con las grandes potencias.

No quisiera poner a nadie en una situación delicada, pero todos us-

tedes saben lo que quiero decir. Asimismo advierto que, desgraciadamente, nosotros mismos hemos recurrido a la fuerza armada para resolver nuestros conflictos.

Otra advertencia general: ...no está claro quién es amigo, quién es enemigo. Quiero decir francamente que hay en el mundo dos grandes potencias: los Estados Unidos de América y detrás de ellos el mundo capitalista, y la URSS y detrás de ella el mundo comunista. Dado que la URSS representa una fuerza y los EE.UU. otra, no debemos equivocarnos: su situación exige que entre ellos se establezca una competencia en la búsqueda de zonas de influencia y dominación, zonas favorables a la constitución de frentes para protegerse los unos de los otros.

Sus enormes intereses económicos les imponen la necesidad de buscar fuentes de ganancia, de asegurar sus medios de comunicación; incluso el saqueo de recursos naturales les exige esa competencia. Sus fuerzas militares exigen su presencia en los mares, en los océanos, en las regiones estratégicas. Y eso requiere acuerdos, alianzas con aquellos que aceptan o con aquellos a quienes se engaña o se seduce. Son verdades que hay que admitir desde el principio. La mayoría de nosotros somos amigos de la Unión Soviética, y yo estoy entre los amigos de la Unión Soviética. Pero la Unión Soviética como gran potencia sería estúpida si no buscara zonas de influencia para luchar contra los Estados Unidos. Está obligada a transformarse en una potencia imperialista como los Estados Unidos, ya que las circunstancias se lo imponen.

Ahora nos encontramos al borde

del Mar Mediterráneo, ese mar donde navegan las flotas americana y soviética cargadas de bombas atómicas, amenazando a toda la región e incluso al mundo entero.

Mi país ha liquidado las bases militares que allí se encontraban y ha prohibido el acceso a sus puertos a las naves militares soviéticas. El resultado de esto es que nuestra actitud ha disgustado a la URSS. No puedo permitírselo ni a los soviéticos ni a los americanos. Hago ahí un acto de no alineamiento.

Afrontamos desafíos imperialistas. Hemos echado a los americanos, y ellos buscan la menor ocasión para vengarse. Es una realidad que vivimos en Libia y que se las expongo a fin de que nadie se engañe a sí mismo.

Respecto de este problema, me complazco en saludar a la República Árabe de Siria, quien, a pesar de penosas y duras circunstancias, se ha mantenido firme y ha rechazado toda alianza y todo compromiso que pudiera atentar contra la libertad de su pueblo o bien causarle el mínimo perjuicio a su país. Evidentemente, Siria no está en una situación envidiable y a pesar de todo ha resistido y se ha negado a dejarse seducir. Me complazco en saludar, en nombre de mi país, esa actitud tomada por un país hermano.

En el Golfo Árabe navegan hoy flotas americanas y soviéticas, por constituir ese golfo una región estratégica cuyo subsuelo encierra petróleo, y donde hay también medios de comunicación y de transporte. Lo mismo ocurre con el océano Pacífico. Europa está actualmente dividida en dos, pero Yugoslavia es el país que considero

verdaderamente no alineado y que constituye el único punto luminoso en ese lugar tenebroso.

Podría decir brevemente que necesitamos una Revolución Cultural para transformar nuestro frente interno, y entonces seríamos fuertes ante el imperialismo. Debemos erigir un sistema socialista, un socialismo que no tiene absolutamente nada que ver ni con el comunismo ni con el capitalismo.

Es necesario saber que existe un campo oriental y un campo occidental y que cada uno de ellos constituye un colonialismo imperialista. Aun si las intenciones de alguno de esos campos son buenas, está obligado a actuar de una manera imperialista.

¿Qué se debe entender por neutralidad? Liberarnos, no comprometernos ni con Occidente, ni con Oriente, y dado que constituimos el grupo más importante, arreglar nosotros mismos nuestros problemas. Debemos ayudar a todos aquellos que desean salir de esta especie de pesadilla de los bloques. Sin eso, la neutralidad no tendrá sentido alguno. No podemos actuar de una manera organizada si no logramos elaborar una Carta cuyos principios nos comprometamos a respetar.

¿Por qué hablamos continuamente de la carta de las Naciones Unidas, cuando ellas no han hecho nada? Si bien respeto a la ONU, no le pido jamás aquello que sobrepasa sus poderes.

Podemos darle a nuestro movimiento una Carta que tendrá como principio la neutralidad. Debemos tener por principio la neutralidad.

Debemos tener un secretariado permanente y elegir como asiento, por ejemplo Argel, el lugar mismo

donde se lleva a cabo esta conferencia.

Cuando dejemos esta conferencia, las grandes potencias tratarán nuevamente de seducirnos. No deseo la próxima vez que nos reunamos, ver a un buen número de nosotros comprometidos con las grandes potencias.

Si ustedes me permiten les hablaré de mi país. Hablamos de colonialismo y sufrimos verdaderamente de colonialismo. Debemos enrollarnos en una lucha para suprimir sus secuelas. Hemos sufrido el colonialismo en el pasado, y un gran número de países del Tercer Mundo lo sufren igualmente hoy.

El colonialismo ha robado nuestro patrimonio; nuestros manuscritos, nuestros monumentos, nuestra historia se encuentran en los museos de los países imperialistas.

Ese es uno de los efectos de la agresión colonialista. ¿Debemos sufrir pasivamente esas agresiones, con el riesgo de padecerlas nuevamente y ver nuestra cultura completamente saqueada?

Pido encarecidamente a la Conferencia y espero el apoyo del Señor Presidente, que adopte una resolución, denunciando que ese robo histórico ha tenido efectivamente lugar y que los autores criminales de esos robos deben ser castigados.

Para salvar nuestra lengua, por ejemplo, debemos recuperar nuestros manuscritos. Deseo vivamente que la Conferencia tome una decisión respecto de los bienes robados: ello constituiría un acto de defensa para garantizar nuestra existencia.

Actualmente Israel despliega todos sus esfuerzos para introducir en los territorios ocupados haschich y opio.

Mi país ha prohibido el alcohol y no se expone a las agresiones, a fin de que no se nos arroje el alcohol sobre nuestras fronteras, exactamente como se lanzan bombas sobre los países árabes.

Ustedes no ignoran que Inglaterra ha llevado contra China la guerra del opio. Estimo que el alcohol, como el opio y el haschich son materias destructoras nefastas y que el colonialismo ha hecho todo lo posible para introducirlos en nuestros países.

Estimo que ésta es una guerra sucia, vil y horrible, que debemos combatir.

Estamos dispuestos, como lo hemos hecho en nuestro país, a dar ayuda a los países que deseen luchar con el alcohol y la droga.

La batalla más importante que emprendemos ahora y que ejerce su influencia sobre nosotros y sobre el mundo entero, es la del petróleo. En ocasión del cuarto aniversario de nuestra Revolución mi país proclamó su soberanía sobre sus recursos petrolíferos, a pesar de las protestas americanas.

Mi país ha aumentado varias veces el precio de su petróleo desde el advenimiento de nuestra Revolución. Libia y Argelia han dado un excelente ejemplo.

El cobre es, a mi modo de ver, un producto estratégico que puede tener la misma importancia que el petróleo. Ciertos países, sobre todo africanos, disponen de recursos en cobre. En nombre de mi país me comprometo a sostener a esos países. A esos países les digo: ustedes pueden tener confianza en la ayuda de mi país en la lucha que llevan contra el imperialismo.

Mi país apoya igualmente a Madagascar que lucha contra la presencia extranjera, a Zambia cuyo

presidente dijo ayer que las fuerzas masificadas del **apartheid** sobre las fronteras amenazan la soberanía de su país. Desde esta tribuna declaro que todas las fuerzas de mi país, comprendidas las fuerzas militares, están a disposición de Zambia. No esperamos más que un gesto de ese país amigo para ayudarlo. De la misma forma ponemos todas nuestras potencialidades a disposición de otro país hermano, la Guinea Ecuatoriana, cuyo presidente nos recordó ayer que fuerzas mercenarias amenazaban la libertad de ese país.

Esta conferencia hubiera podido destacar que los países árabes están actualmente expuestos a una intriga llena de peligro urdida por los Estados Unidos que proveen los "Phantom", mientras que la URSS provee inmigrantes para reforzar el sionismo en los territorios árabes ocupados. Es una verdad conocida por el mundo entero. Del Oeste vienen las armas, del Este los hombres.

Mi país proclama abiertamente la verdad sin preocuparse ni del Este ni del Oeste.

Cercana a nosotros, hay una región limítrofe, vecina al país donde estamos reunidos y que nos es querida, y cuyo destino es incierto desde hace varios años: es el Sahara llamado "español", donde el colonialismo que lo ocupa constituye una amenaza para el futuro de su pueblo y para nuestros países. Mi país no tardará en asumir su papel para ayudar al pueblo sahariano a reconquistar su independencia.

Quisiera agregar para concluir que no hay ninguna diferencia entre el **apartheid** e Israel, que es quizás un peligro mayor.

Un gran número de nuestros hermanos africanos viven en sus países bajo la dominación racista. Palestina no ha sido ocupada sino después de la expulsión de sus habitantes, que viven actualmente bajo las carpas ofrecidas por la ONU.

Señores, ¿cómo pueden ustedes señalar una diferencia entre el África del Sur e Israel? ¿Aceptaríamos que uno de nuestros países establezca relaciones con África del Sur? Si eso sucediera, sería una traición. Pero esto ha sucedido entre algunos de nosotros con respecto a Israel. Un país ha prohibido todo vuelo aéreo sobre su territorio destinado a amenazar la soberanía de los países africanos. Pero, desgraciadamente, advertimos que algunos de entre ellos han reconocido a Israel.

Yo no pido a esta Conferencia liberar a Palestina o a los territorios ocupados por Israel, eso es imposible.

Lo que puede esta Conferencia es al menos decidir romper sus relaciones con ese enemigo. ¿No podemos romper nuestras relaciones con el enemigo? No es una cosa imposible.

Libia coloca todas sus posibilidades a disposición de todo país que decidiera romper con Israel. Estoy persuadido que todos los hombres libres se solidarizarán con nosotros en esa vía.

Se os pide que rompáis vuestras relaciones con Israel. Esto no exige unanimidad, pero sí una decisión política tomada separadamente por cada Jefe de Estado. Aquel que rompe sus relaciones con nuestro enemigo da la prueba de su libertad. Aquellos que no aceptan romper sus relaciones con Israel no conocen la situación internacio-

nal actual o quizás no son libres en sus países; pero eso no puedo creerlo, sería excesivo.

El desarme, los ensayos nucleares... no nos es posible prohibirlos, habrá siempre bombas atómicas, guerras. Tratamos de atenuar las tensiones. Es probable que Libia sea el único país que protestó contra los ensayos nucleares realizados por Francia, a pesar de la amistad que nos une a ese país. Protestamos enérgicamente. Francia respondió que esos ensayos constituían una especie de autodefensa. Otro punto que desearía tratar concierne a las secuelas de las agresiones colonialistas. En varios de nuestros países hay superficies inutilizadas a causa de las minas que fueron colocadas allí. Esto nos impide a veces explorar nuestro subsuelo. Deseo que la Conferencia haga una declaración verificando todas las destrucciones y exigiendo sanciones contra sus autores.

Debemos adoptar una seria actitud humanitaria para sacar las lecciones de la historia.

Desearía decir nuevamente que Dios no cambiará nada del hombre, si éste no cambia él mismo, eso que hay en él mismo.

La libertad comienza en nuestro fuero interno.

Hechos e Ideas continuará, en su próximo número, la publicación de las Resoluciones y Declaraciones, así como los Discursos pronunciados por los Jefes de Estado o de Gobierno en la IV Conferencia Cumbre de Países no Alineados.

LIBROS

Eduardo Astesano, Nacionalismo histórico o materialismo histórico. Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1973.

Astesano propone un "cambio estratégico" en el análisis de la historia —el nacionalismo histórico—, que permite estructurar un nuevo enfoque: una "historia socialista" del mundo, frente al enfoque clásico de la historiografía liberal. La "historia socialista" del mundo muestra la predominancia histórico de modelos socialistas en todas las zonas no-europeas. La moderna sociedad capitalista —absceso privatista europeo en los términos de Astesano— presenta un ciclo histórico brevísimo, si lo comparamos con el socialismo tercermundista. A partir de la comunidad primitiva se generan las "sociedades hidráulicas", caracterizadas por el socialismo de Estado, modelo de desarrollo por la vía del Estado que acumula el excedente y programa y decide su inversión conforme a las necesidades sociales. Este modelo cubre casi todo el Tercer Mundo, produce civilizaciones admirables, se extiende por varios milenios y genera un extraordinario desarrollo abruptamente interrumpido por la expansión europea, que empujó a esas sociedades hacia el subdesarrollo y estableció un sistema de explotación y despojo que permitió el moderno desarrollo capitalista.

Astesano dedica el primer capítulo de su obra a explicitar las estructuras fundamentales de "la antigua civilización socialista del Ter-

cer Mundo", cuyo punto de partida es la revolución hidráulica, resultado de una "lucha para lograr el control del agua en los deltas de los grandes ríos o en las laderas de las extensas mesetas y sistematizar el riego por medio de canales o terrazas artificiales". Se da así una agricultura de gran excedente que permite el surgimiento de una minoría desligada de la producción directa, que asume la responsabilidad de servicios no productivos tales como "gobernar, guerrear, mantener el culto religioso, concretar las expresiones artísticas, planear ciudades, etc.". Esta minoría constituye "la superestructura de la sociedad, que decide dónde ha de aplicarse el excedente".

Este "ciclo superestructural" se inició "en la Mesopotamia, entre el Tigris y el Eufrates y casi coetáneamente en el delta del Nilo... Desde allí se extendió hacia el este —en la India y China— y hacia el oeste, con las civilizaciones griega y romana. Más tarde se desarrolló la civilización islámica. Y finalmente... las indígenas americanas". Instituciones fundamentales de este tipo de sociedad son las "grandes ciudades", asiento del Estado, que aparece como propietario de la tierra: la antigua propiedad comunal no permitía aplicar la planificada y centralizada "producción de riego completada con el alto consumo urbano". El Estado interviene también en la distribución y el consumo, acumula el excedente no sólo para cubrir los gastos de la administración, sino también como previsión para los años de escasez.

Como consecuencia de la función y naturaleza del Estado surge una "burocracia centralizada", una

"elite no hereditaria": los escribas egipcios, los ingenieros incas, los religiosos mayas, los mandarines chinos. Astesano subraya la imposibilidad de comprender el papel histórico de estas burocracias, a partir del "prejuicio antiestatista" propio de un medio social "impulsado por la iniciativa privada, que considera el aparato del Estado como una forma subordinada —un mal necesario— cuyo crecimiento desmesurado constituye una enfermedad". Aun admitiendo las limitaciones de esa burocracia es preciso reconocer su superioridad frente a la conducción de una elite aristocrática o mercantil, por su carácter no hereditario y su orientación hacia el servicio social.

Otro rasgo típico y fundamental, también incomprendido por la mentalidad liberal, es el papel jugado por la religión, "ideología del mundo antiguo". Las religiones más perfectas, todavía vigentes hoy, surgieron justamente en este Tercer Mundo antiguo, combinando "conceptos sobrenaturales y mitológicos, con las normas de convivencia social, los conocimientos científicos del dominio de la naturaleza y la disciplina en la conducción política y económica de la sociedad".

A partir del siglo 15, la fuerza expansiva de las burguesías mercantiles europeas comenzó a estructurar el mercado mundial que polariza a todos los pueblos y naciones del mundo en metrópoli y colonia". En este proceso las sociedades del Tercer Mundo fueron sometidas a un aniquilamiento de todas sus instituciones, iniciando su "descenso al subdesarrollo" generado por la anexión de esas zonas a la periferia explotada del sistema mundial capitalista. Y así

surge "la moderna civilización privatista europea", que Astesano estudia en el segundo capítulo, detallando las estructuras y los modos concretos de la explotación colonial que fundan su acumulación y desarrollo.

En el tercer capítulo, detalla la formación, "desde el siglo 16 hasta el siglo 20", de esa gran "superestructura mercantil" que abarca cuatro continentes, a través de la constitución de un "sistema de relaciones económicas y políticas de subordinación y dependencia" en el Tercer Mundo, que quedó así supeditado a Europa. Después de haber destruido sus instituciones genuinas e interrumpido su propio desarrollo, el capitalismo europeo impuso las nuevas estructuras sociales, económicas, políticas y culturales, adecuadas a su nuevo papel colonial. Por otra parte las revoluciones burguesas europeas que se producen a partir del siglo 17, más allá de las diferencias que puedan señalarse entre ellas, tienden todas a la "formación de imperios multinacionales contruidos sobre la conquista integral del Tercer Mundo".

Desde fines del siglo 18, se da en el Tercer Mundo "un ciclo de revoluciones políticas tercermundistas que apuntan a la formación de Estados nacionales políticamente independientes", que surgen impulsados por el gran desarrollo burgués agro-mercantil-capitalista alcanzado en las colonias americanas". Pero en estas revoluciones de liberación nacional el elemento burgués se sobrepone "al proletario" representado por el indígena, el negro, el criollo.

En el capítulo cuarto Astesano desarrolla lo que denomina "dialéctica del pensamiento socialista".

Hay una contradicción —nos dice— entre la teoría y lo práctica del socialismo: en los grandes centros metropolitanos la teoría es rica y profunda, mientras que su práctica sólo comienza a realizarse en los países atrasados de Asia, África y América Latina. Las teorías socialistas europeas producen esquema sobre esquema, bien para encajar nuevos hechos, bien para defender los planteos clásicos "en tanto el socialismo real asciende trabajosamente desde el disperso mundo colonial". La misma contradicción se advierte en la historiografía europea; realiza un gran trabajo para encontrar las causas del subdesarrollo tercermundista, pero sigue considerando al socialismo como un hecho nuevo y sorprendente, sin tradición. Esto ocurre porque construye la historia sobre un modelo particular de desarrollo, desdeñando e ignorando todo el pasado tercermundista. Finalmente Astesano sugiere que la teoría europea del socialismo está influida por el socialismo tercermundista: "los socialistas de los siglos 16 y 17 alcanzaron a recoger los destellos del socialismo antiguo imperial" que comenzaba a ser empujado al subdesarrollo por obra de lo conquistado. "En la sociedad europea proutista ese socialismo tomado del 'Tercer Mundo' se transformó en una utopía de humanistas, débil todavía para modificar la marcha ascendente de la revolución burguesa metropolitana. Sin embargo, tuvo la virtud de incorporar al pensamiento de la época, una serie de instituciones sociales que constituyeron el tronco definitivo del pensamiento socialista de los siglos posteriores". Según Astesano, Marx y Engels se valieron del pensamiento burgués para

depurar ese pensamiento socialista: "a mediados del siglo 19, Marx y Engels aprovecharon una parte del pensamiento burgués (dialéctica alemana, positivismo francés, economía clásica inglesa) para depurar esos dos siglos de socialismo europeo imaginativo (que traía ya escondido en su seno las instituciones del socialismo antiguo), darle bases científicas y construir un sistema coherente de ideas sobre la manera como las contradicciones internas del privatismo capitalista desembocarían un día en el socialismo de las metrópolis". Pero este pensamiento "fue una forma ideológica más del industrialismo triunfante que naturalmente dejó a un lado en sus proyectos de reformas el pasado del mundo colonial. Para Marx y sus predecesores socialistas, el acento recae en la oposición entre el estancamiento oriental y el progreso de la burguesía occidental. Pensamiento limitado porque descarta la existencia del socialismo antiguo y la aparición del socialismo moderno, fuera de las metrópolis". Astesano presenta —como vemos— sugerencias muy originales y capaces de fecundas proyecciones, valiosas sobre todo como tentativas de pensar el proceso histórico con nuevas categorías surgidas de una nueva perspectiva, la del Tercer Mundo. Pero creemos, por una parte, que Astesano no otorga su verdadero peso al largo proceso de liberación que los pueblos del Tercer Mundo han llevado adelante durante varios siglos, en defensa de sus propias instituciones y modos de vida, de su propio proyecto social y político que se enfrenta con el imperial y en cuyo curso han perfeccionado y enriquecido esas instituciones. Es este

proceso —más que una comparación espacial y cronológica—, lo que permite redimensionar el peso histórico de las sociedades capitalistas europeas en sus relaciones con el Tercer Mundo, mostrando que éste no constituye un área atrasada respecto a la civilización industrial, sino que es por una parte su infraestructura económica más profunda y por la otra su permanente antagonista en una guerra secular.

Por otra parte nos parece que Astesano sigue influido en cierto modo por la cosmovisión marxista, no sólo en las categorías que emplea —por ejemplo, estructura económica y superestructura estatal y cultural— sino también en el análisis de los procesos que justamente cuestionan el orden capitalista, las revoluciones de liberación nacional: la revolución independentista es para Astesano consecuencia del desarrollo burgués-agrocapitalista en las zonas coloniales, y su derrota durante el siglo 19 se explica porque el elemento burgués se impuso al proletario.

Es sin duda interesante la sugestión de que el socialismo antiguo influyó sobre Marx y Engels. Pero el problema reside, a nuestro juicio, en que el socialismo marxista es sustancialmente diverso del socialismo tercermundista: es un socialismo económico que pone el eje de la socialización en las cosas y no en el hombre, porque considera al hombre fundamentalmente como un ser económico, cuya esencia es la de producir sus medios de vida. No es extraño que Marx —como todo el liberalismo iluminista— abomine justamente de todas las instituciones del socialismo antiguo, cuyo valor civilizador Astesano subraya con razón: el Es-

tado centralizado, planificador y previsor; la burocracia, como estrato de conducción orientada al servicio social; la religión como síntesis cultural de la sociedad antigua... Es que Marx, aunque somete a una profunda crítica al régimen capitalista, no cuestiona sus concepciones fundamentales y más profundas: la definición del hombre como ser económico, la sobreestimación de la tecnología, la subordinación de toda actividad y toda producción a los fines económicos. Marx eleva incluso esa concepción —una de cuyas formas, y sólo una, es la privatista— a filosofía de la historia: el materialismo histórico es la consagración del proyecto más profundo del capitalismo, al nivel del sentido de la historia humana.

Por ello nos parece contradictoria la afirmación de que el nacionalismo histórico es "otra rama científica del materialismo dialéctico" y que es "hijo del materialismo histórico".

No queremos dejar de subrayar finalmente el interés y la riqueza de las sugerencias que este trabajo propone y que lo destacan en el conjunto de la producción historiográfica y sociológica por su tentativa de pensar el proceso histórico con nuevas categorías.

El volumen incluye una completa bibliografía crítica.

Amelia Podetti

Gustavo Gutiérrez, Teología de la Liberación. Salamanca, Editorial Sígueme, 1972.

El trabajo "intenta una reflexión, a partir del evangelio y las experiencias de hombres y mujeres com-

prometidos con el proceso de liberación, en este subcontinente de opresión y despojo que es América Latina". Esta reflexión nace, señala el autor, de la experiencia de un grupo numeroso de cristianos que han emprendido un compromiso de lucha contra la injusticia y por la construcción de una sociedad distinta.

Gustavo Gutiérrez propone hacer teología desde nuestra situación. La teología de la liberación es una nueva manera de hacer teología: "La teología como reflexión crítica de la praxis histórica".

Este libro se constituye en un intento positivo en cuanto al objetivo de repensar la teología desde la realidad de América Latina a partir de la praxis histórica.

Asimismo resulta muy provechosa la correcta síntesis de los problemas más importantes que ha tratado la teología europea contemporánea.

Pero sería necesario superar el punto de partida de algunos enfoques, para poder constituir el trabajo en un aporte más totalizador, sin lo cual nos resulta parcial y limitado. Sin duda faltaría, en un intento de creación de una teología latinoamericana, tomar como punto de partida de la reflexión teológica, no sólo la experiencia de los cristianos que ahora comienzan a comprometerse con la lucha por un cambio social, sino también el aporte que constituye la experiencia religiosa de nuestros pueblos en toda la historia de América Latina.

De esta manera se superarían las limitaciones que trae consigo partir de la práctica de los militantes cristianos de clase media que recién hoy descubren la lucha del pueblo por su liberación o desde

las categorías que nos brinda la teología europea o el marxismo, ambos surgidos desde la realidad que se intenta negar, el Imperio. Desde los primeros tiempos de la conquista hubo misioneros que, solidarios con el pueblo indígena oprimido, supieron plantear correctamente la contradicción fundamental para la conciencia creyente. La fe cristiano estuvo así, desde los inicios de nuestra historia latinoamericana, ligada a esa incipiente conciencia política que iba surgiendo. Así fue viviendo nuestro pueblo durante estos largos años, desde su fe cristiana, una inquebrantable voluntad de construir un continente, que fuera dueño de su destino, resistiendo los sucesivos intentos de dominación que sobre él se desataron y construyendo nuestra propia historia de liberación.

De este modo, tomando la experiencia religiosa de nuestros pueblos, como la praxis histórica que G.G. reclamo, no nos ubicaríamos ya desde un latinoamericanismo abstracto, que pretende enfrentar con ideas una teología surgida desde el Imperio, sino desde la práctica concreta que nuestros pueblos se han dado, y donde la fe popular ha incorporado la memoria de una larga historia.

Podríamos así replantearnos de una manera mucho más totalizadora y más creadora, problemáticas como la relación entre fe y política, la misión de la Iglesia en nuestro continente, la relación entre plan de salvación y proceso histórico, los desgarramientos intraeclesiales, la esperanza, la pobreza, etc., que son los diversos temas que aborda el autor, pudiendo quizá llegar como conclusión a reflexiones que a partir de una

praxis más concreta tendrían un menor nivel de generalidad.

El autor nos habla, por ejemplo, de la necesidad de encontrar una espiritualidad de liberación, y nos dice que en esta tarea está implicada, en América Latina, una primera generación cristiana. Sería interesante aquí, intentar la integración en lo que llamaríamos una espiritualidad latinoamericana de liberación, de la experiencia religiosa del pueblo cristiano que desde hace más de 400 años nos da muchísimas pistas concretas e históricas desde las cuales ir recuperando una espiritualidad que acompaña nuestro proceso concreto de lucha por la liberación. Sería

importante rescatar aquí la experiencia que vive nuestro pueblo en cuanto a la mística, la espiritualidad: que no la vive escindida, sino como una única mística de liberación, tanto en sus expresiones de la fe popular, como en la expresión nacional que ha encontrado su más alto nivel de explicitación en el peronismo.

De esta manera podríamos intentar una reflexión a partir del evangelio, de nuestra historia, y de los hombres verdaderamente comprometidos con el proceso de liberación, nuestros pueblos y sus líderes.

Tertuliano



Para el
Gobierno Popular
y la Reconstrucción
Nacional Comunal
por los Barrios

Municipalidad de
Rosario

Hechos e Ideas

En este número

Juan Domingo Perón

Mensaje a los Países no Alineados

Mario García

La comunidad organizada: un sistema de poder

Jorge Bolívar

Universalismo y Liberación Nacional

Carlos Delgado

La Revolución Peruana: un camino propio

Orlando Benedetto

Sobre la Universidad Tecnológica Nacional

Dante R. Soria

Un sistema de agricultura en el Tucumán prehistórico

Juan Domingo Perón

Estado, Gobierno y Sociedad

Tercer Mundo, 4ª Conferencia cumbre de países no alineados
